

HISTORIA

TODO ES

Febrero de 1977 - Nº 117 - \$300.-

Anticipos:

**El próximo libro de
José Luis de Imaz**

La Paz de Lacangayé

**Ramón Carrillo
o la salud pública**



SUSCRIBA LETRAS DE TESORERIA DE LA NACION

**El 1° de febrero a las 13,30 se cierra
el ofrecimiento público**

**Una buena inversión a corto plazo en valores
de garantizada seguridad**

LIBRES DE TODO GASTO

- Exentas de impuestos
- Por montos mínimos de \$ 10.000
y múltiplos de \$ 5.000

**Consulte a los bancos, otras entidades financieras autorizadas,
casas de cambio y agentes de bolsa**

BANCO CENTRAL DE LA REPUBLICA ARGENTINA
AGENTE FINANCIERO DEL ESTADO



MEMORIAL DE LA PATRIA

Director
FELIX LUNA

Colaboradores

Luis C. Alén Lascano, Víctor Bouilly, Eduardo J. Cárdenas, Andrés M. Carretero, Trinidad D. Chianelli, Gustavo Ferrari, Roberto A. Ferrero, Hugo R. Galmarini, Guillermo Gasió, Horacio J. Guido, Julio Irazusta, José R. López Rosas, Pedro S. Martínez, Carlos Páez de la Torre (h), Carlos M. Payá, Luis A. Romero, Julio H. Rube, Jimena Sáenz, María Sáenz Quesada, Horacio Sanguinetti, Mario G. Saraví, Miguel A. Scenna, Carlos S. A. Segreti y Juan C. Vedoya.

TOMOS APARECIDOS

- 1804-1810: LAS BREVES MADURAS, por M. A. Scenna
1810-1815: LA AURORA DE LA INDEPENDENCIA, por C. S. A. Segreti
1815-1820: ENTRE LA MONARQUIA Y LA REPUBLICA, por J. R. López Rosas
1820-1824: LA FELIZ EXPERIENCIA, por L. A. Romero
1824-1830: DEL FRACASO UNITARIO AL TRIUNFO FEDERAL, por H. R. Galmarini
1830-1835: EL INTERREGNO DE LOS LOMONEGROS, por V. Bouilly
1835-1840: LA SUMA DEL PODER, por M. G. Saraví
1840-1850: LA SANTA FEDERACION, por A. M. Carretero
1850-1852: HACIA CASEROS, por J. H. Rube
1852-1855: LA REPUBLICA DIVIDIDA, por M. Sáenz Quesada
1862-1868: EL GOBIERNO DEL PUERTO, por T. D. Chianelli
1868-1874: LA MAGRA COSECHA, por J. C. Vedoya
1880-1886: ORDEN, PAZ, ENTREGA, por A. M. Carretero
1896-1904: EL TRANSITO DEL SIGLO XIX AL XX, por J. Irazusta
1904-1910: EN CAMINO A LA DEMOCRACIA POLITICA, por E. J. Cárdenas y C. M. Payá
1910-1916: ENTRE DOS CENTENARIOS, por J. Sáenz
1922-1930: LA ARGENTINA ILUSIONADA, por L. C. Alén Lascano
1930-1938: LA DEMOCRACIA FICTA, por H. Sanguinetti
1938-1946: DEL FRAUDE A LA SOBERANIA POPULAR, por R. A. Ferrero
1946-1955: LA NUEVA ARGENTINA (dos tomos), por P. S. Martínez

DE INMEDIATA APARICION

- 1855-1862 EL DERRUMBE DE LA CONFEDERACION, por C. Páez de la Torre (h)
1890-1896 LA CAIDA DEL UNICATO, por Horacio J. Guido

distribuidor exclusivo

**EDITORIAL
ASTREA**

de Alfredo y Ricardo Depalma S.R.L.

SUSCRIBASE



**Ediciones
LA BASTILLA**

Lavalle 1208 • Tel. 35-1880 • Buenos Aires

Amigo lector:

A esta altura de la existencia de **Todo es Historia**, parece sobreabundante repetir que no servimos ningún interés político ni estamos adscriptos a ninguna bandería partidista. Esta línea de conducta se ha mantenido durante los casi diez años de la vida de la revista y el público la ha apreciado cabalmente.

Por eso mismo podemos presentar en la nota de tapa de este número, el **racconto** de quien fuera ministro de Salud Pública durante los dos primeros gobiernos peronistas, en la seguridad que nadie interpretará equivocadamente su intención. Fallecido en el exilio hace veinte años, ahora es posible rescatar lo que tuvo de positivo la acción de Ramón Carrillo, que acaso fue quien logró los mejores frutos del discutido régimen que integró.

El lector podrá recorrer, en las páginas que siguen, algunos aspectos de aquella gestión que tuvo que ver con uno de los bienes fundamentales de la persona humana, la salud. Pero es curioso que algunas de sus auténticas hazañas sanitarias, como la erradicación del paludismo, no haya sido publicitada en su época en la medida de la importancia que tuvo. El régimen peronista, que supo montar un avasallador aparato de propaganda, no subrayó la importancia que tuvo esa victoria, que liberó a la población argentina del norte y el noroeste de un tremendo y antiguo flagelo. ¡Extraña mentalidad la de los regímenes autoritarios! Magnifican a veces lo minúsculo, y omiten destacar realizaciones concretas y trascendentes, tal vez porque necesitan alimentarse con dimensiones monumentales, despreciando aquello que hace a la vida minúscula y cotidiana de la gente común. Pero centenares de miles de argentinos, aquellos a quienes el paludismo ya no agota, son el testimonio, el homenaje silencioso de la acción de Carrillo, aunque ignoren el nombre de quien la llevó a cabo.

El peronismo no reconoció a Carrillo la magnitud de su obra y lo eliminó de sus círculos áulicos antes de su derrocamiento; el gobierno que siguió, lo investigó y lo calumnió. **Todo es Historia**, que no rinde tributo político a unos ni otros, cumple ahora con un deber de justicia, al recordar su personalidad y su gestión con sentido de perspectiva histórica.

Félix Luna

HISTORIA TODO ES



Ramón Carrillo fue algo más que un ministro de Salud Pública: fue un precursor en algunos aspectos y un adelantado de concepciones sanitarias que aun hoy se aplican.

HISTORIA TODO ES

"Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir..."

(CERVANTES, Quijote, I, IX)

Prohibida la reproducción total o parcial del material contenido en esta revista, en castellano u otro idioma.

AÑO X - Nº 117
Febrero de 1977

Editorial:
Todo es Historia S.R.L.

Director: Félix Luna

Secretaria de Dirección:
Marisel Flores

Coordinación General:
Ignacio Palacios Videla

Redacción: Viamonte 1479
11° C - Tel.: 40-7545

Sumario



Ramón Carrillo o la salud pública

Un médico argentino moría hace poco más de veinte años en una lejana ciudad brasileña. Vivía pobremente de su trabajo profesional y estaba exiliado de su patria. El tiempo ha permitido reconocer en el primer ministro de Salud Pública de la Nación a uno de los hombres que luchó con mayor éxito contra epidemias y enfermedades carenciales, y que trazó el plan sanitario mejor concebido en el país. Rodolfo F. Alzugaray nos cuenta la historia de Ramón Carrillo y su obra.

Página 6

La paz de Lacangayé

Un pariente colateral del general San Martín llevó a cabo en 1774 una inteligente política de acercamiento con los indígenas que poblaban el Gran Chaco. En realidad, la paz que se logró con aquellas indómitas tribus representaba una línea ideológica que postulaba la pacífica convivencia con los aborígenes que antes y después de la acción de don Jerónimo de Matorras tuvo nobles expresiones en nuestro país, tal como lo recuerda Marcos A. Altamirano.

Página 32

Córdoba, 1925-1928: un gobernador liberal y reformista



¿Se puede ser conservador y reformista al mismo tiempo? La gobernación de Ramón J. Cárcano en Córdoba entre 1925 y 1928, plena de iniciativas fecundas y signada por una sincera preocupación social parece responder afirmativamente a esta pregunta, como surge de esta nota de Pedro Ricardo Dominoni.

Página 54

El noroeste argentino en tiempos de la Confederación



Joaquín Fillol, catalán emprendedor, inició la actividad de transporte regular de pasajeros en el país. Era la época de Urquiza y el activo empresario aprovechó sus periplos comerciales por el interior para informar al presidente sobre las minucias políticas de cada provincia. El conjunto de sus cartas, tal como las glosa Juan María Méndez Avellaneda conforman un sugestivo fresco de hombres y cosas de la etapa confederal.

Página 70

El café de Marcó

Fue el protocafé, el precursor de los miles de salones donde los argentinos hablan, callan, reflexionan, discuten, bromean o aprenden "filosofía, dados, timba..." Este trabajo de Jorge Alberto Bossio fue premiado en el concurso organizado por la Exposición "Hotelga 76".

Página 84

y también

El desván de Clio

Curiosidades y rarezas en el desván de la Historia. Las dice León Benarós...

Página 28

Anticipos

"Promediando los Cuarenta", por José Luis de Imaz.

Página 48

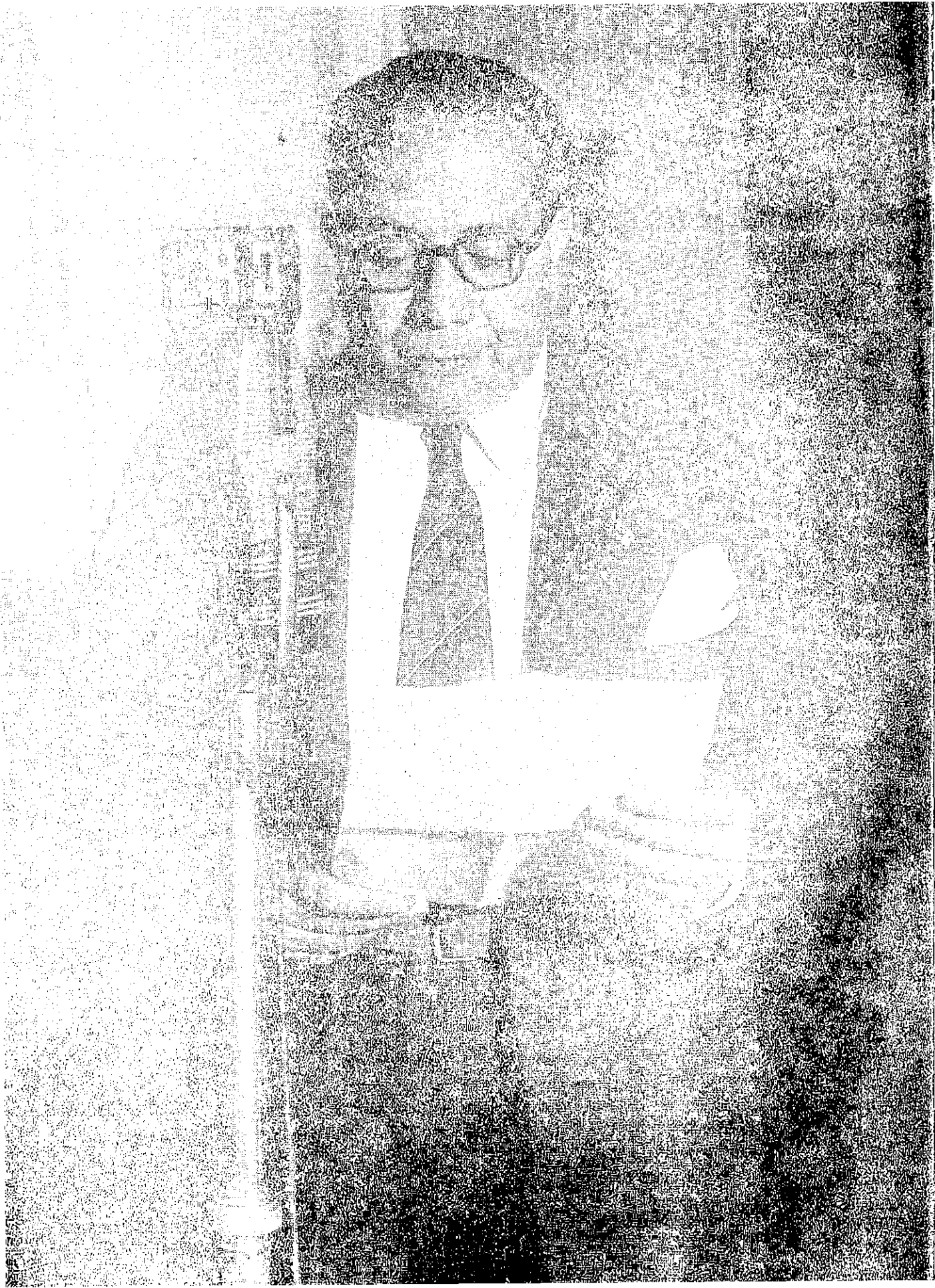
Los testigos

Alvaro Yunque

Página 66

Lectores Amigos

Página 96



Ramón Carrillo O la salud pública

por Rodolfo F. Alzugaray

A fines de 1956, un hombre muere en Belem, pobre y entristecido. Su nombre: Ramón Carrillo. Edad: 50 años. Profesión: médico. Nacionalidad: argentino y santiaguense. La noticia no hubiera dado más que para un aviso fúnebre, común y corriente, pero no se trataba de un hombre común ni corriente.

Neurólogo y neurocirujano de fama mundial; eminente profesor universitario y formador de brillantes discípulos, un día cambió la cátedra y el bisturí por la política y se convirtió en el planificador y pionero de la Salud Pública y de la medicina asistencial argentina. Colaborador íntimo y fiel de Juan Perón durante sus dos primeras presidencias, primer ministro argentino de Salud Pública, estableció las bases de la organización hospitalaria y condujo espectaculares campañas sanitarias que erradicaron viejas enfermedades endémicas del país.

Una seria dolencia y profundas discrepancias políticas lo condujeron al exilio en 1954. Derrocado el peronismo, padeció con entereza la incautación de su pequeño patrimonio y la humillación de su figura pública.

Sus restos mortales debieron esperar dieciseis años la repatriación. Por fin, en 1972, la hora de la justicia llegó y su memoria fue reivindicada. Sus restos descansan hoy bajo su tibia tierra natal de Santiago del Estero.

Esta es la historia de ese hombre.

Doctor Ramón Carrillo, primer ministro de Salud Pública y Asistencia Social de la República Argentina, entre 1946 y 1954. En la fotografía, está dictando una conferencia radiofónica sobre el Primer Plan Quinquenal del gobierno peronista.



22 de diciembre de 1956. El diario "Folha do Norte", de la ciudad de Belem, capital del Estado brasileño de Pará, publica, con la firma del periodista Aderbal Melo, un comentario titulado "La muerte de un exiliado": "Lejos de su patria y de su familia, estrechando en su corazón la nostalgia de sus seres queridos y del suelo natal, cerró los ojos anteayer, para el último sueño, acompañado de amigos y colegas paraenses, el doctor Ramón Carrillo, eminente neurólogo argentino que había hecho de Belem su refugio de exiliado político. Ministro de Salud del gobierno de Perón, al caer éste pagó el pesado tributo a la revolución victoriosa, siendo proscripto en su tierra. El camino que tomó lo trajo a Pará, a nuestra acogedora y calma capital (Belem), para reposar su cuerpo cansado y tranquilizar un poco su gran espíritu iluminado, bajo la sombra de nuestros árboles añosos...".

Efectivamente, dos días antes —el 20 de diciembre de 1956— Carrillo había muerto en el exilio, pobre y entristecido, con sus escasos bienes incautados por las comisiones investigadoras creadas por el

Tres fotografías de Ramón Carrillo: la infancia, la adolescencia, la juventud.

gobierno que derrocó al presidente Perón en septiembre de 1955, con su imagen de hombre público humillada y ofendida en su querida Argentina.

En realidad, se había alejado de la patria antes de la caída de Perón, rumbo a los Estados Unidos, en busca de alivio a una vieja y pertinaz enfermedad. Pero a la hora de su muerte, era cabalmente un exiliado político, porque los acontecimientos de septiembre le habían impedido volver a su tierra. Su tristeza y su angustia póstumas tenían razón de ser: neurólogo y neurocirujano de fama mundial; eminente profesor universitario, hacedor de escuela y formador de discípulos; creador y pionero de la medicina sanitaria argentina; primer titular del Ministerio de Salud Pública y Asistencia Social de la República Argentina durante ocho años... le costaba comprender la ingratitud y el olvido, aunque los afrontaba con fortaleza e integridad, en el momento final.

La infancia provinciana

El doctor Ramón Carrillo nació el 7 de marzo de 1906, en la paz provinciana y solariega de la vieja ciudad de Santiago del Estero, por aquel entonces una pequeña población —venida a menos— de viejos edificios y calles de tierra, rodeada de membrillares, sandiales, algarrobos, mistoles y un largo río sediento: el Dulce.

El paisaje cotidiano de su infancia fue esa inmensa tierra sin agua, densamente poblada de leyendas, zambas y chacareras, coplas andariegas, y mucha historia contada por hombres y mujeres que tenían casi la edad de la patria.

El hogar paterno era una vieja casona de dos patios y anchos muros de adobe, ubicada en el número 49 de la calle Córdoba, a dos cuadras de la Plaza Libertad. Hasta ella se llegaban los vendedores de pan o de "chipaco", el inmemorial bollo santiagueño, especial para matear... o los changuitos morenos que repartían la leche a lomo de burro. Cuando había algún enfermo, se llamaba a uno de los pocos médicos disponibles para escuchar una receta previsible: cataplasmas,

Ramón Carrillo o la Salud Pública

Una antigua estampa familiar. Ramón, que aparece movido en la foto, el primero a la izquierda, era el mayor entre once hermanos: siete varones y cuatro mujeres.



ventosas o "pastillas del doctor Andreu". Y si el mal no cedía, podía hasta recurrirse a una curandera, que mezclaba rezos y "pases mágicos" con eficaces infusiones de yuyos...

Ramón era el mayor entre once hermanos, de vieja estirpe santiagueña. Hijo del profesor Ramón Carrillo, periodista y docente egresado de la Escuela Normal de Paraná, político "roquista" y tres veces diputado provincial; y de María Salomé Gómez Carrillo, una hermosa santiagueña lejanamente emparentada con su marido. Su abuelo paterno, don Belisario Carrillo, había nacido en las postrimerías del gobierno del caudillo provincial Juan Felipe Ibarra y de la época rosista (1848); era también santiagueño, como la abuela paterna, doña María Saavedra, descendiente de montoneros cuyanos. El bisabuelo, don Marcos Carrillo, había sido un oficial español prisionero del general Manuel Belgrano en la batalla de Salta. En 1819 obtuvo su libertad y después de casarse con doña Ascensión Taboada, santiagueña de pura cepa, se afincó para siempre en la ciudad mediterránea y fundó la estirpe de la que nacería Ramón.

Cursó sus estudios primarios en la Escuela Normal "Manuel Belgrano", de su ciudad natal. Hasta cuarto grado es un alumno corriente, que no se destaca del promedio. Pero luego rinde como "libre" quinto y sexto grados, lo que le permite ingresar al Colegio Nacional de Santiago del Estero a la temprana edad de doce años. Ya se ha convertido, a esa altura, en un brillante alumno. Entre los quince y dieciséis años publica una monografía histórica: "Juan Felipe Ibarra: su vida y su tiempo", con la cual gana una medalla de oro, premio instituido por las "Damas Patriotas" de su provincia (1922). Por la misma época escribe otro trabajo: "Glosa de los servidores humildes", en la cual su temprana vocación social propicia la protección de la vejez. En 1923, a los dieciséis años, egresa como bachiller, con medalla de oro que se otorga al mejor alumno de cada promoción.

La formación profesional y científica

En 1924, Carrillo deja su Santiago y se dirige a Buenos Aires, impulsado por una segura vocación por las ciencias mé-

Ramón Carrillo o la Salud Pública



La familia Carrillo,
de vieja estirpe santiagueña.
El padre, profesor
Ramón Carrillo, docente
y varias veces
diputado provincial.



Retrato fotográfico del
doctor Carrillo, a los 38 años.

A esa edad era un
consagrado neurólogo y
neurocirujano que
se había perfeccionado en
los mejores centros
europeos de la especialidad.

dicas. En su viaje hacia la gran ciudad, sus ojos quedan impregnados por el árido paisaje natural y humano de su provincia. La ventanilla del ferrocarril le va mostrando, como una cámara cinematográfica, las viejas imágenes conocidas: interminables montes, rancharíos, estaciones de viejos casearíos, aquí y allá algunas majadas, corrales de palo a pique, montones de carbón o de leña acopiados en forma de colinas. En las estaciones, los "chanquitos" se acercan a pedir monedas o a vender café en tarritos de conserva, quesillos de cabra o tortuguitas pintadas. En gran parte del trayecto, hay que cerrar las ventanillas herméticamente, porque las nubes de polvo lo invaden todo: un polvillo blanquecino le impregna las ropas y le encanece artificialmente los cabellos y las pestañas. Mientras avanza hacia la capital cosmopolita, va dejando atrás caravanas de carros, balanceándose lentamente por las huellas polvorientas. Son carros cargados... de obreros "golondrinas", criollos enjutos y sufridos que con sus familias recorren la propia tierra como parias, en busca de pan y de trabajo. Esas imágenes no se le borrarían nunca

de la conciencia. Y tendrían mucho que ver, luego, con su sensibilidad siempre abierta y atenta al sufrimiento de su pueblo.

Ese mismo año ingresa a la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires y tres años más tarde, por sus relevantes clasificaciones, es designado por concurso practicante del Hospital Nacional de Clínicas. Como tal, asiste al Instituto de Clínica Quirúrgica que dirigía por entonces el profesor doctor José Arce, su primer maestro en la cirugía.

En esa misma época comienza a colaborar con el doctor Manuel Balado, quien acababa de regresar de los Estados Unidos trayendo consigo los últimos adelantos y experiencias en neurocirugía. Esa etapa de su formación, junto al maestro, lo orienta definitivamente hacia el campo de la cirugía del sistema nervioso, especialidad que no abandonaría nunca. Completa sus estudios específicos, estudiando neuroftalmología con el profesor Argañaraz y clínica otoneurológica con el profesor Eliseo Segura.

En 1928 publica en colaboración con el profesor Balado



sus primeros trabajos científicos, que constituyen las primeras producciones especializadas orgánicas y sistemáticas dadas a conocer en el país. Durante sus años de practicante publica ensayos de su especialidad, se interna en temas de la psiquiatría y aborda también cuestiones más amplias de la medicina y aun de la filosofía.

Se recibe de médico en 1929, con medalla de oro, por ser el mejor alumno de su promoción. Un año después, basándose en un procedimiento original del Dr. Balado (la 'Yodoventriculografía'), da a conocer sus primeros trabajos acerca de la "Radiología del cuarto ventrículo". Sus investigaciones sobre este procedimiento novedoso, culminarán con su obra científica más importante: 'Yodoventriculografía fosoposterior', que mereció mención especial en el Premio Nacional de Ciencias de 1938.

Carrillo aiterna, por esos años, su formación científica, con una sólida formación humanista, cultural y política. Sin descuidar sus estudios, vive la bohemia literaria y filosófica de los "cafetines de Buenos Aires". Lee a Enrique Banchs, José Pedroni, Horacio Quiroga,

La señora María Salomé Gómez Carrillo, madre del ministro de Salud Pública.

El de la izquierda es un retrato fotográfico de 1954. A la derecha, una fotografía de 1972, a los 89 años, con una bisnieta en brazos. La señora tiene actualmente 93 años.

Leopoldo Lugones, Armando y Enrique Santos Discépolo... Entabla una entrañable amistad con Homero Manzi y manifiesta una definida inclinación por la pintura argentina, iniciando la formación de una importante pinacoteca. Políticamente abreva en el nacionalismo de la década del 30: advierte que somos un país cultural, mental y económicamente colonizados y toma conciencia de que se hallan dispersas las fuerzas capaces de esclarecer y modificar esa situación.

En 1930, médico flamante, obtiene la **Beca Universitaria de Buenos Aires**, para perfeccionar sus estudios en Europa. Lo apadrina su comprovinciano, el profesor Nerio Rojas,

—años más tarde su adversario político— quien lo recomienda al profesor Balthazar, decano de la Facultad de Ciencias Médicas de París. Por intermedio del científico francés, llega a Amsterdam, Holanda, donde se encontraba el centro de estudios neurológicos más importantes del mundo en esos momentos. Trabaja incansablemente, durante dos años, junto al profesor C. U. Ariens Kapper, titular de anatomía del sistema nervioso, al profesor R. Brouwer, jefe de la clínica neurológica de la Universidad local y al neurocirujano profesor Ojjenik, discípulo de Cushing. Con Brouwer aprende y practica el trabajo en equipo, a la par de especialistas germánicos, británicos y norteamericanos y desarrolla estudios e investigaciones en neuroanatomía, neurofisiología, neuropatología y neurocirugía. Los resultados de esa etapa de su especialización se concretan en importantes investigaciones vinculadas con cuatro grandes campos: las esclerosis cerebrales; las poliomeilitis experimentales; el mecanismo de las impregnaciones y técnicas de coloración de la neuroglia; los estudios sobre anatomía comparada. Posteriormente, tras

Ramón Carrillo o la Salud Pública

una breve estancia en París, asiste en Berlín a los cursos del profesor Schuller en la clínica neurológica del **Auffelans Krankenhaus** y visita otros importantes servicios especializados. Nuevamente en París, sigue los cursos de clínica neurológica del profesor Georges Guillain y, en el laboratorio del profesor Bertrand, en la Salpêtrière, tiene la ocasión de re-

visar el abundante material histopatológico acumulado por Pierre Marie durante su laboriosa existencia.

Docente, profesional e investigador

Carrillo regresa a Buenos Aires en 1933, en pleno despegue de la que el nacionalismo al cual adhiere, ha denominado gráficamente "la década infame". Regresa armado del más calificado bagaje científico que el mundo podía brindar en su especialidad en ese momento, pero también consciente del grado de dependencia cultural y tecnológica que soporta la Argentina. Comprende cuál es

el núcleo de esta dependencia: nos han enseñado a mirarnos en el espejo de Europa o Estados Unidos, a envidiar a los imperios dominantes y a avergonzarnos de nuestro origen hispano-criollo.

Se reencuentra con el país y con los amigos de la "bohemia" adolescente y universitaria y se confirma en sus viejas ideas nacionales y sociales.

Los profesores Arce y Balado le confían de inmediato la organización del Laboratorio de Neuropatología del Instituto de Clínica Quirúrgica. El joven investigador divide su tiempo entre la neurocirugía, por la mañana, y la organización de ese instituto, por la tarde. Ambos

El juicio de un discípulo



El doctor Raúl Matera fue uno de los más dilectos amigos y discípulos del doctor Ramón Carrillo. Formado con su dirección en la neurología y la neurocirugía, lo secundó, y después de su alejamiento lo reemplazó, en la cátedra e Instituto de la especialidad de la Universidad de Buenos Aires.

Cuando las pasiones políticas impedían todavía la repatriación del ex ministro, Matera comenzó a trabajar por la reivindicación de su memoria y promovió la formación de una Comisión Nacional de Homenaje, cuya presidencia honoraria compartió con el doctor Carlos Argañaraz. Las gestiones de esta Comisión culminaron exitosamente, en 1972, con la repatriación de los restos del ex ministro y otros actos de homenaje y reivindicación. El doctor Matera habló junto a la bóveda familiar, cuando esos restos retornaron a descansar para siempre en el cementerio de Santiago del Estero. Habló también en otros homenajes. De esos discursos extraemos los siguientes juicios, que constituyen la significativa opinión de un discípulo que, en ciencia, profesión y política, siguió de una manera singularmente parecida los pasos del maestro:

"Conocí al doctor Ramón Carrillo en 1939, cuando yo era practicante honorario del Servicio de Neurología y Neurocirugía del Hospital Militar Central, que él dirigía. Me atrajo la modestia de su personalidad, su talento y capacidad... la amplia generosidad con que me invitó a seguirlo- en esa especialidad que yo también abrazara con fervor y entusiasmo.

"Carrillo, el hombre, era serio sin seriedades. De sonrisa fácil y amplia como una mano tendida hacia los semejantes. Físicamente no se destacaba de los demás sino por su criolla tez morena y curtida por el sol santiagueño, de la cual se sentía orgulloso. Hombre de pensamiento y de acción, jamás escindió la inteligencia de la voluntad y de la praxis. Hombre sensible, abierto a todos los rumbos de la inquietud intelectual. Optimista impenitente, creía en el Creador y en el hombre hecho a su imagen y semejanza. Le gustaba decir que había que demostrar lo malo, antes que negar, de entrada, lo bueno que necesariamente hay en el ser humano. Era fuerte e íntegro: nunca le escuchamos una queja por lo que le habían hecho, por la ingratitud, por las desilusiones podocidas. ¡Y vaya si fue víctima de ataques, vilipendios y odios! Tenía un extraordinario sentido humanista y cristiano y una generosidad sin límites.

"Fue un científico: uno de los más importantes que el país haya tenido. Abrió el rumbo para investigaciones que han acordado a la neurología nacional un lugar de privilegio en todo el mundo. Tal vez, si otras actividades im-

son trabajos oficiales, a los que dedica todo su tiempo. No abre consultorio privado ni ejerce la profesión en forma particular. Durante los nueve años posteriores a su graduación, se desempeña únicamente en la investigación y la docencia, avanza en su perfeccionamiento y publica numerosos trabajos científicos.

A partir de 1939, se hace cargo del Servicio de Neurología y Neurocirugía del Hospital Militar Central. Su trabajo le permite tomar contacto con la documentación clínica de miles de jóvenes de veinte años, aspirantes al servicio militar, procedentes de todo el país. Comprueba los altos porcenta-

jes de ineptitud física, que se originan principalmente en las provincias pobres y postergadas. Estos datos ratifican su antigua sospecha acerca del desmoronamiento del interior criollo.

El problema le preocupa y Carrillo promueve un estudio estadístico para determinar la cantidad de camas disponibles por cada mil habitantes en todo el territorio nacional. Los resultados de la encuesta—realizada por intermedio del Instituto Geográfico Militar, dependiente del Ministerio de Guerra—evidencian grandes desniveles entre las diferentes provincias y territorios: desde 9,61 por mil en la Capital Fe-

deral, 4,66 por mil en la provincia de Buenos Aires, 0,88 por mil en el territorio nacional de Misiones y 0,00 por mil en la Gobernación de los Andes. En general, la existencia de establecimientos con servicios de internación era privilegio de las grandes ciudades y, aún así, los hospitales gratuitos del Estado o las sociedades de beneficencia se desenvolvían en condiciones precarias por falta de personal, alimentación, medicamentos e instrumental médico. Las zonas rurales estaban totalmente desprotegidas de asistencia hospitalaria y el país, en su conjunto, contaba sólo con el 45 por ciento de las camas necesarias. Los centros hospitalarios conservaban el espíritu de caridad que le habían impreso las sociedades de beneficencia desde el siglo pasado, muy alejado de sus buenas intenciones, del carácter de servicio público que debían tener.

Corría el año 1942. Muere el profesor Manuel Balado y Carrillo se presenta al concurso para optar a la cátedra vacante de profesor titular de Neurocirugía de la Facultad de Ciencias Médicas porteña. Gana el concurso y, tras un interinato de varios meses, es confirmado en el cargo. Tenía 36 años.

Su clase inaugural es una página de antología que permite valorar sus quilates intelectuales y morales. Vale la pena reproducir algunos de sus conceptos: afirma que la formación del neurocirujano debía ser estricta y muy cuidadosa, puesto que se requería para la especialidad una extraordinaria capacidad técnica, salud física, gran entrenamiento intelectual y vastos conocimientos adquiridos metódicamente. Debía tener además, el espíritu abierto a todos los vientos, amasado el corazón y no gritar como el Mefistófeles de Goethe: "Nada sé decir del sol y de los mundos; sólo miro cómo sufren los hombres". "No, señores —replicaba Ca-

puestas por su vocación de servicio no le hubiera requerido la dedicación total, su obra científica habría adquirido dimensiones universales. Renunció a esta meta por otros objetivos que consideraba indispensables para el servicio de la República. Demostró así su amor por esta tierra y por sus hombres.

"Fue maestro: enseñaba y formaba; estaba siempre junto a sus discípulos para estimularlos y ayudarlos en los momentos de desaliento. Pero lo hacía sin que su mano izquierda se enterara de lo que había dado su mano derecha.

"Fue político y ministro: creó casi de la nada, las instituciones y las estructuras para la salud de las que luego la República se enorgullecería. Incorporó el país, en esta materia, a las naciones más avanzadas del mundo. Desde su labor ministerial, puede dividirse la política nacional sanitaria en dos épocas: antes de Carrillo y después de Carrillo. Y esto ya es historia.

"Creía en el país y quería entrañablemente a su pueblo. Amaba a Santiago, su patria chica, y a la Argentina, su patria grande. Era capaz de hablar horas enteras del paisaje y de la gente de su tierra. Recordaba con orgullo que su Santiago había sido "fundadora de ciudades". Quería un país de los argentinos para todos los argentinos. No aceptaba la hegemonía de Buenos Aires y la postergación del interior. No era, sin embargo, antiporsteño. Intuía que las legiones de "cabecitas negras" que arribaban a Buenos Aires eran los adelantados del tiempo nuevo y que su acción, desde las fábricas, conseguiría los objetivos que no obtuvieron las armas en el siglo pasado. Deseaba que Buenos Aires no fuera sólo un puerto de entrada y salida de mercaderías, sino la gran base técnico-industrial para autoabastecerse y asegurar, junto al resto del país, nuestra libre determinación. Así podría comenzar a escribirse una nueva historia de unidad nacional y colaboración entre la capital y las regiones del interior.

"Murió lejos y pobre. Se habló de una inmensa fortuna mal habida. Murió casi en la indigencia. El escándalo y el odio se deleitaron arrojándole paladas de lodo y él murió en silencio, lejos y pobre. Esa, su pobreza, constituye la prueba de su limpieza y el testimonio de su honradez. Terminó su vida trabajando, mitigando el dolor, ganando su sustento con el esfuerzo de cada día y con la buena acción de cada hora. Murió sin resentimientos, sin deseos de revancha, tan limpio y claro de alma como lo fue en su vida.

"La posteridad, sin embargo, que no es indiferente a la justicia, ha reivindicado su memoria y su nombre. El doctor Ramón Carrillo ha entrado en la historia de lo bueno que tuvo la patria".

Ramón Carrillo o la Salud Pública

El neurocirujano, realizando una yodoverniculografía, procedimiento que perfeccionó. Carrillo fue titular de la cátedra de Neurocirugía de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires y director del Instituto homónimo.



rillo en aquel primer contacto con sus alumnos— debemos abrir nuestros brazos al mundo y dirigir los ojos al sol. Debe ser el neurocirujano un hombre capaz de ocultar su triste destino al que ya no espera nada, manteniéndole el último destello de una ilusión. Cualquier espíritu noble estará con Santo Tomás: "Es preferible un sentimiento que consuela, a una verdad que ilumina". Y su exhortación final fue la siguiente: "Vosotros, desinteresados en las contiendas, limpios de los estigmas de las ambiciones, caeréis con sorpresa en las encrucijadas; el tiempo os despeñará del mundo de los sueños a los ásperos caminos de la vida; entonces los más nobles sentimientos se perverten en el vaso impuro del corazón humano, si un ideal altruista de ciencia y de trabajo no lo embalsama, purificándolo del mal de las codicias y de la convicción materialista de que la vida es un botín legítimo del más fuerte".

Desde la cátedra, Carrillo hace escuela y forma discípulos. Gran número de neurólogos y neurocirujanos, muchos en plena actividad actualmente, abrevan en su ciencia y en sus orientaciones morales, que predica con el ejemplo.

Tal era su ideología ética en vísperas de la revolución de 1943. Como una prolongación natural, la proyecta a la acción política: adhiere a los sectores que desean mantener la "neutralidad" argentina ante la Segunda Guerra Mundial, "por ser un conflicto 'ajeno' a los intereses del país". Coincide con quienes piden la incorporación definitiva de los valores nacionales, con sus consecuencias económicas y sociales, a la vida del país, valores postergados por una inveterada política dependiente y retardataria.

El pionero de la medicina sanitaria y social

Todo hacía suponer que Carrillo seguiría su ascendente

trayectoria en el campo científico. Era profesor titular de la Facultad de Medicina sin contar todavía con 40 años de edad, se lo consideraba el más importante neurólogo y neurocirujano del país, era conocido en los círculos especializados del extranjero. Su destino lógico era seguir formando discípulos, escribiendo obras técnicas, investigando.

Hasta que un día de invierno de 1943 se produce la revolución militar que derroca al régimen de Castillo. Una nueva etapa se abre en el país. Millares —o millones— de destinos individuales se modificarán al ritmo de los nuevos procesos que se abren. Uno de estos destinos es el del doctor Ramón Carrillo, que será arrancado de su plácida vida de docente e investigador para ser catapultado a la política activa: en 1944 el coronel Juan Perón conoce al distinguido neurólogo y le pide que colabore con el gobierno militar en la planificación y organización de la política sanitaria. Carrillo acepta. Ahora tiene la oportunidad de volcar sus concepciones sanitaristas en una política concreta, de contenido trascendente. La tentación es demasiado aguda para desecharla y

además, la verba del coronel Perón, con sus lemas nacionalistas, conmueven al médico.

Allí empieza una asociación que durará diez años, entre Perón y Carrillo, dos hombres que se entienden y respetan pero cuyos caminos se irán imperceptiblemente separando hasta que en 1954 el presidente no podrá —o no querrá— sostener más a su ministro y éste debe alejarse de su cargo y eventualmente del país.

Pero ¿quién era, cómo era este científico que en 1944 deja sus microscopios y sus bisturíes para lanzarse al océano de la burocracia con un sentido renovador y dinámico? Uno de sus discípulos, el doctor Raúl Matera, ha trazado su semblanza con agudeza (ver recuadro): "Serio sin seriedades", ha dicho Matera. Era cordial e informal en su trato y tenía un escondido humor provinciano que solía reforzar acentuando a veces —como solía hacer Vélez Sarsfield con su tonada cordobesa— sus "eses" santiagueñas cuando contaba algún cuento que venía al caso. Se burlaba de sí mismo y del color moreno subido de su piel. Una vez, hablando con la bailarina francesa de color Josefina Baker, ésta le preguntó sobre "el problema negro" en la Argentina.

—En la Argentina no hay problema negro, señora —contesta Carrillo sonriente— porque los únicos negros que hay son los ordenanzas del Congreso, usted y yo...

En oportunidad de las luchas contra ciertas endemias, no vaciló en encasquetarse un birrete militar y calzar un uniforme, lo que le daba el aspecto de suboficial provinciano que no vaciló en dejar inmortalizar en fotografías periodísticas, desafiando la burla de sus opositores.

Todo santiagueño es un político nato. Carrillo, que nunca hizo política en el sentido partidario, tenía un intuitivo don

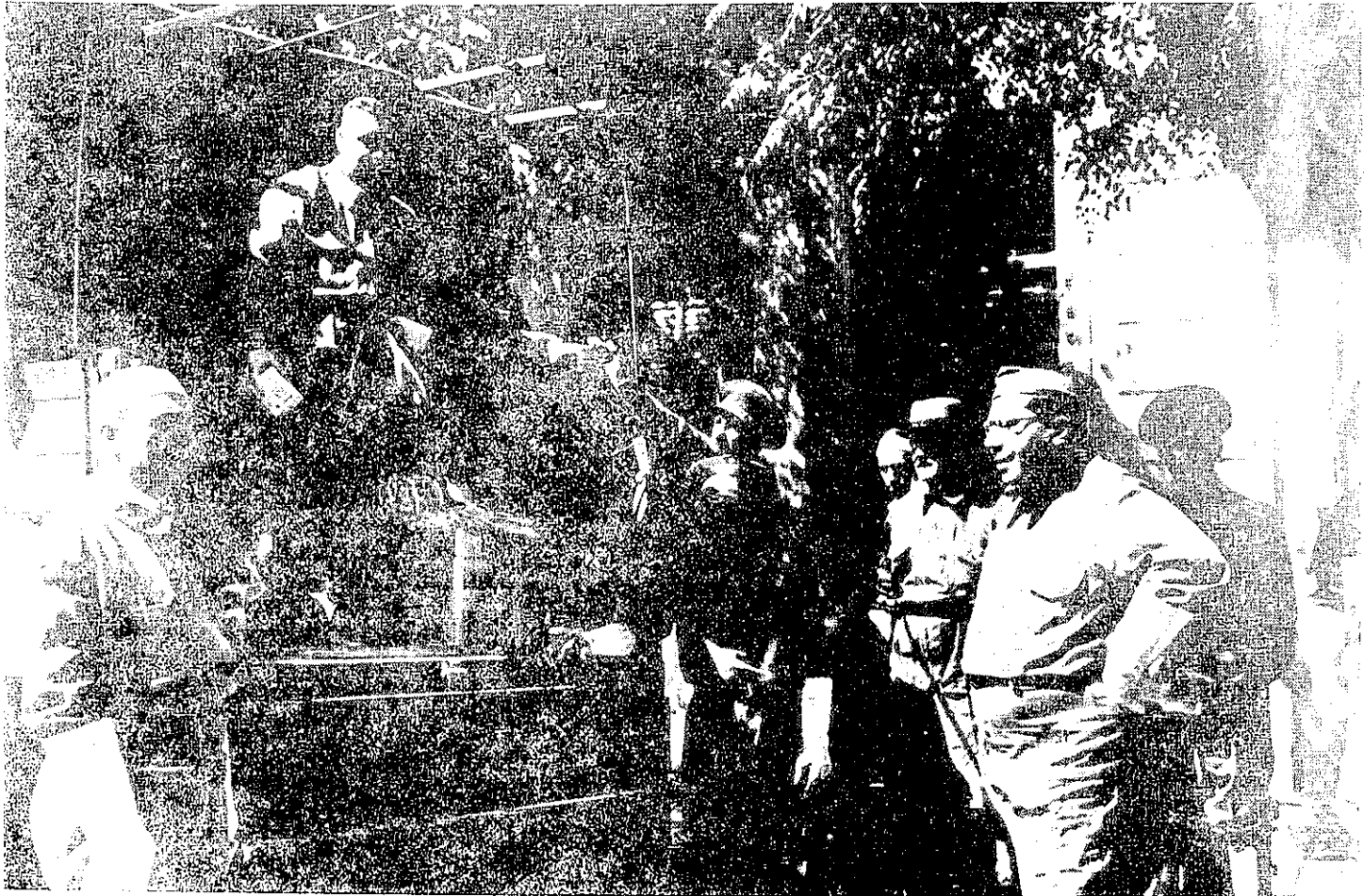
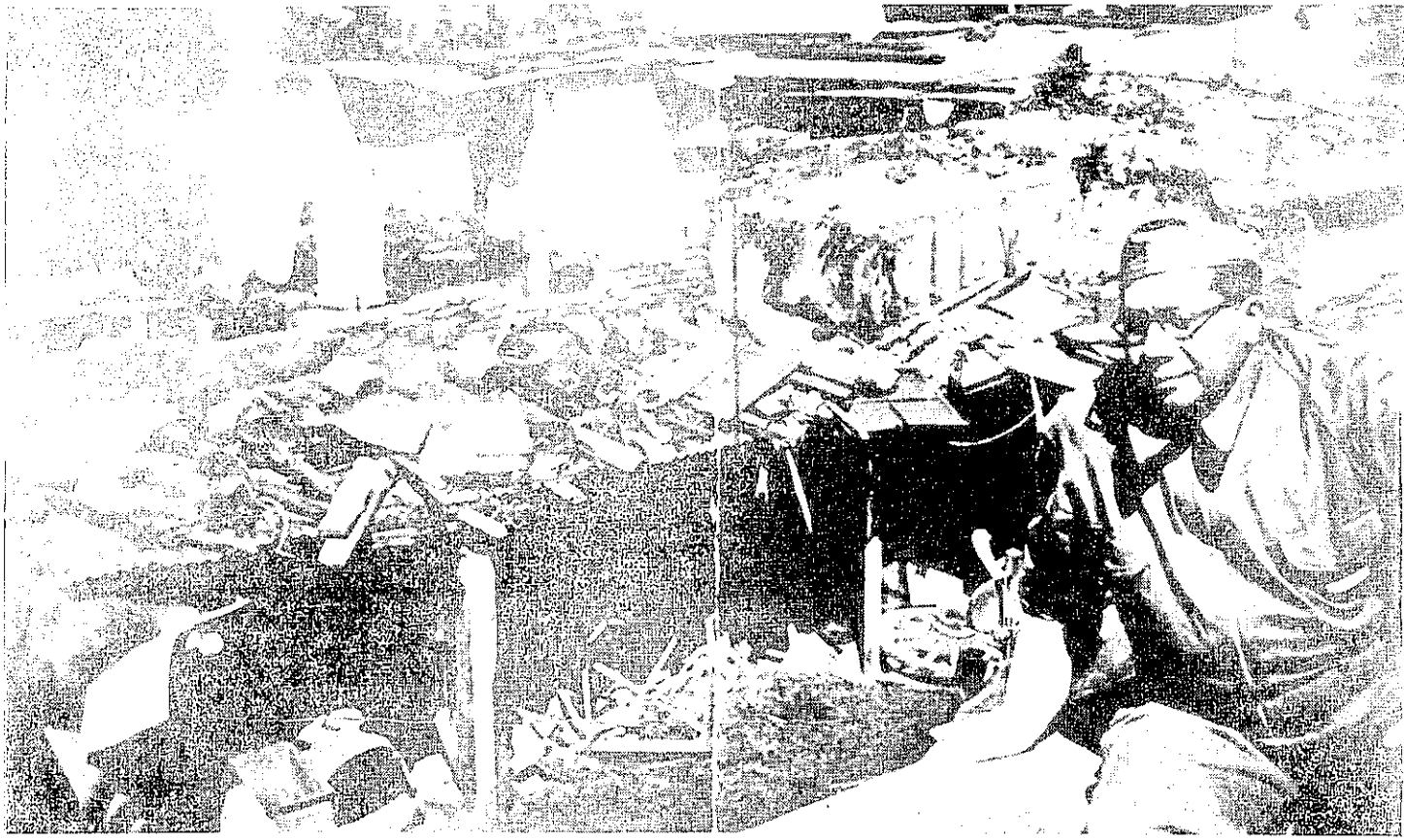


Inauguración de un curso de instructores para enfermeras, al que asiste "Evita". Durante la gestión de Carrillo se impulsó la formación de personal auxiliar para la medicina.

político que utilizó para evitar las innumerables trampas que se le tendieron desde los mismos círculos del gobierno que integraba o para conseguir los apoyos que necesitaba para llevar adelante sus planes sanitarios: se dice que para la erradicación del paludismo consiguió que Eva Perón pusiera a su disposición, por medio de un *úcase* irresistible y fulminante, todos los vehículos disponibles en otros ministerios. Carrillo sabía halagar a quienes podían serle útiles y se resistía a perseguir a nadie: no pocos opositores formaron en los cuadros de su ministerio y aunque las afiliaciones compulsivas y el sistema de denuncias a los "contras" también formaron parte de la modalidad administrativa de Salud Pública, como en otras reparticiones de la época, trató de

atenuar hasta lo posible sus efectos.

Sus discursos solían ser directos y amenos. Burlándose de las organizaciones brillantes pero inútiles, contó esta historia que figura en su libro "Teoría del Hospital" (Buenos Aires, 1951). "Un soldado alemán fue dado de baja porque padecía ciertos dolores. Concorre a un hospital militar donde todo funciona por sectores. El soldado encuentra tres puertas que dan al gran hall: una puerta es para soldados 'bajo banderas', otra para 'licenciados' y otra para 'familias'. El soldado entra por la del medio; transpuesta ésta, topa con otras tres puertas: 'oficiales', 'suboficiales', 'soldados'. Entra en la última y encuentra otras tres puertas: 'enfermedades de la cabeza', 'enfermedades del tronco' y 'enfermedades de las extremidades'. Entra, pues, en la segunda y ve otras tres puertas. En una se lee 'Afiliados al partido Nacional Socialista', en la otra 'No afiliados' y en la última 'Contrarios'. Como el soldado era enemigo del nazismo, transpone la última. Y se encuentra en la calle... Cuando regresa a la casa su mujer le pregunta cómo le fue, y el soldado de mi cuento le con-



Ramón Carrillo o la Salud Pública

El ministro, en traje de fajina, dirige personalmente una campaña de desratización.

El ministro Carrillo, votando, en las elecciones de convencionales constituyentes de diciembre de 1948.



testa: 'Bueno... curar, no me curaron... pero ¡qué organización!''.

La salud pública

El 23 de mayo de 1946, en acuerdo general de ministros, se crea la Secretaría de Salud Pública de la Nación, con rango de ministerio, en reemplazo del viejo y obsoleto Departamento Nacional de Higiene. El 29 de mayo es designado secretario el doctor Carrillo, y es confirmado el 4 de junio, al asumir la presidencia constitucional de la Nación el coronel Juan Domingo Perón. Posteriormente, la Secretaría se transforma en el Ministerio de Salud Pública y Asistencia Social de la Nación: su nueva denominación implicaba que, junto a funciones de atención médica y sanitaria, se incorporaban otras de asistencia y ayuda comunitaria.

Hasta ese momento, la medicina era considerada tradicionalmente como una profesión y actividad privada, destinada al enfermo individual. La creación de instituciones hospitalarias para atender a los grupos marginales o desprote-

gidos se inspiraba preponderantemente en la idea de caridad y también se consideraba, en principio, una actividad de asociaciones privadas, en la cual el Estado sólo intervenía subsidiariamente.

El país presentaba un estado sanitario deplorable: déficit de camas y hospitales, inadecuada distribución geográfica de esos establecimientos, falta de personal técnico, bajas remuneraciones, ausencia de información estadística y de sistemas administrativos eficaces, inexistencia de seguros sociales y regímenes previsionales. La mortalidad infantil alcanzaba índices similares a los que se registraban en los países europeos en guerra. La tuberculosis, el paludismo, la fiebre amarilla y la enfermedad de Chagas, extendidos en amplias regiones y sectores de la población, eran enfermedades endémicas no afrontadas social y sistemáticamente. Cinco leprosarios recientemente inaugurados aislaban sólo a la décima parte de los afectados. Los enfermos mentales sobrevivían reclusos y hacinados en establecimientos anacrónicos. Únicamente las instituciones de caridad hacían lo poco que podían por la atención de niños y ancianos.

Al hacerse cargo de la Secretaría, el doctor Carrillo decidió revertir esta situación. Trabajó en ello, incansablemente, durante ocho años, y ya veremos que tuvo éxito. Sus ideas y principios acerca de la salud pública se insertaban en la doctrina social y humanista del justicialismo, de inspiración cristiana. "Actualmente —afirmaba—, no puede haber medicina sin medicina social y ésta no puede existir sin una política social del Estado. ¿De qué le sirve a la medicina resolver científicamente los problemas de un individuo enfermo, si simultáneamente se producen centenares de casos similares por falta de alimentos, por viviendas antihigiénicas —que a

Ramón Carrillo o la Salud Pública

... veces son cuevas— o por salarios insuficientes que no permiten subvenir debidamente las necesidades... Los problemas de la medicina, como rama del Estado, no podrán ser resueltos si la política sanitaria no está respaldada por una política social. Del mismo modo que no puede existir una política social sin una economía organizada en beneficio de la mayoría, tampoco puede existir una medicina destinada a la protección de la colectividad sin una política social bien sistematizada para evitar el hambre, el pauperismo y la desocupación. Para comprender bien nuestros objetivos de gobierno en materia sanitaria, es necesario fijar previamente con claridad los fines de la ciencia médica, organizada y dirigida por el Estado, en beneficio de la mayoría, es decir de los no pudientes”.

“Los médicos debemos pensar socialmente —decía en otra ocasión—. Así iremos, poco a poco, atenuando esta tremenda mecanización en que vivimos hoy en el campo de la medicina; excesiva bioquímica, excesiva física, excesivo desmenuzamiento de la personalidad orgánica del enfermo. Debemos pensar que el enfermo es un hombre, que es también un padre de familia, un individuo que trabaja y que sufre, y que todas esas circunstancias influyen, a veces, mucho más que una determinada cantidad de glucosa en la sangre. Así humanizaremos la medicina”¹.

Estos conceptos adquirirían un doble valor en boca de un eminente científico como el doctor Carrillo.

La gestión ministerial

Pero lo realmente importante radica en que su pensamiento se encarna en acción. El flamante ministro define inicialmente las tres grandes áreas de la actividad ministerial: “La **medicina asistencial** tiende a resolver el problema individual cuando se ha planteado, es pasiva; la **sanitaria** es meramente defensiva, pues trata de proteger; la **social** es activa, dinámica, y debe ser necesariamente preventiva”.

Carrillo aborda, como tarea prioritaria, la necesidad de dotar a la Secretaría de bases normativas, organizativas y de infraestructura aptas para la conducción y ejecución de una política nacional de Salud Pública. El neurólogo se transforma en planificador sanitario y, con la ayuda de sus colaboradores, elabora el “**Plan Analítico de Salud Pública**”, un estudio completo y orgánico, de cuatro mil páginas, que contempla e incluye los objetivos, principios y acciones de su ministerio, hasta en sus mínimos detalles.

Se elabora y pone en marcha una estructura administrativa basada en el doble principio de la **centralización normativa** y la **descentralización ejecutiva**. Por la centralización normativa, se normalizan, unifican y tipifican criterios, procedimientos, mecanismos y servicios para todo el país. Esas normas incluyen los estudios sobre “**Tecría del Hospital**”, con sus respectivos tomos sobre “**Arquitectura**” y “**Administración**”. La **descentralización ejecutiva** orienta la asignación de competencias y funciones por sectores de actividad y la regionalización sanitaria del país en seis zonas, en las que se incluye la participación de las provincias, las municipalidades y las delegaciones regionales del ministerio nacional.

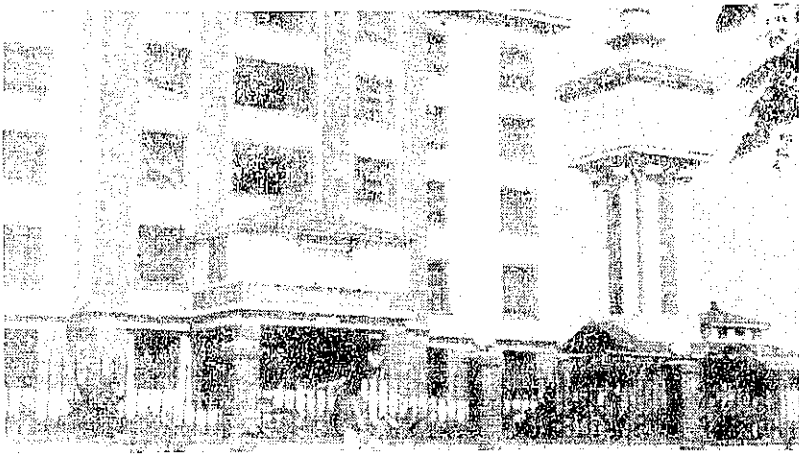
Se armó así un inmenso aparato organizado, cuyos prime-

ros resultados positivos pudieron observarse en la rápida formación de una conciencia sanitaria, documentada por el éxito de las campañas masivas de vacunación antivariólica y antídifterica, de los catastros radiográficos pulmonares realizados en todo el territorio nacional, en zonas urbanas y rurales. Fue en esa época, precisamente, que se declaró obligatoria la presentación de certificados de vacuna para ingresar en los colegios, viajar, efectuar trámites en reparticiones públicas...

Pero los logros más significativos y espectaculares de la gestión de Carrillo estuvieron vinculados con las campañas masivas, de gran envergadura y dimensión nacional, que instrumentó para erradicar enfermedades endémicas. El ejemplo mayor lo constituyó la lucha contra el paludismo, que diezaba a la población del nordeste del país. Durante tres años, brigadas de “dedetización” trabajaron casa por casa y pueblo por pueblo, bajo la dirección de los doctores Carlos Alberto Alvarado y Jorge Argentino Coll, con centro en Tucumán. La enfermedad fue derrotada, en una acción —parecida a la guerra—, que tuvo repercusión internacional. Campañas similares se desarrollaron contra los brotes de fiebre amarilla en la frontera con Bolivia, las enfermedades venéreas, la tuberculosis (un catastro radiográfico nacional la estudiaba y prevenía socialmente), la viruela, el alastrim, la rabia...

Otro éxito notable fue el drástico descenso del índice de mortalidad infantil, que bajó del 90 por mil en 1940, al 56 por mil en 1955. Se debió no sólo a la acción sanitaria directa, instrumentada a través de la creación de miles de centros de protección materno-infantil, sino también —como lo destacaba el propio Carrillo—, a una política social general que había elevado los índices de nu-

La obra hospitalaria



Vista del Policlínico "Evita", actualmente Hospital "Doctor Ricardo Finochietto", en Lanús, provincia de Buenos Aires, construido en la época del ministro Carrillo. Las realizaciones y creaciones en materia de servicios asistenciales fueron numerosas y fecundas durante su ministerio.

Mencionamos a continuación algunas de las creaciones y realizaciones del ministro Carrillo en materia de establecimientos hospitalarios y asistenciales, que dan la dimensión de su fecunda labor:

AÑO 1946

Instituto Nacional de Enfermedades Alérgicas; Instituto de Cirugía Torácica y de la Tuberculosis; Instituto Nacional de Hemoterapia y Centros de Hemoterapia en los hospitales nacionales de Tisiología, Neuropsiquiatría y Neurología; Instituto de Hemoterapia y Servicio de Sangre en Córdoba, Concepción del Uruguay, Resistencia, Rafaela, La Rioja, Santiago del Estero y otras ciudades; hospitales en Río Cuarto (340 camas) y Ojo de Agua (Santiago del Estero).

AÑO 1947

Revitalización del Instituto de la Nutrición; Instituto Nacional de Endocrinología aplicada; Instituto Central de Cardiología; Instituto Central de Cardiología; Instituto Central de Dermatología; Hospital de Presidencia Roque Sáenz Peña (Chaco); Hospital de Vera (Santa Fe); Hospital de Pinto (Santiago del Estero); Hospital de Puerto Iguazú (Misiones); Hospital de Chos Malal (Neuquén).

AÑO 1948

Hospital Nacional de Odontología.

AÑO 1950

Instituto Nacional de Medicina Climática Hidrotermal; Hospital Climático Termal de Carhué; Hospital Climático Termal de Río Hondo; Centro de Investigaciones del Glaucoma y Enfermedades Inhalatorias; Centro de Investigaciones de Profilaxis Toxicológica; Instituto Nacional del Quemado y Servicio Nacional de Asistencia del Quemado; Hospital de Cruz del Eje y Rehabilitación de Valcheta (Río Negro); Hospital de Tartagal (Salta); Hospital de Quequén (Buenos Aires); Hospital de Clorinda (Formosa); Hospital de Río Grande (Tierra del Fuego); Leprosario en Diamante (Entre Ríos); Colonia "Cerdá", para retardados; Colonia Neuropsiquiátrica de Guaymallén (Mendoza).

trición, higiene, bienestar y condiciones de vida, en un país que en 1946 tenía un tercio de su población subalimentada.

Junto a las campañas sanitarias masivas y urgentes, el ministro Carrillo encaró un plan orgánico de construcciones y creación de servicios hospitalarios y de asistencia a la salud. Establece una tipificación arquitectónica, para institutos de 30 a 480 camas, extensibles según las necesidades. Define los requerimientos de personal, normaliza servicios y procedimientos administrativos y de economato. Organiza, en síntesis, la medicina social.

En su "**Teoría del Hospital**", clasifica y describe las características de los establecimientos de salud, según su finalidad y especialización: los **hospitales generales**, polivalentes, que cuentan con todas las especialidades clínicas, cirugía general, obstetricia y pediatría, con servicios de internación o consultorios externos; los **institutos especializados**, recipiendarios de los casos que superaban las posibilidades del hospital general, incluían los establecimientos para **enfermos crónicos**: hospitales tisiológicos, sanatorios-colonia para leprosos, hospitales y colonias para enfermos mentales... Una concepción verdaderamente novedosa del dinámico ministro fue la de la ciudad-hospital, que consistía en un grupo de pabellones o unidades hospitalarias especializadas y técnicamente independientes, pero centralizados administrativamente, para optimizar eficiencia y reducir costos. Se comenzaron a construir siete unidades de este tipo que, después de 1955, fueron destinadas a otros fines.

Todo este enorme esfuerzo requería acciones complementarias y colaterales. En primer lugar, la capacitación de personal auxiliar, en calidad y cantidad: el ministro puso en marcha un febril plan de formación, en el ámbito de las uni-



versidades, de inspectores sanitarios, visitantes de higiene, bioestadígrafos, administradores hospitalarios, técnicos radiólogos... En esa época, salen también de las Facultades de Medicina los primeros médicos higienistas, que luego se llamarían "sanitaristas". Además, era necesaria la organización y reglamentación de la profesión médica, de acuerdo con su nueva perspectiva social. En esta área, se dictaron normas y medidas reguladoras del ejercicio profesional; reglamentación de especialidades, juntas o consultas profesionales; ética y deontología; organización gremial y estatuto profesional; enfermedades profesionales y caja de jubilaciones.

En suma, toda la acción del ministro, según sus más profundas convicciones, estaba orientada a poner a la medicina en función social, a lograr un cierto grado de "socialización" de la medicina, cuya sustancia nada tenía que ver, sin embargo, con ningún tipo de concepción colectivista de la sociedad. El definía ese objetivo con una frase gráfica y precisa: "No más médicos sin enfermos, ni enfermos sin médicos". Su tesis suponía, como lo ha

Durante una conferencia de prensa, en mayo de 1947. Carrillo fue el planificador y primer ejecutor de la política sanitaria argentina, con sentido orgánico y social.

recordado el doctor Raúl Matera, "una asistencia individual y familiar eficiente, continua y completa, con gratuidad total para la población que lo necesita, con libre elección del médico por el paciente, en la que los profesionales actúen para la comunidad ofreciendo sus servicios mancomunados, según la demanda de prestaciones y buscando el equilibrio entre las necesidades médicas de la población".

No es fácil resumir el balance de la fecunda gestión de Carrillo en Salud Pública durante ocho años, entre 1946 y 1954. Quizás sea válido el que formuló en 1956 —aunque pudiera ser tachado de parcial—, el propio presidente Perón, de quien el ministro fue mano derecha y fiel colaborador en el área que le tocó conducir: "Sería largo historiar la acción proficua y decidida de este pri-

mer Ministerio de Salud Pública —decía Perón—, pero algunos datos estadísticos serán elocuente reflejo de esta acción. En 1946 el país tenía 66.300 camas hospitalarias; en 1951 sumaban 114.000. Mediante un nuevo método de "dedetización" sistemática, se terminó con el paludismo en sólo dos años de acción intensa... y no se conocen nuevos casos. En 1946 el índice de mortalidad por tuberculosis era de 130 por cien mil; en 1954 ese mismo índice era de 36 por cien mil. La sífilis y las enfermedades venéreas han desaparecido en su casi totalidad con el empleo adecuado de los modernos antibióticos. La lepra ha sido circunscripta a los leprosarios preparados y habilitados. De la misma manera se ha terminado con las epidemias de tifus exantemático, brucelosis, etcétera. La organización sanitaria asegura ahora una vigilancia estatal sobre toda epidemia propia o emigratoria, de modo que podemos afirmar que, por primera vez, la población argentina está realmente protegida contra ese peligro siempre latente... La medicina preventiva ha recibido un impulso extraordinario. Las revisiones periódicas, los ca-

Ramón Carrillo o la Salud Pública

El ministro en 1949,
vistiendo traje de gala.

En una reunión
internacional sobre brucelosis,
en la ciudad
de Mendoza (1947).



tastros pulmonares permanentes, desconocidos en nuestro país, van siendo generalizados en casi todo el territorio... Podrán morir argentinos por 'miseria fisiológica, pero ya no mueren más por miserias sociales...".

Y todo esto, sin duda, fue obra directa del doctor Carrillo, quien la realizó con afán y con empeño, en lucha diaria y sin cuartel contra ese fantasma llamado burocracia, que en todo tiempo y lugar ha puesto piedras en el camino de los hombres creativos y emprendedores.

El exilio y la muerte

15 de octubre de 1954. Desde la cubierta de la motonave "Evita" Ramón Carrillo contempla por última vez la silueta de Buenos Aires. Lo acompañan su esposa, doña Isabel Susana Pomar, y sus cuatro hijos. En el muelle quedan la madre, los hermanos, los amigos, algunos discípulos... la ciudad que lo había acogido en su juventud y había sido escenario de su vida de servicio y su ascendente carrera de científico y hombre público. Quizás vivía en esos momentos la esperanza nostálgica del futuro retorno

a la patria. No sospechaba que su suerte iba a cambiar y que ya no volvería.

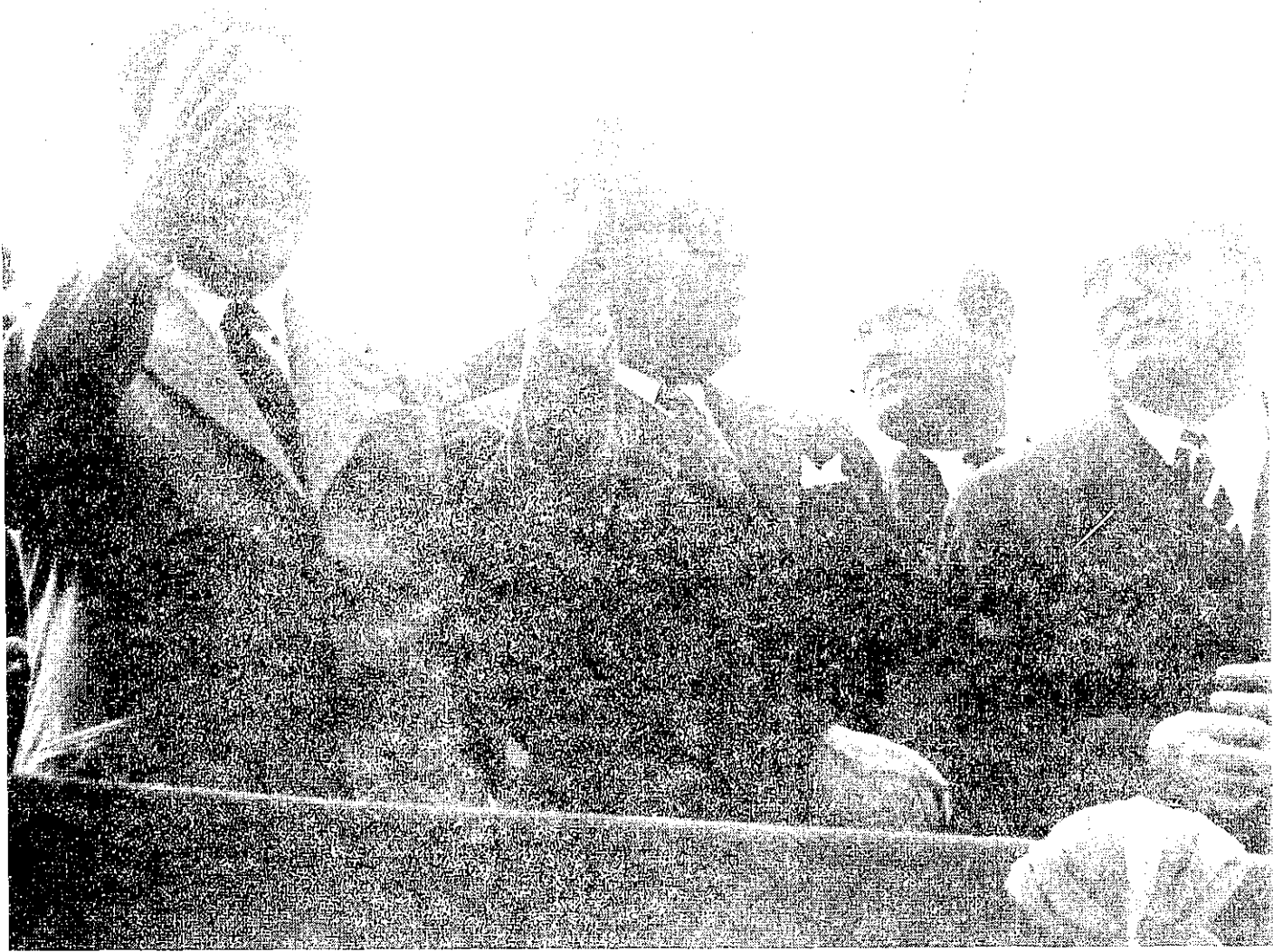
Viaja a Estados Unidos, en plena madurez, en busca de descanso y recuperación para su salud. Desde 1951 padece una enfermedad grave y progresiva: una hipertensión arterial maligna que lo obliga frecuentemente al reposo y disminuye su actividad pública, debido a pertinaces e intensísimas cefaleas.

Había renunciado como ministro y solicitado licencia en su cátedra universitaria pocos meses antes. Se había querido despojar al alejamiento del doctor Carrillo de toda significación política, reduciendo el motivo a su sola enfermedad. Sin embargo, hay evidencias de que en su retiro del gobierno confluyeron, además de su enfermedad, factores políticos.

La versión más coherente, en este sentido, es que disintía profundamente con el contralmirante Alberto Teisaire, presidente del partido peronista y, desde abril de 1954, vicepresidente de la Nación, como así también con el grupo de funcionarios y dirigentes políticos que respondían a éste.

Teisaire había adquirido gran influencia sobre la mayoría de los miembros del gabinete y el equipo político gobernante.

Carrillo critica la conducción y los procedimientos de este grupo, caracterizado por la medianía y el manejo vertical de las personas y los hechos. Frente a la sectarización de estos hombres, Carrillo proponía una "apertura política" que cambiara la imagen oficial: liberalización en el uso de los medios de comunicación, dando acceso a la oposición; replanteo de la política educativa; liquidación de la propaganda reiterativa y falta de imaginación que desde la Secretaría de Prensa y Difusión dirigía Raúl Alejandro Apold; detención en el peligroso camino de enfrentamiento con la Iglesia Católica, que ya comenzaba. El



ministro señalaba que toda esa actitud ante la Iglesia se basaba en perimidos argumentos y banderas de la vieja izquierda liberal. Creía además que había que confrontar ideológicamente a la oposición, para tener éxito, con los mejores hombres del peronismo, muchos de los cuales habían sido desplazados.

El Ministerio de Salud Pública comienza a recibir los ataques reiterados del grupo dominante, especialmente desde la Secretaría de Prensa y Difusión. A Carrillo le resulta cada vez más difícil llegar al presidente y en los medios oficiales se insiste en que el ministro está cada vez más en-

Con el ministro junto al presidente Perón, en agosto de 1953, durante un acto en Santiago del Estero.

fermo y no puede atender su despacho.

El 15 de julio Perón anuncia una reestructuración de gabinete. Este se reúne y allí Carrillo arroja las cartas sobre la mesa. Durante dos horas expone su pensamiento y formula una sincera autocrítica de la política gubernamental. Previamente había enviado una nota al presidente, con las mismas argumentaciones: presuntamente, había sido interferida.

Ante la difícil situación, Perón decide que la cuestión sea resuelta por el número. Carrillo es derrotado y, tras su renuncia, el Ministerio es cubierto por un hombre de Teisaire: el doctor Raúl Bevacqua.

Aparentemente Perón no quiso desprenderse del todo de su ex-ministro y le ofrece a Carrillo que se encargue de un organismo centralizador de las investigaciones científicas y técnicas. El 31 de julio el ex ministro acepta el ofrecimiento y envía al presidente un anteproyecto para dicho organismo. Pero su salud está demasiado quebrantada y no puede llevar adelante el proyecto.

Emprende entonces el camino del exilio. Desde Nueva York

Ramón Carrillo o la Salud Pública

Ramón Carrillo, jugando
con uno de
sus pequeños hijos.



Carrillo concurre a
despedirse del presidente
Perón, tras haber renunciado,
en vísperas de su viaje
a los Estados Unidos.
Una seria enfermedad y
profundas discrepancias con
el grupo político
del almirante Teisaire
provocaron en 1954
su alejamiento del gobierno.





**La esposa del doctor
Ramón Carrillo,
señora Isabel Susana Pomar,
con uno de sus cuatro hijos.**



sigue con impaciencia y ansiedad el curso de la política argentina. Comprueba apenado que sus predicciones se van cumpliendo y que los crecientes errores políticos del oficialismo, a pesar del consenso mayoritario de que goza, lo conducen al desastre. Vive con tristeza los acontecimientos de junio y de septiembre de 1955, que terminan con el derrocamiento del gobierno peronista.

Carrillo habita en un barrio humilde de Nueva York. A pesar de sus hábitos austeros, a comienzos de 1955 comienzan para él las dificultades económicas. Da una serie de conferencias en la Universidad de Harvard. Visita laboratorios de investigación. Se somete a un intenso tratamiento que sólo logra leves mejorías.

Cuando le resulta imposible sostenerse en Nueva York, acepta un puesto de médico en la empresa minera norteamericana "Hanna Mineralization and Company", que tenía una

explotación a 150 kilómetros de la ciudad brasileña de Belem Pará, cerca de la desembocadura del río Amazonas. Llega a la pequeña ciudad del norte de Brasil, con su familia, el 1º de noviembre de 1955. Debe viajar dos veces por semana, en helicóptero o en lentas barcas, hasta "Aurizonia", el campamento minero, en medio del calor infernal de la selva brasileña.

Traba amistad con médicos y especialistas paranaenses. Se lo ve caminar despacio por las calles de la ciudad o mezclarse con la gente en los medios de transporte colectivo.

En marzo de 1956, alcanzando a comprender más de lo que un especialista brasileño le diagnosticaba, anuncia a su esposa que le quedan nueve meses de vida. Mientras tanto, en Buenos Aires, su gestión y su conducta son sometidas a las comisiones investigadoras creadas por el movimiento de 1955. Se entera de que le han sido confiscadas sus dos propiedades, sus cuadros y sus libros. Por intermedio de su hermana Carmen Antonia asume su defensa, demuestra la legitimidad de su pequeño patrimonio y prueba que sus deu-

das eran equivalentes al valor de sus propiedades. Sin embargo, sus bienes permanecerán interdictos durante diez años, como los de su esposa, a pesar de ser propios de la cónyuge. Estos hechos lo derrumban moralmente: recuerda en su defensa, que podría ser enormemente rico, con sólo haberse dedicado al ejercicio libre de su profesión, como muchos de sus discípulos. "El doctor Carrillo —afirma su hermana en el escrito—, que durante diez años ha manejado bienes del Estado por valor de más de cinco mil millones de pesos, está en la pobreza, porque debe todo lo que aparentemente tiene. Es decir, no tiene nada".

El 28 de noviembre de 1956 sufre una hemorragia cerebrovascular, como consecuencia de su enfermedad. Su esposa consigue internarlo en el Hospital Aeronáutico de Belem, para un tratamiento intensivo. La situación del enfermo era desesperada. Susana, su mujer, pide auxilio a la familia en Buenos Aires, por medio de un radioaficionado. Por la misma vía, los neurólogos brasileños que atienden al doctor Carrillo hacen consultas con especialis-

Ramón Carrillo o la Salud Pública

Familiares y amigos de Carrillo lo despiden en la motonave "Evita", el 15 de octubre de 1954, al partir hacia los Estados Unidos. Ya no volvería a ver la patria.

←
El doctor Carrillo, sentado en la fuente del "Rockefeller Center", de Nueva York. El ex ministro pasó la primera etapa de su exilio en esa ciudad, donde se trató de su enfermedad, logrando sólo leves mejorías.



→
tas argentinas hasta dos veces por día.

Carrillo recibe los medicamentos de alto costo que necesita, que le son enviados desde Río de Janeiro por dos periodistas argentinos, Emilio Perina y César Barros Hurtado, por intermedio de la Fuerza Aérea Brasileña. Desde Caracas, donde vive exiliado, el ex presidente Perón ofrece trasladarlo al lugar más conveniente para su tratamiento. Pero ya es tarde: su estado físico no lo permite.

Por esos días el doctor Eliseo Paglioli, eminente neurocirujano brasileño, comunica telefóricamente que Carrillo ha sido designado profesor de la Universidad de Porto Alegre. También era tarde: Susana, la esposa, le responde informando sobre el estado de salud de su marido.

El doctor Santiago Carrillo, hermano del enfermo, viaja desde Río hasta Belem con pasajes sin cargo de la Fuerza Aérea Brasileña. El ex ministro había prestado importantes servicios profesionales en el Hospital Universitario Santa Casa de la Misericordia y en el Hospital Aeronáutico, ambos de Belem. Santiago llega junto al lecho

del enfermo y lo llama por su nombre con el acento de la lejana tierra santiagueña. Ramón, que no puede hablar, aprieta la mano fraternal. Tal vez lo ha reconocido.

20 de diciembre de 1956. Se produce el desenlace: Ramón Carrillo muere rodeado por su esposa, sus pequeños hijos y su hermano Santiago. Son las siete de la mañana. La patria está lejos.

La reivindicación

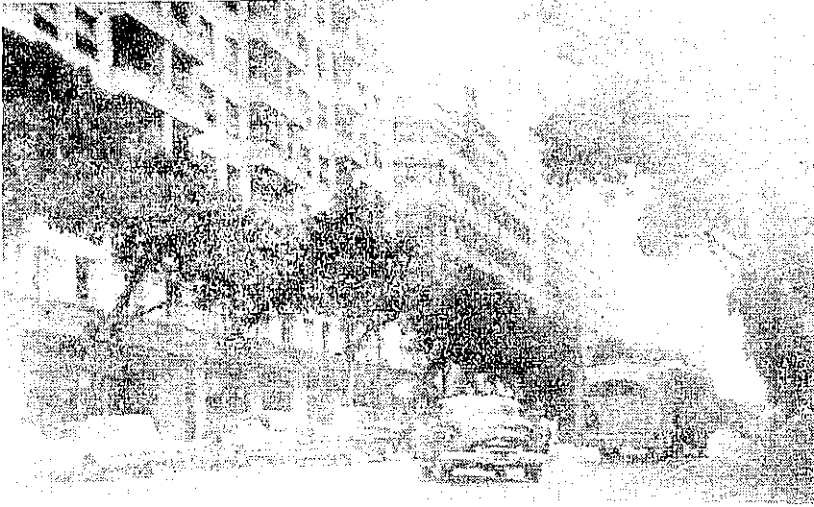
El encono de las pasiones políticas impidió, en aquel momento, la repatriación de los restos mortales del doctor Carrillo, que descansaron durante dieciséis años en el cementerio de Belem.

Las gestiones de su esposa, familiares, discípulos, amigos e instituciones científicas y gremiales, sólo tuvieron éxito en 1972, gracias a la perseverancia de la **Comisión de Homenaje** constituida para lograr ese objetivo, cuyos presidentes honorarios eran los doctores Raúl Matera y Carlos Argañaraz y cuyo presidente ejecutivo fue el doctor Humberto Carral Toloza.

Las gestiones de esta Comisión obtienen el primer reconocimiento oficial a los méritos del doctor Carrillo. El entonces gobernador de Santiago del Estero, doctor Carlos Alberto Jensen, dicta el decreto N° 269, del 6 de marzo de 1972, por el cual se impone el nombre del ex ministro al Hospital Policlínico Regional de la ciudad de Santiago del Estero. Un año antes, en junio de 1961, la memoria de Carrillo ya había recibido el homenaje público de sus compañeros: se había bautizado con su nombre la Escuela de Capacitación Sindical de los Empleados del Tabaco. Y poco después se hizo lo propio con el moderno Hospital de San Martín de los Andes, en la provincia de Neuquén.

A fines de 1972, un avión "Hércules T C 66" de la Fuerza

Ramón Carrillo o la Salud Pública



La carta a un amigo

El 6 de septiembre de 1956, cuando ya era consciente de que le quedaba poco tiempo de vida, cuando en su país era investigada su gestión pública, el doctor Ramón Carrillo envió a un entrañable amigo, el periodista Segundo Ponzio Godoy, una carta conmovedora. He aquí sus principales pasajes:

"Mi querido Ponzio: ... Yo no sé cuánto tiempo más voy a vivir, posiblemente poco, salvo un milagro. También puedo quedar inutilizado y sólo vivir algo más. Ahora estoy con todas mis facultades mentales claras y lúcidas y quiero nombrarte el albacea de mi buen nombre y honor. Quiero que no dudes de mi honradez, pues puedes poner las manos en el fuego por mí. He vivido galgüeando y si examinas mi declaración de bienes y mi presentación a la comisión, encontrarás la clave de muchas cosas. Vos mismo intuiste con certeza lo que pasaba en mí y me ofreciste unos pesos. Por pudor siempre oculté mis angustias económicas, pero nunca recurrí a ningún procedimiento ilícito, que estaban a mi alcance y no lo hice por congénita configuración moral y mental. Eran cosas que mi espíritu no podía superar.

"Ahora vivo en la mayor pobreza, mayor de la que nadie puede imaginar, y sobrevivo gracias a la caridad de un amigo. Por orgullo no puedo exhibir mi miseria a nadie, ni a mi familia, pero sí a un hermano como vos, que quizás —conociéndome— puedas comprenderme.

"No tengo la certeza de que algún día alcance a defenderme solo, pero en todo caso si yo desaparezo queda mi obra y queda la verdad sobre mi gigantesco esfuerzo donde dejé mi vida.

"Esta obra debe ser reconocida y yo no puedo pasar a la historia como malversador y ladrón de nafta. Mis ex colaboradores conocen la verdad y la severidad con que manejé las cosas dentro de un tremendo mundo de angustias e infamias. Ellos pueden ayudarte.

"Mi capacidad de trabajo está muy reducida; vivo como médico rural en una aldea. Ahora de nuevo me quedé sin puesto, pues la Compañía donde actuaba levantó el campamento. A mí, poco a poco, se me han cerrado las puertas y no pasa un día que no reciba un golpe. Poco a poco mi organismo ha comenzado a desintegrarse definitivamente. He aceptado todo con la resignación que me es característica. No tengo odios y he juzgado y tratado a los hombres siempre por su lado bueno, buscando el rincón que en cada uno de nosotros alberga el soplo divino...

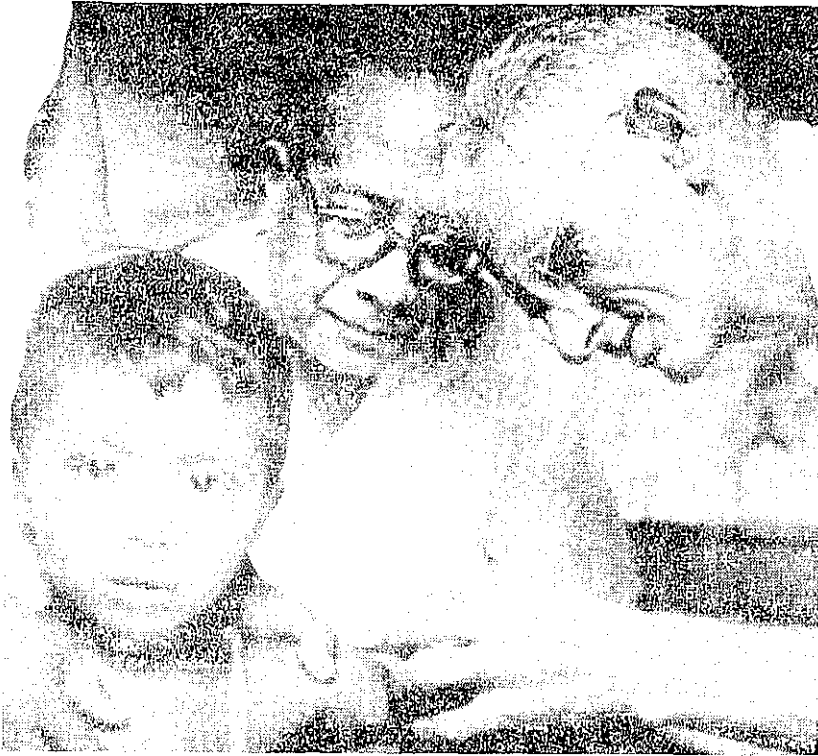
"El tiempo y sólo el implacable tiempo, dirá si tuve razón o no al escribirte esta carta, ya que en el horizonte de mis afectos no veo a nadie más capaz que vos de tomar esta tarea cuando llegue el momento, que llegará, cuando las pasiones encuentren su justo nivel..."

← Una calle de Belem en el norte de Brasil, donde Carrillo residió desde el 1° de noviembre de 1955 hasta el 20 de diciembre de 1956, día de su muerte.

El último tiempo de su vida estuvo signado por la tristeza y la amargura, por los acontecimientos que se vivían en su patria y por agravios injustos a su gestión pública.

→ El ex ministro colabora en la atención médica de un niño brasileño.

→ La flecha indica el nicho donde descansaron los restos de Ramón Carrillo en el cementerio de Belem do Pará. Permanecieron allí durante dieciséis años, hasta que, depuestos viejos enconos políticos, pudieron ser repatriados, en 1972.



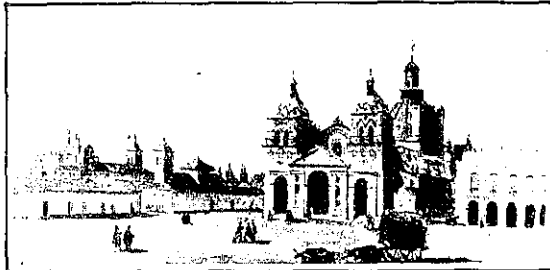
Aérea Argentina, aterriza en el Aeroparque de la Ciudad de Buenos Aires con los restos mortales del doctor Carrillo, que son provisionalmente trasladados al cementerio de Olivos. Finalmente el 20 de diciembre, después de dieciséis años, se cumple la última voluntad del ex ministro, que puede descansar bajo la tierra tibia de su Santiago del Estero. Su madre, doña María Salomé Gómez Carrillo está allí presente, con sus ochenta y ocho años a cuesta.

Los miembros de la Comisión de Homenaje han destacado expresamente la colaboración recibida del gobernador de Santiago del Estero, doctor Jensen, del ministro provincial Federico A. M. Lannes, del canciller doctor Luis María de Pablo Pardo, del Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea Argentina, brigadier Carlos Rey y del embajador argentino en Brasil, general Osiris Villegas. Todos ellos hicieron posible el acto de reparación y justicia.

El resto no fue difícil: también en diciembre de 1972, el rector de la Universidad de Buenos Aires, doctor Bernabé Quartino, entregó a la madre del doctor Carrillo el título póstumo de profesor titular de neurocirugía. En 1974 el decano normalizador de la Facultad de Ciencias Médicas porteña impuso el nombre de "Profesor Doctor Ramón Carrillo" al pabellón sede del Instituto de Neurocirugía y a la cátedra homónima.

En esa ocasión, el doctor Matera, pronunció palabras que pueden servir de preciso colofón a este trabajo: "La justicia llega, tarde o temprano. Ahora, la justicia ha llegado. Hoy su obra, fruto de su talento y de su ímpetu, es reconocida e imitada. Hoy aparece radiante, plena de luz, su inconfundible acción en favor de la Nación".

Era cierto. Hizo falta mucho tiempo, pero la justicia había llegado para Carrillo. ²⁵



Personajes, hechos, anécdotas, curiosidades de la Historia

EL DESVAN DE CLIO

por León Benarós



Florida en 1887
Los tranvías.
Los carruajes.
Tiendas y otros negocios.
Confiterías y rotiserías.

La calle Florida, la antigua "calle del Empedrado", ha sido siempre la elegante vitrina de la ciudad de Buenos Aires, disputado ahora ese crédito por otras vías de no menor distinción —y hoy tal vez mayor— como la avenida Santa Fe.

Florida ha tenido y tiene sus historiadores de la crónica menuda. Antecedentes sobre la calle se hallan en Buenos Aires desde setenta años atrás, de José Antonio Wilde; en las obras de Bilbao, Jaimes Répide, Cánepa; en la *Pequeña Historia de la calle Florida*, del recientemente desaparecido José Luis Lanuza, en las crónicas de Josué Quesada, entre otros, y, por fin, en la exhaustiva *Historia de la calle Florida*, de Ricardo M. Llanes, tres tomos abundantemente informados en los que se sigue, cuadra por cuadra, la historia física y espiritual de la calle famosa.

Objeto de las añoranzas de Enrique Loncán y del verso de Rubén Darío, Florida encontró también un cronista enamorado en un hombre que llegó al país en 1884 e hizo de nuestro

país su segunda patria: Rosendo Martínez. Don Rosendo era, hasta hace no muchos años, una simpática, distinguida y consular figura en las galerías Witcomb, en la calle Florida N° 760 —hoy en Esmeralda— que estuvo a su cargo. El antiguo estudio fotográfico —que conservaba originales de "poses" para el objetivo de Sarmiento, Roca, el general José María Paz y Vicente López y Planes, entre otros (todo lo cual fue adquirido por el Archivo Gráfico de la Nación)— se acreditó también como galería de arte, prestigiándose con numerosas exposiciones. Don Rosendo, con su perita blanca y sus cabellos níveos, era un testimonio vivo de la antigua Florida por la que paseaba brevemente, en las siestas, Bartolomé Mitre, luego de su almuerzo. Escribió y publicó un breve pero jugoso folleto, titulado *La calle Florida. 1887-1946. Aspecto General* (Buenos Aires, 1946). Entresacamos del mismo algunos de los párrafos más interesantes:

"En el año 1887 aún circulaba el tranvía Buenos Aires y Belgrano por esta calle, más o menos hasta el año 1888 ó 1889.

Como todos, era de tracción a sangre y se efectuaba el cambio de caballos una o dos veces en el trayecto. Un viaje a Belgrano o Flores equivalía a perder medio día.

El mayoral, un hombre más o menos viejo, muy a



menudo más negro que blanco, llevaba una corneta colgada que le servía para pedir paso al cruzar las esquinas y también para su deleite personal, tocando tangos o algo popular de la época, con lo cual unos más que otros alcanzaban prestigio y popularidad con la gente de servicio en el largo trayecto.

Los domingos, a la caída de la tarde, tomaba un aspecto de gran movimiento con el regreso de los paseos y de las carreras. Se corrían carreras en los Hipódromos Argentino y Belgrano. El Hipódromo Argentino es el mismo que existe. El de Belgrano desapareció hace muchos años. Estaba situado más o menos en los terrenos adyacentes al Tiro Federal y Stadium de River Plate.

En aquellos tiempos, en que aun no había autos, los turfmen aristocráticos concurrían a las carreras con la indumentaria inglesa: galeras, levitas, grandes anteojos de larga vista y con Mail Coach, tirados por soberbias yuntas de caballos que por poco que se supiese de raza caballaresca se notaba su jerarquía y su importancia. Eran guiados generalmente por sus propietarios, grandes señores de la época. Los Varela, los Anchorena, los Castex, etcétera: cito solamente tres muy conocidos, y no cito más para no caer en olvidos.

Algunos, con dos yuntas de caballos, que hasta pa-

ra trotar lo hacían con la coquetería y la distinción de todo lo que sobresale en la vida. Señores, señoras, caballos, lacayos: todo brillaba, todo tenía el sello característico de la distinción y la elegancia.

Los comercios de la calle Florida, en aquella época, correspondían, por tradición y por conveniencia, prendiendo la luz de sus escaparates los domingos y días festivos, contribuyendo así a dar brillo a esa especie de fiesta y mostrando a la vez sus mercaderías finas y de distinción que condecían con el público que formaba parte de aquellos desfiles que pasaron.

...Voy a empezar a narrar mis recuerdos de casas y cosas de la calle Florida desde Victoria a Plaza San Martín. Empiezo por la gran tienda "A la Ciudad de Londres", situada en Perú y Victoria. No sé bien si existía en el año 1887, creo que sí. Todos la han conocido y los que no la conocieron han sabido de su existencia por su importancia y su organización completamente parisiense. Era lujosa y popular al mismo tiempo. En la actualidad sólo se la puede comparar a Gath y Chaves en muchas cosas, no en todas, por razones de los tiempos.

Constituía una atracción el movimiento de esa casa, tanto por la gran cantidad de público como por la salida de las empleadas y

costureras, que eran muchas y lindas.

La tienda El Progreso acompañaba a A la Ciudad de Londres en importancia y era también un establecimiento de gran categoría, con dos renglones importantes. Casa para gente rica, pero entiendo que sus negocios no han andado bien, porque liquidó alrededor del año 1920. Estaba situada en la esquina opuesta a A la Ciudad de Londres, también en Perú y Victoria.

El Club del Progreso, aunque no tiene nada que ver con la calle Florida, lo tiene, sin embargo, por la proximidad en Victoria al lado de la tienda y por sus componentes. Concurrían diariamente señores de la categoría del doctor Carlos Pellegrini, doctor Manuel Quintana y doctor Roque Sáenz Peña, estancieros, parlamentarios, hombres del Foro, profesionales, universitarios que se reunían allí para hacer la tertulia característica de los clubes de categoría.

Más adelante, entre Rivadavia y Bartolomé Mitre (Piedad, en aquel tiempo) recuerdo la casa de Ruiz y Roca, vieja peluquería conocidísima. Zuberbühler, casa mayorista que debió salir cuando se abrió la Avenida de Mayo. Camisería de Fco. Goy, donde se hacían el ajuar todos los que no tenían medios de hacerlos en Londres o en París. La Librería Espiasse, casi obligada en aquellos tiem-

pos para los lectores y estudiantes. Enfrente, la relojería y joyería Bartigues; el Bazar Paris, que luego se mudó a la avenida de Mayo. Volviendo a la vereda de los números pares, existió la joyería de don Manuel Escasany, y también la de don Ramón, en la misma cuadra, que luego se unieron para ocupar la esquina donde están actualmente. En la esquina, la cigarrería La Sin Bombo, de don Juan Canter. Hombre adinerado y culto, reunía allí un núcleo de amigos literatos y artistas —en su mayoría— que hacían muy agradable la tertulia. Don Juan Canter ha sido un destacado coleccionista de obras de arte, escuela española, en su mayoría.

La Confitería del Aguila al lado del Teatro Nacional, donde después estuvo el Bar Boston merece un comentario especial por su importancia y el papel que desempeñaba como casa típica de confitería y bar de aquellos tiempos y de la calle Florida. El Aguila y la del Gas eran las dos confiterías de la gente acomodada y de buen gusto. Fue el punto de cita de la gente copetinera y de los que gustaban de sus exquisitas masas, fiambres, bombones. Todos los días a la hora del vermouth, tanto de 11 a 1 como de 6 a 8 horas, era muy concurrida.

La del Gas siempre continúa (1946) en la misma casa, con su especialidad, que son los jamones de



El desván de Clio

York, insuperables, y su gran selección en pastelería fina y de calidad.

...Entre Cangallo y Sarmiento recuerdo la Casa Burgos (en la esquina de Cangallo y Florida, actualmente el Banco Popular Argentino). La Casa Burgos fue, entiendo, la antecesora de Gath y Chaves; la llamo antecesora porque en esa casa se formaron el señor Gath y el señor Chaves, que después se establecieron en la calle Bartolomé Mitre (Piedad) entre Florida y San Martín, para ir luego corriéndose hasta Florida, siguiendo ensanchándose por Florida hasta formar el gran establecimiento en esa esquina de Bartolomé Mitre y Florida que dejaron al adquirir las dos esquinas de Cangallo y Florida...

En la otra esquina estaba la conocida casa de artículos para hombre de Mascart y Bonturi; era la esquina de números pares enfrente a la de Burgos... propiedad de don José de Carabassa, que vendió a Gath y Chaves para edificar la gran casa actual...

Antes de llegar a Sarmiento, siempre por los números pares, existió un negocio importante de bazar y en seguida la Rotisería Sportman, que luego se mudó a un local más grande cerca de Rivadavia, y en la esquina, la Rotisería Charpentier, gran restaurant, caro, pero muy bien servido, algo al estilo del Café de París, situado en

la calle de Cangallo entre Reconquista y San Martín, dirigidos por Mr. Charpentier el primero y por Mme. Sempé el segundo. En los altos de Charpentier había comedores, locales destinados a cenar más o menos al aire libre en verano, provistos de tabiques hechos con rejillas muy animados durante la cena y después de la salida de los teatros, concurridos por gente joven, alegre y bulliciosa.

En la misma cuadra, en los números impares, ha conocido un famoso conventillo muy grande y muy vivido. Su posición centralísima hacía que no hubiese si no por alguna rara excepción, alguna pieza desocupada. Tenía una entrada ancha, luego un gran patio, como todos los conventillos de la época. Piezas seguidas, cada una con una cocina de madera, formada generalmente por un cajón, seguía hasta San Martín. Al entrar había dos escaleras, una a la derecha, otra a la izquierda, para subir a un solo piso en el que se repetían otras tantas piezas y otros tantos cajones —cocinas— como abajo.

No sé por qué razones esta población, en pleno centro y en el corazón de la calle Florida desapareció antes del año 1900. Aquiló todo ese enorme local la casa Bullrich. Allí quedó esa importante casa hasta que se edificó el Cine Florida...".

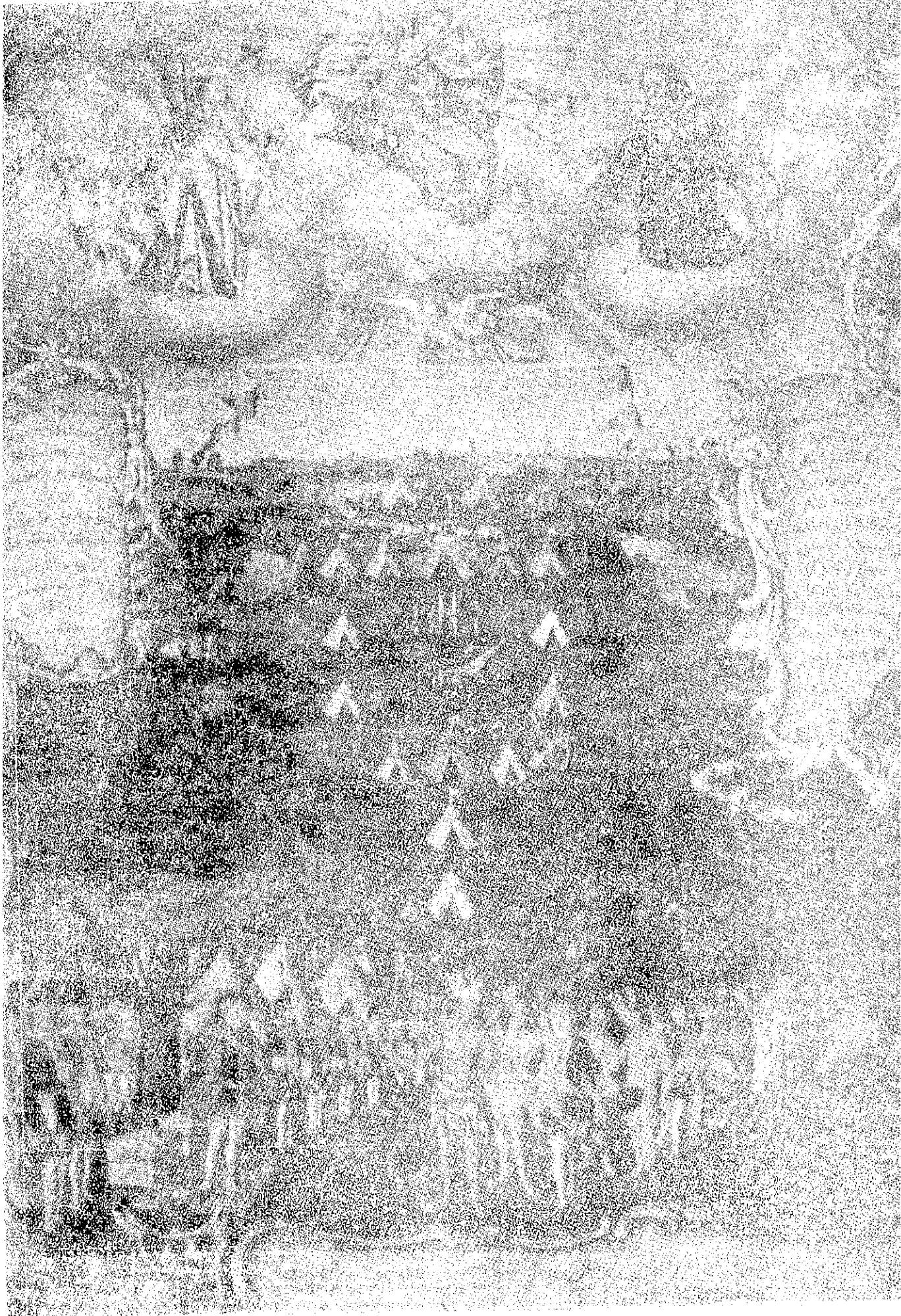
Los temas
que el país
debate.

Todo es Historia los publica
mensualmente.
Libros de tesis, polémicos, actuales.

7. EL SOCIALISMO (I)



ALFONSO LE PALANCA
Historia y presente



LA PAZ DE LACANGAYE

por Marcos A. Altamirano

Promediaba el Siglo XVIII cuando llegaba a Buenos Aires, capital entonces de la Gobernación del Río de la Plata, Don Jerónimo Matorras, hijo de Don Andrés Matorras y Doña Ana de Sires. Procedía de Laredo, en la Provincia española de Santander, donde había nacido en 1720. Venía a establecerse como comerciante, trayendo consigo el respaldo de la fortuna paterna y un valioso cargamento de "géneros de Castilla."

Su casamiento en 1753 con la hija de un acudalado vecino porteño, Doña Manuela de Larrazábal, y sus éxitos en el terreno comercial, le granjearon no escaso prestigio entre los miembros de la burguesía mercantil que ya entonces constituía la clase

dirigente en Buenos Aires.

Jerónimo Matorras era primo hermano de Doña Gregoria Matorras, quien andando el tiempo sería madre del general José de San Martín. Además fue quien la tomó bajo su protección y la trajo al Río de la Plata en su segundo viaje de 1768, cuando Doña Gregoria quedó huérfana y sola en España.

Convertido en uno de los principales comerciantes de Buenos Aires, no tardó en acceder a los más altos cargos del Cabildo porteño; así lo vemos en 1758 figurar como Regidor y poco después como Alférez Real, cargo que adquirió en pública subasta como era de práctica en aquellos tiempos. Cuando le tocó empuñar la vara de Alcalde de Segundo

Voto y entender en las causas civiles y criminales, los hizo "con benignidad y prudencia, procurando con sumo agrado la composición de las partes interesadas" según consta en su Relación de Méritos y Servicios. Además ejerció la Defensoría de Pobres y Menores y costó de su peculio numerosas obras de bien público, corriendo también con los gastos de los actos solemnes y de las ceremonias religiosas, práctica frecuente entre los personajes destacados de la administración española. (1)

Cuando España entró en guerra con Portugal e Inglaterra, Matorras contribuyó a la defensa de la Gobernación del Río de la Plata poniendo su quinta a disposición de las tropas reales acantonadas en Buenos

Aires y proveyéndolas de mantenimientos.

A estos rasgos de su personalidad unió un carácter emprendedor y no exento de ambición más una clara visión de los problemas que aquejaban a los dominios españoles en esta parte del continente. Habían transcurrido unos quince años de residencia en Buenos Aires cuando tuvo la idea de llevar a cabo una gran empresa acorde con su carácter y de paso ascender a uno de los más altos cargos del régimen colonial. Puso sus miras en el Gran Chaco Gualamba, territorio situado en el centro mismo de los dominios españoles, cuyos habitantes aborígenes se resistían fieramente a ser sometidos.

1) Relación de Méritos y Servicios de D. Jerónimo Matorras. En: Pedro De Angelis, Colección de Obras Documentales, T. VIII-A, págs. 255-56.

Las paces del gobernador Matorras con el cacique Paykín, cuadro pintado por Tomás Cabrera en 1775. Muestra el momento culminante de la Expedición.

La paz de Lacangayé

Debió estar informado de los reveses que el gobernador del Tucumán, Juan Manuel Campero, sufrió por aquellos años al intentar abrir un camino que comunicase a su provincia con el litoral a través del Chaco. En ese entonces germinó en su mente la idea de crear una gran provincia en el Chaco cuyo gobierno ejercería, establecer una relación pacífica con los indios y abrir una definitiva comunicación entre las ciudades del Tucumán con Corrientes y Asunción. Pudo influir en estos proyectos su educación jesuítica y la ferviente admiración que sentía por la Orden y su obra pacífica entre los aborígenes.

En la Corte de Carlos III

Entusiasmado con estos planes, se dirigió Matorras en 1765 a España a fin de gestionar ante el Rey Carlos III el cargo de Gobernador y Capitán General de la Provincia del Tucumán. Valido de sus antecedentes y de sus vinculaciones con un ministro de la Corte, logró ser designado para dicho cargo por Real Cédula del 7 de septiembre de 1767. El monarca le extendió el nombramiento a condición de entregar 12.000 pesos en efectivo a las arcas reales más una fianza por 50.000 y "... tomar a su cargo la importante reducción y



Soldados criollos del siglo XVIII. Uno de los graves problemas que debió afrontar la Expedición fue la desertión y los intentos de amotinamiento de una parte de la tropa.

población de los dilatados y fertilísimos países del Gran Chaco Gualamba, confinantes con la Gobernación del Tucumán, y ... establecer a sus expensas, con todo lo necesario, una nueva población destinada a la conversión de los indios bárbaros que habitan aquellos parajes..."².

La designación de Matorras y las condiciones impuestas por la Corona evidencian la importancia asignada a la pronta solución del problema del Chaco por el Gabinete de Carlos III. El Estado español no podía a esa altura de los tiempos, seguir

del territorio de muy difícil y costosa solución. Era urgente, pues, llegar a un entendimiento con las tribus chaquenses y convertirlas de enemigas en aliadas, posibilitando de paso el comercio interregional sin el oneroso rodeo por la ruta de Santa Fe y Córdoba.

Esos objetivos se encuadraban perfectamente en los proyectos de Matorras de pacificar el Chaco y erigir una Gobernación bajo su mando. Satisfecho, regresó a Buenos Aires en 1768 cargado de armamentos, equipos, planos de las iglesias a fundar, estatuas e imágenes sagradas, etcétera, entre ellas una imagen de la Divina Pastora para ser colocada en el primer templo a erigirse en el Chaco y con cuyo nombre pensaba bautizar a la nueva provincia³.

Superando obstáculos

Sin embargo, no todo serían flores en el camino del futuro pacificador del Chaco. El gobernador de Buenos Aires Francisco de Paula Bucarelli, recibió con manifiesto desagrado la noticia de la designación de Matorras para la Gobernación del Tucumán y se propuso interponer todos los obstáculos posibles a su llegada al cargo. Bucarelli había sido entusiasta sostenedor del anterior gobernador del Tucumán, Fernández Cam-

pero, caído en desgracia ante la Corte y destituido. Además, un año antes de la vuelta de Matorras, el gobernador rioplatense había tenido a su cargo el cumplimiento de la orden real de expulsión de los jesuitas y conocía perfectamente la afición que su nuevo colega sentía hacia los expulsos. También estaban de por medio los bienes dejados por la Orden, cuya administración originaría situaciones escandalosas en el seno de la burocracia colonial española.

Sin muchos preámbulos Bucarelli libró un oficio al Ministerio señalando el desagrado con que —según él— habían recibido estas provincias la designación de Matorras, a quien calificó de "hombre de bajos principios". Como esto no fue suficiente, a su arribo a Buenos Aires le exigió el pago de los caudales y fianzas previstas en la Real Cédula que lo nombró gobernador. Sin amilanarse, Matorras se dirigió prestamente al territorio de su gobernación y se hizo reconocer por el Cabildo de Córdoba el 13 de septiembre de 1769. Las otras ciudades de la provincia hicieron lo propio.

El pleito entablado por Bucarelli ante la Audiencia de Charcas no prosperó por tener allí el nuevo gobernador un fuerte partido a su favor. Las activas gestiones de aquel contra su colega, sólo sirvieron pa-

ra exaltar el ánimo de la gente, formándose dos bandos: los "camperistas" y los "matorristas", origen de conflictos y pleitos sin cuento en toda la gobernación.

Las peripecias de Matorras no terminaron allí. En 1771 debió comparecer por orden del Rey Carlos III ante el virrey Amat del Perú, a fin de responder a los cargos que desde Buenos Aires se le hacían. No obstante estos contratiempos, los primeros años de su gestión los aprovechó para inspeccionar la región fronteriza con el Chaco y constatar el estado en que se encontraban las reducciones fundadas por los jesuitas. En su presentación ante el virrey Amat tuvo oportunidad de referirse a este y otros asuntos que afligían a su Gobernación, especialmente a la pacificación del Gran Chaco. Debió ser muy convincente pues resultó absuelto de culpa y cargo por la justicia virreinal y regresó triunfante a hacerse cargo de su gobernación en septiembre de 1772⁴.

El estado de las zonas fronterizas

Quando Matorras se hizo cargo de su gobernación, el Gran

(2) Cit. por Pedro A. Cassani. Jerónimo Matorras. Conquistador y pacificador del Gran Chaco, pág. 3.

(3) Pedro De Angelis. Ob. cit., pág. 250. Dicha imagen se encuentra actualmente en la Catedral de Buenos Aires.

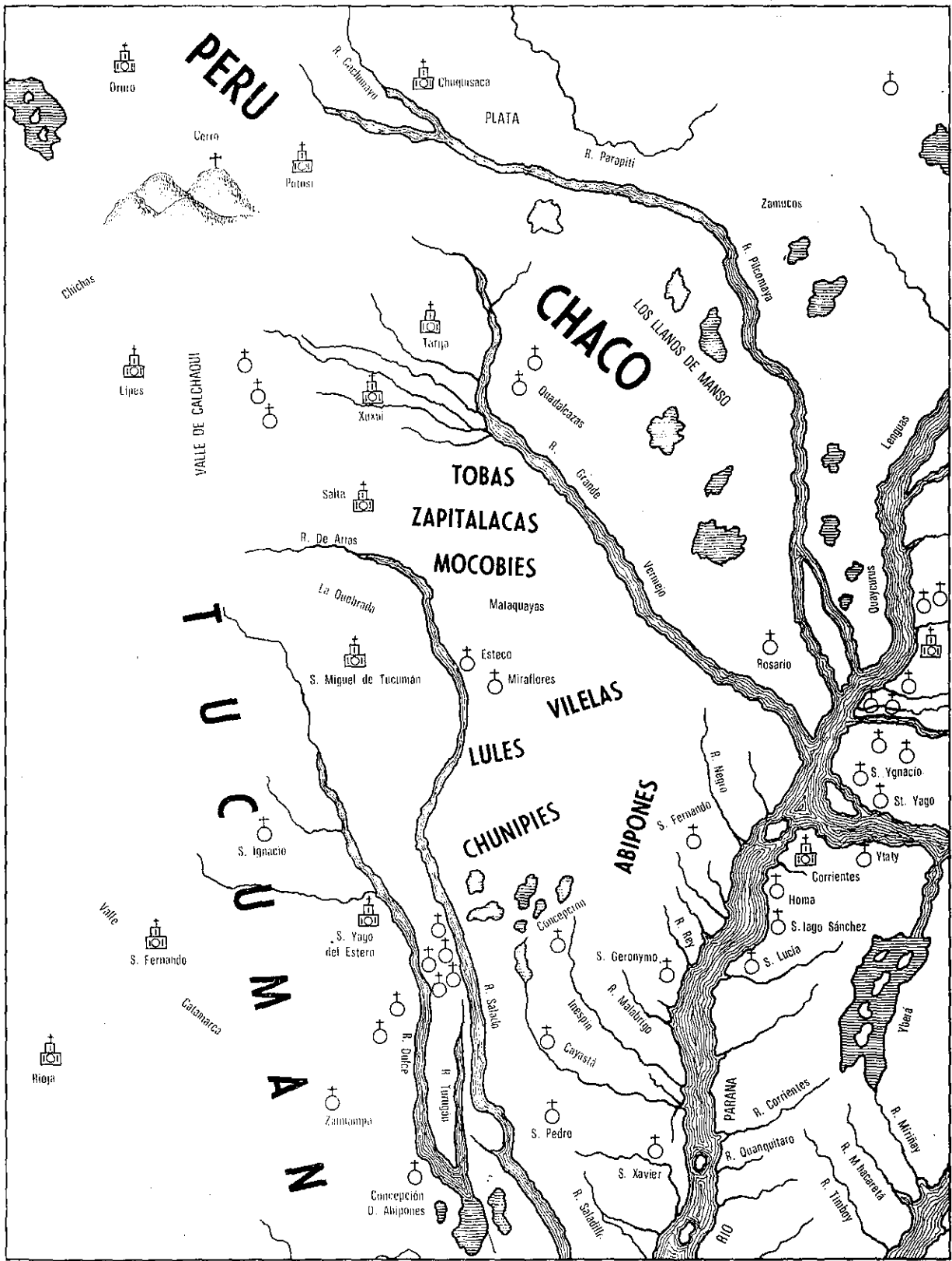
(4) Pedro A. Cassani. Ob. cit., pág. 6.



San Francisco Solano, misionero del Tucumán. Su estola fue llevada por Matorras al interior del Chaco y adorada por tobas y mocovíes.



Don Jerónimo Matorras. Sus inclinaciones pro-jesuiticas le trajeron la enemistad del gobernador de Buenos Aires Bucarelli, quien presentó graves cargos en su contra.



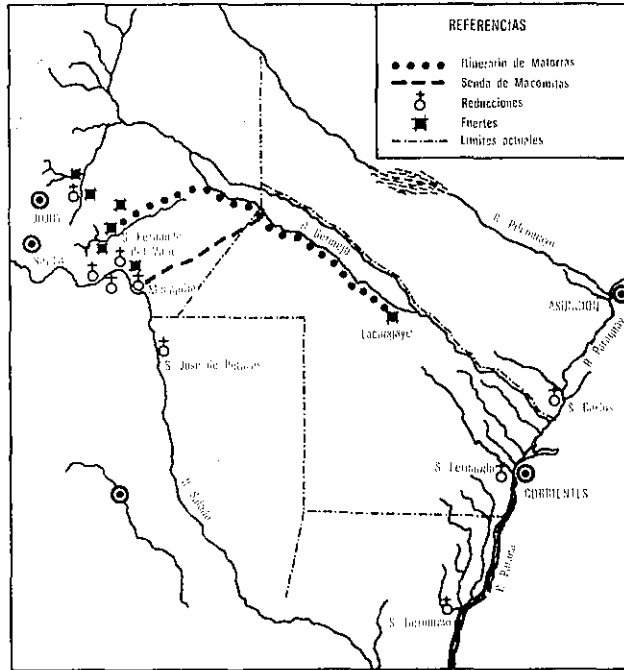
El Chaco a partir de un mapa del siglo XVIII. Integrantes de la gran familia étnica Guaycurú, los tobas, mocovíes y abipones constituían las tribus más aguerridas del Chaco.

La paz de Lacangayé

Chaco Gualamba constituía un reducto aborígen. En la región oriental, es decir cerca de las márgenes de los ríos Paraná y Paraguay, se habían establecido algunas reducciones jesuíticas como las de San Javier y San Pedro de Ispín de indios moco-vies, y las de San Gerónimo, San Fernando y Rosario del Timbó de indios abipones, que habían permitido mantener en relativa paz a las tribus próximas a Santa Fe, Corrientes y Asunción.

En la región occidental, colindante con el Tucumán y siguiendo la línea del río Salado, se habían establecido también reducciones y una cadena de fuertes que guarnecían a las ciudades españolas de los frecuentes ataques indígenas. Estas reducciones eran las de San José de Petacas y Nuestra Señora del Pilar de indios vilelas; las de San Esteban de Miraflores y San Juan de Balbuena de indios lules; las de Ortega y Macapillo de vilelas en la jurisdicción de la ciudad de Salta y la de San Ignacio de Ledesma, próxima a Jujuy, habitada por indios tobas y mataguayos. La expulsión de los jesuitas en 1767 determinó su decadencia y por consiguiente una mayor inseguridad para las poblaciones españolas al recrudecer los ataques indígenas.

Por otra parte el gobernador Joaquín de Espinosa y Dávalos en 1759 y su su-



Itinerario de la Expedición al interior del Gran Chaco.
Con gran despliegue de fuerzas pero sin disparar un solo tiro, Matorras logró internarse hasta el centro de los dominios indígenas.

cesor, don Juan Manuel Fernández Campero en 1764, organizaron sendas "entradas" al interior del Chaco para lograr el sometimiento y castigo de los indios no reducidos. Dichas expediciones no tuvieron éxito en virtud de que los aborígenes, más conocedores del terreno, con mayor movilidad y más resistencia a las fatigas o privaciones, se ocultaban rápidamente

al paso de las tropas o se confederaban para presentar batalla cuando la ocasión y el lugar se presentaban propicios. Tal lo ocurrido a la expedición del maestro de campo Arrascaeta enviada por el gobernador Campero. Fue sitiada en el paraje "Lacangayé"⁵ por ocho tribus coaligadas y estuvo a punto de ser aniquilada, de no mediar la intervención del cacique Co-

lompotop, aliado de los españoles, quien obtuvo de los jefes indios el perdón para las fuerzas del Rey.

La Corona había considerado muy seriamente la necesidad de ocupar el Gran Chaco y obligar a sus indómitos moradores a "...rendirse y abrazar el medio de vivir en poblado, y sujetos a las leyes de la subordinación, sociedad política y regularidad racional...". Por Real Orden de 1759 el Rey insistía ante los gobernadores de Buenos Aires y el Tucumán para que continuasen con las expediciones punitivas al interior del Chaco hasta el total sometimiento de las tribus rebeldes⁶. Se creía erróneamente en la Corona que el problema del Chaco exigía una solución puramente militar, echando en saco roto la experiencia acumulada por los jesuitas en su trato con los aborígenes chaqueños y sin tener en cuenta los fracasos de aquella política en esta región.

El Rey Carlos III, en vista de las alarmantes noticias que recibía de continuo sobre el deterioro de la situación fronteriza, requirió en 1769 del gobernador Matorras un

(5) Es deformación de la voz indígena: "Canaganayé" o "laguna-traga-gente". En este punto —según una tradición aborígen— se sintió un fuerte terremoto que sumergió una gran población de indios, abriéndose la tierra y formándose una laguna o bajío anegable. Hay otras leyendas sobre el lugar.
 (6) Carlos López Placentini. Historia de la Provincia del Chaco. T. I. pág. 227.

La paz de Lacangayé

informe pormenorizado del estado de las reducciones próximas al Chaco. El alto funcionario, asistido por el canónigo Santillana, realizó una extensa gira entre los años 1771 y 1773. A su término elevó un informe al Rey sobre lo observado y le solicitó autorización para poner en práctica su proyecto de expedicionar al Chaco, pactar con los jefes indios y fundar reducciones en el interior de la región. El gobernador pudo constatar el estado general de abandono en que se encontraban las reducciones y lo que era más grave, serias irregularidades en la administración de los bienes dejados por los jesuitas. El ganado propiedad de las reducciones—que calculaba en unas 15 mil cabezas— se había dispersado totalmente y los aborígenes, faltos de dirección y asistencia, habían regresado en su mayor parte hacia el interior del Chaco⁷.

En las cinco reducciones de Miraflores, Ortega, Balbuena, Macapillo y Petacas empadronó a 1.555 individuos. Esta era toda la población que quedaba en la frontera sujeta a reducciones. Matorras propuso la fundación de cuatro reducciones más, una de las cuales, la de Santa Rosa de Lima, logró fundar con indios vilelas en noviembre de 1773, poco antes de emprender su expedición al interior del Chaco.



Paykín, caudillo de 7.000 indios tobas y mocovíes.

Las autoridades españolas lo reconocieron como "primer caporal del Chaco".

Caudillos indígenas frente a la Conquista

El mencionado informe de Matorras y su proyecto reduccional, constituyen el antecedente más inmediato de la gran expedición de 1774 y de los tratados de paz celebrados con los indígenas. Dicho proyecto introducía una variante fundamental al criterio con que se venía encarando la penetración hispánica en el Chaco. Las expediciones de castigo que periódicamente se internaban en la región sólo alejaban temporarily el

azote de los malones y por añadidura, exacerbaban en los indígenas el deseo de venganza ante la muerte, el cautiverio o los malos tratos de que eran objetos sus hermanos de raza. Además por aquellos tiempos se había abandonado el impulso misional y la evangelización dejó de ser uno de los objetivos de la política respecto al indio. Ya no estaban los jesuitas para impedir u obstaculizar la captura de indios que se practicaba al amparo de las expediciones de castigo, con el fin de

llevarlos a servir en las haciendas u obrajes de los españoles.

Por otra parte, las tribus no reducidas no sólo habían perfeccionado sus hábitos guerreros con la adopción del caballo desde el siglo XVII sino que habían avanzado en su organización bélica. Los españoles no tenían ante sí a tribus dispersas o amedrentadas, sino a verdaderas confederaciones tribales con un poder ofensivo desconocido en los siglos anteriores. También había hecho su aparición el caudillismo indígena, anticipándose en muchos años al caudillismo criollo que surgió en las primeras décadas del siglo XIX. Los "caciques generales" de los que eran exponentes Paykín de los mocovíes e Ichoalay de los abipones—como ya veremos—, aglutinaban en torno a su jefatura no sólo a los hombres de su propia tribu sino a numerosas parcialidades cuyos caciques y caciquillos le rendían acatamiento. Como los caudillos federales—valga la comparación—, estos verdaderos caudillos indígenas exigían a propios y extraños el reconocimiento de su señorío sobre su territorio y sobre su pueblo. Paralelamente asimilaban ciertos rudimentos de las leyes y normas europeas sobre la guerra y sabían defender sus intere-

(7) José Alumni. El Chaco, figuras y hechos de su pasado, pág. 54.

ses y derechos en los parlamentos y tratados.

La diplomacia antes que la espada

Frente a la situación antes descrita, Matorras decidió llevar las tropas del Rey al interior del Chaco, pero no para desgastarlas en una lucha cruenta e inútil sino para respaldar la concertación de tratados con las principales naciones indígenas e invitarlas a abrazar la religión cristiana y a reconocer al Rey de España como a su soberano.

Numerosos conflictos internos de su gobernación obligaron a Matorras a postergar por varios años la entrada al Chaco Guayambá. Recién en 1774 comenzaron los preparativos para la empresa, cuya concreción anhelaba el gobernador por ser el principal motivo de su ascensión a tan alto cargo. Además, existía el compromiso expreso ante la Corona y un incumplimiento de las Reales Cédulas hubiera sido un argumento valedero en su contra, que no dejarían de esgrimir sus enemigos de Buenos Aires y los de su propia provincia.

El gobernador estaba al tanto del estado de guerra existente entre la alianza tobamocoví, cuyo territorio se extendía desde la margen sur del Bermejo medio hasta el norte de Santa Fe, con los abipones yaucanigás⁸ que habitaban las cercanías del

Río Paraná y que tenían su centro de operaciones en el sitio de la ex Reducción de San Fernando, (actual asiento de la ciudad de Resistencia). Esta antigua rivalidad, cuyo principal motivo era la posesión de los caballos cimarrones del Chaco, debía facilitar sus proyectos de pacificar el Chaco y ampliar el dominio territorial de su gobernación hacia el este, pactando en primer término con una de las facciones a cambio de una mediación que pusiese fin al conflicto. Esto le permitiría a su vez cumplir el antiguo anhelo del Tucumán de abrir una comunicación y ruta comercial segura hacia los puertos del litoral, al tiempo que le cabría el mérito de incorporar efectivamente el territorio a las posesiones de su Rey.

Por su parte las parcialidades guaycurúes (tobas, mocovíes, abipones) se mostraban irreductibles a un entendimiento que les permitiese volver sus fuerzas contra el español. Podían más sus rivalidades ancestrales y su apego al mejor elemento de predominio y expansión a que podían aspirar: el caballo.

Se prepara la expedición

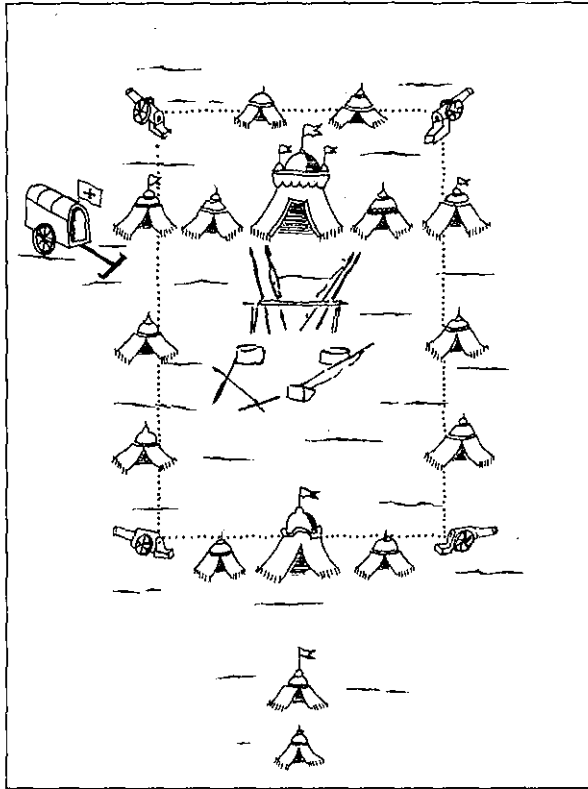
Iniciados los preparativos, uno de los

(8) Según Martín Dobrizhoffer, los abipones se dividían en tres grupos de distinto hábitat: Los "Yucanigás", los "Rikahés" y los "Nalkagetergehé".



Mapa del Gran Chaco confeccionado por la Expedición Matorras de 1774. El Gobernador no logró concretar su objetivo de abrir un camino entre Salta y Corrientes a través del Chaco.

Guerreros abipones. Su mortal rivalidad con los tobas y mocovíes que acudillaba Paykín favoreció los planes del gobernador Matorras.



El campamento de Matorras en el Gran Chaco, según un plano de la época. La expedición empleó 42 días en llegar al centro del Chaco y fue una de las mejores equipadas que realizaron esta travesía en el siglo XVIII.

más graves inconvenientes que se debió afrontar fue el relacionado con la tropa. 130 milicianos del Tercio de Tucumán desertaron con armas y bagajes tres días antes de la partida, reduciéndose a 378 hombres el total de sus fuerzas. Es que las milicias —en su mayoría integradas por simples vecinos con escaso adiestramiento militar— temían penetrar en el Chaco por lo agreste del terreno y la belicosidad de sus moradores. Otros inconvenientes del mismo origen se presentarían en el transcurso de la expedición y comprometerían el total éxito de la campaña.

Los abundantes pertrechos de guerra fueron cargados en 600 mulas que se sumaban a las tres que cada uno de los hombres llevaba consigo. Además se aprestaron 800 caballos y 1.200 reses, las que junto con los víveres debían abastecer al contingente por el término de cuatro meses.

Integraban la expedición, además del gobernador Matorras, su maestre de campo Francisco Gavino Arias; el teniente general don Pedro Antonio Aráoz, regidor de la ciudad de Tucumán; don Simón Chávez Domínguez, alférez real de Tucumán; don Blas Joaquín Brizuela, procurador general de Córdoba; otros altos oficiales, un médico, etcétera.

Para el servicio espiritual a la tropa y para la labor misionarial entre los aborígenes, iban el canónigo de Córdoba doctor Lorenzo Suárez de Santillana, el presbítero don Domingo Argañaraz y el padre procurador fray Antonio Lapa, cuya experiencia y celo apostólico eran bien conocidos en la provincia del Tucumán.

El cacique de la Reducción de Macapillo, Colompotop, a la cabeza de un cuerpo indígena auxiliar, prestó inestimables servicios como guía y como intermediario para favorecer la comunicación y el entendimiento de los jefes indios con el gobernador.

Concentrados todos los efectivos en el fuerte de San Fernando del Río del Valle, reunióse una Junta de Guerra a la que asistió el gobernador, el canónigo Santillana y los oficiales de la Plana Mayor. Una vez que se hubo pasado revista a los armamentos, bastimentos y efectivos, se fijó el día 8 de junio como fecha de la partida.

Hacia el interior del Gran Chaco Gualamba

El día fijado a las tres de la tarde, después de oficiada una misa en la capilla de Nuestra Señora del Rosario, partió la expedición del Fuerte del Río del Valle rumbo al interior del Chaco Gualamba. Presidía la marcha el estandarte con las armas de Castilla y la esto-

La paz de Lacangayé

la de San Francisco Solano, cuya acción apostólica en estos parajes había originado entre los habitantes del Tucumán una extendida veneración a su memoria. Estos símbolos constituían una clara expresión de los fines político-religiosos de la empresa, en los cuales quería apoyarse Matorras a fin de alejar toda sospecha de enriquecimiento personal y aprovechamiento discrecional de la mano de obra indígena.

La marcha de la expedición por la boscosa región chaqueña no se efectuó sino a costa de grandes penurias y vicisitudes que pusieron a prueba el carácter y la resistencia de sus componentes. Doce días demoró la columna para llegar al Río Bermejo, primera etapa de la travesía. Debieron vadear bañados, ríos y pantanos, conduciendo penosamente a los caballos, reses y carretones.

El día 31 de junio debió afrontar el gobernador el primer motín, cuando cien milicianos encargados de conducir la caballada y las reses se sublevaron y amenazaron con regresar, dejando al resto de la expedición sin esos valiosos elementos. Obró Matorras con energía y logró salvar este primer obstáculo que puso en serio riesgo la continuación de la empresa.

La fuerza expedicionaria prosiguió su



El Rey Carlos III. Elogió las empresa de Matorras y dispuso el cumplimiento del Tratado con los caciques del Chaco.

marcha tomando contacto con diversas parcialidades indígenas que vivían próximas al Bermejo, como los mataguayos, malbaláes y chunupíes. Con todos se condujo Matorras con prudencia, obsequiándoles con diversos efectos y prometiéndoles la fundación de reducciones y el envío de curas doctri-neros.

El día 4 de julio alcanzaron el lugar denominado "Encrucijada de Macomitas" por ser el punto por don-

de pasaba la senda de ese nombre, antiguo camino indígena que desde el Río Salado comunicaba la región de Santiago del Estero con las márgenes del Río Bermejo, atravesando una parte de la región chaqueña.

Dos días después el gobernador tuvo noticias que una parte de la tropa se había conjurado para no continuar la marcha y volver por la Senda de Macomitas al punto de partida. Con gran resolución, Ma-

torras reunió a todos los efectivos y amonestó a los complotados por su inobediencia en estos términos: "Que se devolviesen todos aquellos que no quisiesen seguirlo con buena voluntad, porque solo y confiado en el Todopoderoso, pensaba continuar con honor su expedición, quedándose en aquellos montes su gobernador, a quien no faltarian gente de más hombría que viniese a socorrerlo". La expedición continuó reducida a 200 hombres pues los 150 conjurados, el canónigo Santillana y algunos oficiales debieron permanecer en el paraje denominado "Tren de Espinosa", al que Matorras rebautizó con el nombre de "Campamento de los cobardes".

Pronto se tuvieron noticias del cacique Paykín y de Lachirikín de la belicosa nación mocoví. El inmenso prestigio de estos jefes en todo el Chaco los hacía indispensables para lograr los acuerdos necesarios a la tan anhelada pacificación del territorio.

En "Lacangayé"

El día 16 de julio tuvo lugar el encuentro de Matorras con el cacique Lachirikín, quien conocedor de las intenciones pacíficas de los españoles, accedía a concertar las paces con las armas del Rey y a

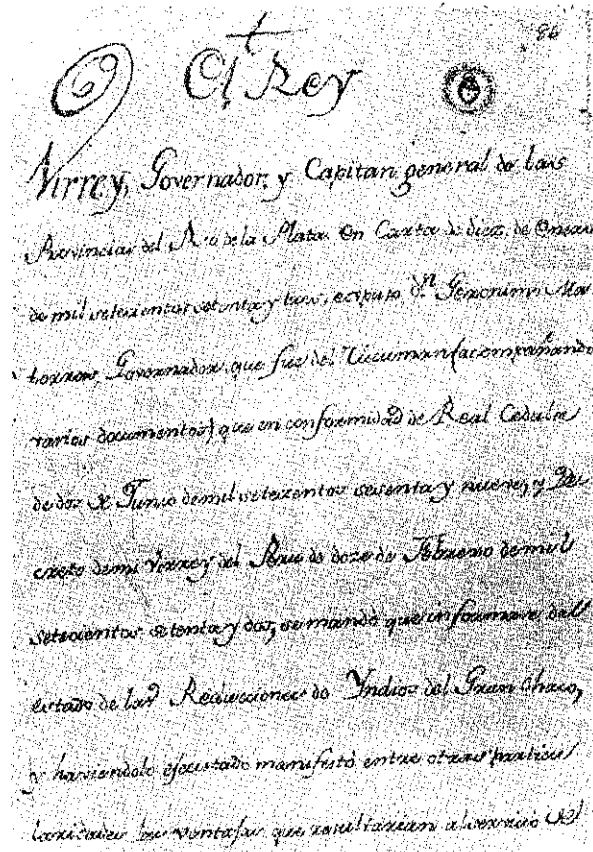
(9) Diario de Matorras. En Pedro de Angelis, Ob. cit., pág. 270/71.

La paz de Lacangayé

nador se comprometió a conseguir de éste las paces mediante gestiones a realizar ante el gobernador de Buenos Aires y los Cabildos de Santa Fe y Corrientes.

A cambio de estas ventajas, los caciques se convertían en vasallos del Rey de España, prometían observar sus leyes y obedecer la autoridad de los gobernadores de Buenos Aires, Paraguay y Tucumán. Se comprometían además a no hacer la guerra a los españoles por los agravios recibidos, sino que debían formular sus reclamos por medio de los protectores designados al efecto, a fin de que se hiciera justicia.

Firmado el tratado como queda dicho, la mayoría de los componentes de la expedición consideraron logrado su objeto, no así el gobernador y su Maestre de Campo Don Francisco Gabino Arias, quienes deseaban continuar hasta Corrientes acompañando a Paykín a fin de efectuar la apertura del proyectado camino hacia el Paraná y cumplir la parte del tratado referente a las paces con Ychoalay. De haberse seguido este criterio la historia del Chaco hubiera seguido quizás un curso diferente; pero una Junta de Guerra celebrada el día 30 recomendó el regreso argumentando la inconveniencia de pasar adelante en compañía



Real Cédula de Carlos III de 1777 en la que menciona a la expedición de Matorras y dispone la fundación de reducciones en el Chaco.

de Paykín y los otros caciques, pues en este caso un enfrentamiento con los abipones hubiera sido inevitable y no se lograría la pacificación buscada.

La muerte de Matorras y Paykín

A fin de librar de su compromiso al Go-

bernador, la Junta de Guerra manifestó que con lo hecho se había dado cabal cumplimiento a los términos del contrato con la Corona, el cual lo obligaba a pacificar al Chaco y reducir a sus indómitos habitantes a la obediencia de las leyes de España. En realidad, con excepción de Matorras y Arias, la plana mayor de la expedición no comprendió la importancia geopolítica de una comunicación segura entre el Tucumán y el Litoral y la incorporación efectiva del territorio al dominio español, en momentos que los portugueses iniciaban su penetración por el norte de tan vasta región. Sólo los intereses de la seguridad de las fronteras y la tranquilidad disponible de mano de obra indígena para sus haciendas y obrajes.

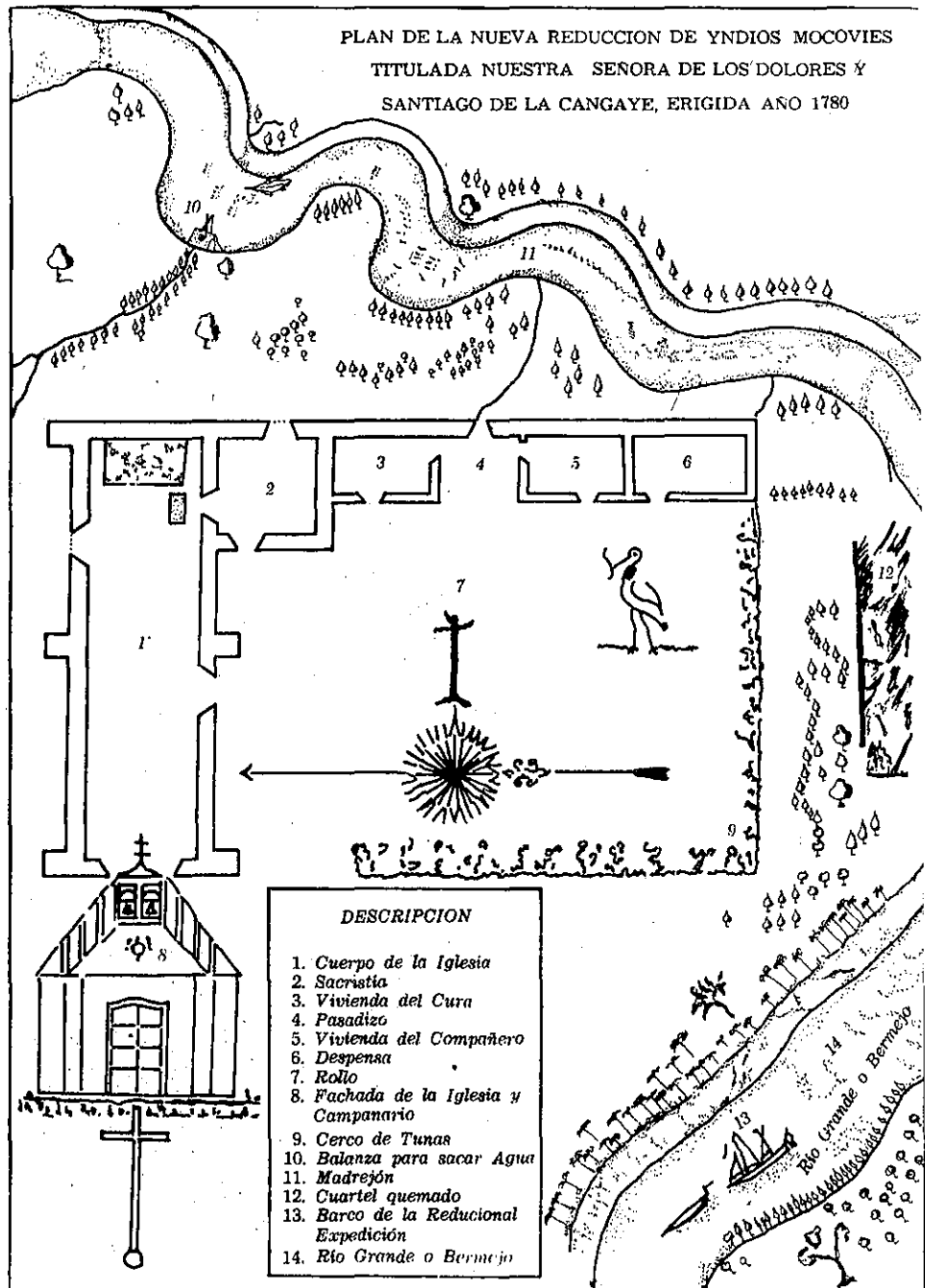
En consecuencia, el día 31 de julio, la expedición partió de regreso hacia el Fuerte del Río del Valle, dejando a las altivas tribus tobas y mocovíes a la espera del cumplimiento del tratado de paz, que con tan buenos auspicios se había celebrado días atrás en el corazón de la selva chaqueña.

Vuelto a Salta, Matorras prosiguió su labor en favor de las reducciones del Chaco, realizando periódicas visitas, levantando iglesias o reemplazando a aquellos sacerdotes que no cumplían con sus obligaciones. Tan fructífera labor fundacional se vio interrumpida el 16 de octubre de 1775, cuando encontrándose el gobernador cerca de la Reducción de Ortega, en la frontera del Salado, donde había ido a inspeccionar la construcción de una capilla, contrajo una grave enfermedad que le produjo la muerte a los 55 años de edad.

Por su parte, Paykín no esperó mucho tiempo a que los españoles se decidieran a cumplir la parte del tratado que los obligaba a secundarlo en la guerra que sostenía con su rival Ychoalay, jefe de los abipones. En el mes de octubre del mismo año ya se encontraba en campaña y a fines de ese mes se presentó a las puertas de la Reducción de San Javier, en la frontera de Santa Fe, a fin de pedir la ayuda bélica de sus hermanos de raza reducidos allí. Pese a la negativa de éstos, aleccionados por los padres franciscanos que atendían la Reducción, Paykín atacó al pueblo de San Gerónimo del Rey (actual Reconquista) donde se hallaban las huestes de Ychoalay¹⁴. Así se inició nuevamente la guerra entre las tribus rivales del Chaco. El bravo Paykín murió en uno de estos combates por el año 1770 y así desaparecieron las dos figuras que podían haber dado un vuelco definitivo a la cuestión del Chaco en la segunda mitad del siglo XVIII.

Las derivaciones de la empresa

Ese mismo año de 1776, el cacique de la nación toba Que-taidí acompañado de Fray Antonio Lapa, se hizo presente en la ciudad de Salta y reclamó en nombre de



**Reducción de La Cangayé junto al Bermejo, fundada en 1780.
Sólo seis años después del Tratado Matorras-Paykín
fueron fundadas las reducciones prometidas a los aborígenes.**

(14) Juan C. Yensen. El Gran Chaco y San Buenaventura del Monte Alto, pág. 79.



**Aborígenes del Gran Chaco en el siglo XX.
Sus antepasados se negaron a abandonar sus tierras y
exigieron ser tratados como hombres libres.**

sus parciales el cumplimiento del Tratado de 1774 en lo referente a las reducciones para las tribus del Chaco. En ese mismo sentido el Rey Carlos III dictó la Real Cédula del 6 de septiembre de 1777, por la cual se recomendaba a los Gobernadores y Obispos del Paraguay y del Tucumán, a que arbitrasen los medios para que "las reducciones de que se trata lleguen a tener el más sólido posible establecimiento" y "que perfeccione una obra tan del servicio de Dios y mío, dándome cuenta de las resultas"¹⁵.

Teniendo en cuenta el mandato real y la obra valiosa pero inconclusa de Matorras, el Virrey Cevallos ordenó por Decreto del 3 de junio de 1778 el cumplimiento de los pactos concertados con los indios y dispuso la creación de una Junta Reduccional con este fin. Dicha Junta organizó la Expedición al Chaco en 1780, comandada por Francisco Gavino Arias, quien estableció en los mismos parajes donde años atrás se habían firmado las paces con Paykín, las Reducciones de Nuestra Señora de los Dolores y Santiago de Lacangayé de indios moco-víes, y la de San Bernardo el Vértiz de indios tobas.

Si bien es cierto que la expedición de Matorras se logró abrir un camino desde Salta hasta Corrientes como preten-

de Brizuela en su "Diario", estimuló a otros a intentar la vía fluvial del Bermejo como las empresas de Adrián Fernández Cornejo y de Fray Francisco de Morillo. Tal vez lo más valioso de aquella expedición fue demostrar la viabilidad de un entendimiento pacífico con los indios y la adhesión de éstos a las convenciones de paz, destruyendo el mito que los presentaba como seres incapaces de establecer otro tipo de relaciones que no fuera la guerra.

En realidad, Matorras expresa toda una línea ideológica que antes y después de su gestión se tradujo a través de diversos gobernantes, tanto de la época colonial como de la independiente; una línea que confiaba en la posibilidad de una pacífica convivencia con los indígenas y ponía el acento en una amistosa relación entre cristianos y aborígenes. La otra línea veía la solución del problema indígena en el exterminio de una raza considerada inferior e inepta para ser rescatada hacia el trabajo y el orden. Así, el gobernador Jerónimo Matorras, tío segundo del general José de San Martín, se presenta ante la historia como un precursor: un gobernante humano y realista cuyo plan, aunque no totalmente cumplido, ilumina el panorama del

último tercio del siglo XVIII en nuestras tierras. ■

(14) José Alumni. Nuestra Señora de los Dolores y Santiago de la Cangayé, pág. 78.

BIBLIOGRAFIA

- ANGELIS, Pedro De. Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata. T. VIII-A, Buenos Aires, Plus Ultra, 1972.
- ALUMNI, José. El Chaco, figuras y hechos de su pasado. Resistencia, 1951.
- ALUMNI, José. Nuestra Señora de los Dolores y Santiago de la Cangayé. Resistencia, 1948.
- CASSANI, Pedro Antonio. Jerónimo Matorras, Conquistador y pacificador del Gran Chaco. Goya (Corrientes), 1973.
- LOPEZ PIACENTINI, Carlos. Historia de la Provincia del Chaco, T. I, Buenos Aires, Géminis, 1969.
- ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. Actas Capitulares de Santiago del Estero, T. III, Buenos Aires, 1946.
- DOBRIZHOFFER, Martín. Historia de los Abipones, T. II, Resistencia (Chaco). Fac. de Humanidades (U. N. E.), 1968.
- YENSEN, Juan Carlos. El Gran Chaco y San Buenaventura del Monte Alto. Resistencia, 1965.
- JOLIS, José. Ensayo sobre la Historia Natural del Gran Chaco. Resistencia, Fac. de Humanidades (U. N. E.), 1972.
- ZINNY, Antonio. Historia de los Gobernadores de las Provincias argentinas. T. I, Buenos Aires, 1920.
- TORRES LANZAS, Pedro. Relación descriptiva de los Mapas, Planos, etcétera del Virreynato de Buenos Aires. Buenos Aires, Fac. de Filosofía y Letras, 1921.

VIDA EMPRESARIA

Noticias que hacen historia

• Sobre el final de 1976 General Motors Argentina presentó a los periodistas el nuevo modelo del Opel K-180 LX. Se trata de una verdadera gratificación para los automovilistas, ya que el nuevo coche convierte su interior prácticamente en un pequeño living, lleno de comodidades y detalles de lujo. Las butacas permiten nada menos que doce posiciones, con lo que el conductor puede adoptar cualquier inclinación con respecto al tablero de manejo. El volante de nuevo diseño, y totalmente forrado en cuero, medidas menores que en los modelos anteriores, lo cual —aseguran los "tuerkas"— permite una mayor maniobra de giro. Al lujo presente en el tapizado de puertas y butacas, se añade la alfombra de suave bouclé y, acentuando tanta exquisitez, nada menos que los pedales de modernísima concepción ribeteados en metal.

Su parte mecánica mantiene todas aquellas características de sencillez que caracterizaron al Opel K desde su lanzamiento al mercado: 4 cilindros, 1,8 litros de capacidad y una potencia de hasta 86 HP, que lo convirtieron en un motor de enorme rendimiento y de un mínimo de consumo.

• Recientemente llegó a nuestro país una delegación de la Compañía Ecuatoriana de Aviación, encabezada por el coronel Carlos Banderas Román, presidente de la Compañía y por el vicepresidente comercial de la misma, Roberto Müller, acompañados por los señores Fernando Reyes y Edison Terán, secretario general y director de relaciones públicas, respectivamente.

La visita tiene como fin establecer contacto personal con las autoridades aeronáuticas de nuestro país, con el objeto de realizar convenios entre Argentina y Ecuador.

Probablemente, muy pronto podamos ver en las pistas de nuestro aeropuerto, las aeronaves de Ecuatoriana, que al igual que otra empresa aérea americana —Braniff— ha decorado sus aparatos también externamente —rompiendo todo convencionalismo—, con coloridos dibujos.

• Un grupo de empresarios argentinos, ha adquirido en Inglaterra un buque que fuera construido en Noruega, especialmente diseñado para el transporte de sustancias químicas; con tanques de acero inoxidable, poliésterano, silicato de zinc y epoxy; cuenta además con todos los adelantos técnicos para carga y descarga y su nombre es: "Postrunner". Esta moderna embarcación, navegará bajo bandera argentina, con un desplazamiento de 15 mil toneladas, será la primera de su tipo que en nuestro país se especializará en el transporte de productos de la industria petroquímica.

Todo es Historia

Anticipos

“Promediando los cuarenta”

por José Luis de Imaz



Con el subtítulo “No pesa la mochila”, el sociólogo argentino José Luis de Imaz hace en este libro un racconto de las experiencias políticas de su generación, a partir de su propia militancia en el nacionalismo católico.

Con autorización de Editorial Sudamericana se publica un fragmento de esta obra, que aparecerá en el próximo mes de marzo.

El día en que fui más cobarde

Nunca tuve muchas oportunidades de entrenarme en el coraje físico, pero sin duda el día en que fui más cobarde fue el 16 de junio de 1955.

A fines de 1954 comenzó el sorprendente giro de Perón. Pienso que no hay que ir mucho más lejos para rastrear las causas, porque ya sabemos que el poder obnubila, y uno como aquél no podía, aun por su propia dinámica, admitir la existencia de grupos y sectores mínimamente independientes. Pero agregaría algo más: el Presidente se quedaba en las estructuras, en los datos externos, en lo fenoménico. Le faltaba sin duda finura de espíritu para penetrar las esencias.

Lo mismo que Mussolini. Cuando leía las *Memorias* de donna Rachele me sorprendí con las reflexiones que Benito le formulara tras los Acuerdos de Letrán. El “Duce” sólo percibía lo organizacional, el poder temporal de la Iglesia, sus finanzas. Y nada más, porque nunca había tenido la más mínima experiencia mística. A pesar de ser espiritista.

¿Qué pudo haber llegado como información a la Presidencia a mediados-fines de 1954? Un acto estudiantil en Córdoba el día de la Primavera, la existencia del Ateneo de Santa Fe, el Partido Republicano de reciente constitución en Córdoba, la posibilidad de que todo eso fuera un embrión de democracia-cristiana. (“Yo tengo siete servicios de información diferentes —decía el Presidente— para no depender de uno. Cuando tres o cuatro coinciden en algo, nombro una comisión especial de investigación”). Pero ahí juntó piezas sueltas, que entre sí poco y nada tenían que ver.

La vía inicial del conflicto fue una declaración de corte anticlerical, respondiendo a una estrategia que se mantendría incólume: separar lo eclesial, del espíritu del cristianismo, al clero de la Fe, en un intento de disociación.

Es indudable que Perón había tenido buenas y malas experiencias con el clero. Entre las inevitables, el verlos pediguños; luego, como testigo de ridículas vanidades —en algunos casos— y de expectativas de honras y designaciones; y como muy mala, la de aquel mercenario que distrajo los fondos que se le entregaran para una obra en la Iglesia Argentina de Roma.

Pero el punto principal fue su incapacidad para admitir limitación alguna en la extensión de un poder que se extendía como una mancha de aceite. Había logrado ya, dividirlo todo; hasta tenía su partidito socialista propio con salidos y excomulgados del tradicional tronco. Y algo parecido estaba en vías de obtener en el Partido Comunista. (Esas gentes habían editado un periódico —excelente por cierto— que se llamaba "Argentina de hoy", financiado por el Estado, o beneficiario, por lo menos de las cuotas de papel asignadas oficialmente.)

Los salidos del socialismo y el comunismo tuvieron su congreso constitutivo, que se llamó "El Congreso de los hombres de Buena Voluntad". El Presidente fue. Pronunció un discurso estupendo, agradeciendo la invitación, y anunciando que él había sido siempre un hombre de buena voluntad. En ese acto les pidió autorización para tener ante ellos un delegado personal. Lo nombró al coronel Martínez, que creo que en los servicios de informaciones era uno de los responsables del control de las actividades comunistas.

Como todo le había salido bien —al menos en el arte de la política— dejó de escuchar. Y llegó hasta tal punto su obnubilación que en el discurso inaugural de su nueva campaña sostuvo que no se podía ser ninguna otra cosa antes que peronista. E invitó a los que pudieran estar incursos en cualquier situación conflictiva a ratificar su adhesión al Movimiento, por encima de todo otro compromiso.

Esto fue el punto de partida de la respuesta. Nos reunimos, a principios de diciembre, los que habíamos convergido en inquietudes similares. Y al igual que la raya de Pizarro, fijamos una fecha. De un lado, los que "rompíamos" públicamente. Del otro, los que se "quedaban" (en la mayoría de los casos por no exponerse a perder sus posiciones). Pero muchos de los que "se quedaron" —a la hora de la verdad y casi todos subrepticamente— colaboraron, con eficacia. Y me consta —aunque hoy se vean obligados a decir lo contrario— que desde la Jefatura de Policía, pasando por las reuniones de Gabinete, y hasta en los más áulicos círculos de adhesión al Jefe, se "filtraban noticias"; y llegamos a

saber de antemano medidas proyectadas en detrimento de la Iglesia y su doctrina, por obra y gracia de estos individuos dotados de "mala conciencia".

Nuestro rechazo al Presidente se centraba en la frustración colectiva y la creencia de haber sido engañados. Por supuesto que partíamos de que en todo proceso político tiene que haber un margen de manipuleo. Pero aquí su magnitud estaba en juego. Y además habíamos sido "nosotros" los manipuleados.

Yo me sentía "peronista de retiro efectivo, 1953", o en todo caso, marzo de 1954. No era una fecha arbitraria. Correspondía a la elección de vicepresidente. Y nos lo habían impuesto al almirante Teissaire.

Así, lo que originalmente había sido repudio pasivo se convirtió para mí y mis amigos en activa militancia opositora. Y no sólo porque Perón negaba con los hechos el contenido humanístico y cristiano de su pensamiento, sino porque a través del proyecto de contrato de explotación petrolífera con la California Argentina S.A., la traición resultaba programática.

O se nos aparecía programática. En nuestro fervor juvenil sólo considerábamos las cláusulas formales del proyecto de contrato, ignorantes de las perentorias urgencias. Se trataba de algo muy importante: la quiebra de la fe. Algo se nos había adoctrinado. Y alguien nos había asegurado que se cortaría las manos antes de firmar una concesión de cualquier tipo sobre alguna parcela del patrimonio nacional.

En los primeros meses del 55, los dos temas aparecieron entrelazados. Se hablaba de una reforma de la Constitución abierta, vale decir, en la que el Poder Legislativo al sancionar la Ley de Convocatoria, no estipularía los artículos por reformar: por allí se introduciría el Caballo de Troya. La excusa pues, era la reconsideración de las tradicionales relaciones Iglesia-Estado. El trasfondo, el art.

"Promediando los cuarenta"

por José Luis de Imaz

40 de la Constitución que estipulaba —entre otras cosas— que los yacimientos de petróleo eran "propiedad imprescindible e inalienable de la Nación", reparo insalvable para el acuerdo con la Standard Oil, verdadera titular de la inexistente California-Argentina S.A.

El conflicto con la Iglesia, al distraer la atención pública, justificaría la reforma constitucional.

Fueron Atilio Bogado y Nereo Bonifatti. Ellos organizaron la conferencia de Adolfo Silenzi de Stagni en la Facultad de Derecho. Silenzi —titular de la cátedra de Derecho Minero a la que se vio obligado de inmediato a renunciar— esclareció cada una de las cláusulas del proyecto de contrato con la California, ignoradas hasta entonces no sólo por el gran público, sino aun por el especializado.

La noche de la conferencia trabajamos con el mimeógrafo, y en las horas subsiguientes quedaron listas las primeras copias. Teníamos el texto íntegro que nos había pasado Silenzi, y tuvimos que comenzar a divulgarlo a través de un sistema tan rudimentario, porque imprenta alguna se hubiera atrevido a imprimirlo. Y lo distribuimos de inmediato, primero entre los gremialistas y diputados de esa extracción, y luego a los militares. Personalmente, recuerdo, haber llevado un ejemplar a la casa del general Robles.

Pero no nos anticipemos, porque aquí se

nos entrecruzan los meses en estos acontecimientos históricos que fueron entre los más decisivos que hasta ahora me tocó vivir, y en los que estuve absorbido hasta la médula.

—Padre, no sé si me puedo confesar —le dije. Porque le voy a decir que siento el deseo de enmendarme, pero no es así. Yo odio. Yo odio al Presidente... y una vez que confiese eso, cuando me retire del confesionario, no le puedo prometer que dejaré de sentir odio.

—Esto es muy frecuente ahora. Haga un acto de voluntad. Expresé su simple deseo de no querer sentir odio —me contestó.

(Ese día, después de mucho tiempo había resuelto poner un poco de orden en mi alma, y estaba arrodillado en uno de los pasillos laterales de las Victorias. Creo que quien me escuchaba en confesión era el padre Wagner. El mismo que moriría poco después como consecuencia de las quebraduras que tuvo huyendo de los forajidos que incendiaron su Iglesia.)

Aquellas semanas fueron tremendas. Es cierto que convertimos la que tendría que haber sido Procesión de Corpus en una manifestación política. Asumo la parte de responsabilidad que me cabe. Eso fue contra la voluntad expresa de unas autoridades religiosas timoratas: los Monseñores Novoa y Tatc, quienes precisamente más habían tratado de disuadirnos, insistiendo en que no le diéramos un contenido emocional y político a lo que ellos querían circunscribir a sus clásicos estrictos límites.

Pero por ahí andábamos Carlos Gregorini, Ricardo Chemes, Raúl Puigbó y yo, reemplazándonos de a ratos, para poder sostener esa inmensa cruz de madera. Y con la cruz al frente llevamos a las columnas adonde ellas querían, y nosotros queríamos: una vez más a las puertas del Círculo Militar. La historia argentina es clínica; estuve ante esos balcones en la última fila en mayo de 1943, delante de todos en 1955, y me pregunto si en el futuro no me habré escaldado lo suficiente.

Era increíble la tontería reinante, con las mentes dóciles a la recepción de la propaganda oficial, y sus pequeños manejos políticos. A Pascual Pérez lo retuvieron en Montevideo para que llegara triunfal a Buenos Aires el día de Corpus. Cuando nos cruzamos con los grupos que iban a recibirlo, me convencí de que hay líneas en el espacio —mentales por lo menos— que nunca llegarán a encontrarse.

Por eso tuvimos que contrarrestar el monopolio de la prédica oficial, con una prensa paralela y artesanal, como el país no conoció otra a lo largo de su existencia. Desde La Quiaca hasta Ushuaia —no es una frase—

surgieron voluntarios anónimos que tipearon, con el sabor de lo prohibido, copiaron, transcribieron y enviaron los nuevos boletines informativos. Nunca una parte del país llegó a estar en tal tensión como en aquellos momentos; nunca hubo un esfuerzo colectivo tan altruista y desprendido como el que prestaron nuestros compatriotas metidos a ocasionales obreros gráficos.

Bonifacio Lastra redactó en "Unión Nacional" algunos de los textos más finos y mordaces. Yo retranscribí párrafos enteros de "El conde-duque de Olivares" de Gregorio Marañón que me parecieron entonces —y siguen pareciendo— el retrato más fiel de lo que ocurre con algunos picnicos en el poder. Toda aquella inmensa literatura sin firma fue recogida después en un volumen que se llamó *Los Panfletos*. A veces lo retomo, inevitablemente nostálgico, pensando en cuando el país se blanqueó y en el valor de Germán Zavalia, que logró que trabajara para nosotros aquella increíble imprenta de San Isidro.

Yo era el viajero, que llevaba en mis valijas parte de los paquetes que debían distribuirse en Rosario y Córdoba. En la ciudad de Córdoba —bendita Nueva Andalucía— Jerónimo Luis de Cabrera amanecía todos los días leyendo un "panfleto" nuevo que le habían adosado al royo fundador. Tuvieron que ponerle un policía a la estatua.

Vagamente me enteré de eso en las primeras horas de la madrugada del 16 de junio. Con una congoja horrible lo esperé a Carlos en los escalones de la entrada de su casa, en la calle Charcas, frente al Círculo Militar. Llegó a las tres de la mañana pasadas, cuando yo ya no sabía cómo justificar —si fuera necesario— mi presencia allí, sentado sobre el mármol.

—¿Vos sabés lo mismo que yo?

A él también le habían susurrado algo. Perc parecía tan increíble... es absurdo, no puede ser.

—No, no puede ser, porque éstos —y señalaba con el dedo al Círculo— han dicho que no mueven un dedo. Vino un emisario ¿sabés? Desde hace varios días se han abierto.

(Eran tantos los rumores y hacía tanto tiempo también que los propalábamos, que ya habíamos perdido todos los límites.)

—Al fin, che, ni siquiera sabemos si es verdad.

Pero como si así pudiéramos cerciorarnos de algo, tal vez para calmar malamente nuestra angustia, caminamos toda la noche. A las cuatro y media estábamos frente a un Departamento de Policía, casi completamente a oscuras.

—Esas son las ventanas de Coordinación Federal (¿de dónde sabría Carlos esas cosas?); hay dos prendidas, pero la tercera, la de Osinde, está apagada.

Después, y antes que amaneciera, rondamos frente a la Casa Rosada. En la Casa Rosada el silencio y la oscuridad eran totales. Los primeros empleados, o los últimos noctámbulos, atravesaban la Plaza (¿vos no sentís la tentación de agarrarlos de la manga y decirles "Vea señor, hoy no salga de su casa, métase rápido, o mejor, no ande dando vueltas por aquí. No es por nada, sabe, pero"...?).

—Debe ser un timo más, ya perdimos el límite de la verdad y la mentira, porque si no, a estas horas y el Gobierno con los controles que tiene, si hubiera algo de verdad ya habría movimiento...

Lo único que Carlos y yo habíamos oído era que al mediodía la aviación —pero no sabíamos tampoco qué aviación si la del arma específica o la naval— iba a sobrevolar Plaza de Mayo, y que esa sería la señal. Al realizarse el vuelo, iba a estallar la esperada revolución.

Carlos se resistía a creer. Teníamos amigos aeronautas y ninguno parecía estar sobrea-viso. A menos que fuera el general Bengoa. Pero el general Bengoa estaba al frente de no sabemos qué división en Rosario o en Entre Ríos. Y de él se decía que se podía esperar algo. Pero todos eran rumores en un país saturado por los rumores, a tal punto creados y difundidos por sus respectivas fábricas, que al no virtualizarse, una vez más nos dejaban inermes.

Compramos los diarios del amanecer. Efectivamente, allí estaba la noticia de que sobrevolarían la Casa de Gobierno esos aviones. ¡Y pensar que nosotros con ellos no teníamos el más mínimo contacto! Imposible pues ratificar o modificar aquella noticia. ¡Y mi prima que tenía que casarse esa tarde!

Al mediodía estábamos en la Plaza de Mayo, incrédulos. Cuando no pasaron los avio-

“Promediando los cuarenta”

por José Luis de Imaz

nes a las doce, ni encontramos en todo ese tiempo cara o señal o grupo alguno que pudiera suministrarnos el más mínimo pábulo, nos fuimos. Llegando a casa, a pie como siempre, oí las bombas. Después supuse que el embajador norteamericano debió haber notificado esa misma mañana a Perón lo que podría suceder. Por supuesto que esto no me consta. Sólo se sabrá el día en que se abran los Archivos del Departamento de Estado correspondientes a ese año. Porque Perón, desde la ley de radicación de capitales y el cierre definitivo de la oficina para la propaganda exterior de la tercera posición, era muy buen amigo para los norteamericanos. Uno de los embajadores, incluso, acababa de ser condecorado con la “Medalla de la Lealtad”).

Esa tarde Carlos se portó a la altura de su corazón. Cuando se encontró con el boxeador Iglesias que venía encabezando una gran columna peronista —se conocían desde las Olimpiadas de Londres— dándole un abrazo le sacó la bandera.

—¿Pero qué hacés Carlos con toda esa gente?

Efectivamente, Carlos se había puesto al frente de la multitud, y todos los obreros que habían venido cruzando el Riachuelo, ahora le seguían como antes a Iglesias. Carlos dio una vuelta de 360 grados y la columna que iba hacia la Casa Rosada continuó marchando pero por la Avenida de Mayo en dirección al Congreso.

—No te das cuenta, pedazo de pavo —me dijo en secreto cuando recién se atrevió a hablar—, no te das cuenta que le estoy salvando la vida a los “negros”. Si se van a la Plaza caen en medio del frente... A ver si les tiran todavía y estos pobres infelices sin comerla ni beberla dejan el cuero...

Después supe que cuando asaltaron la Armería Rasetti, en Rivadavia y Florida, apareció también Carlos en primera fila, y abriéndose paso a empujones —gracias a su físico de remero— desplazando a los demás, logró ponerse él solo a repartir armas, cargadores y municiones. Así —con ese monopolio— pudo entregarles a cada uno de los asaltantes un cargador que nada tenía que ver con el arma que llevaban. ¡Nunca se imaginó que podría salvar tantas vidas!

La congoja, promediadas las seis de la tarde, fue horrible. Lo impensable había ocurrido. Lo que habíamos descartado como obra pura y exclusiva de una fantasía delirante, había sido verdad. La calle estaba cubierta de víctimas gratuitas. Me encerré en mi casa, cobarde. Hacía meses que estábamos esperando eso. Desde mucho tiempo atrás se sabía de la existencia de grupos de choque, de los que se decía que estaban adiestrados por un comisario retirado.

En el Colegio del Salvador, pertrechados tras las ventanas bajas, y mirando a la calle por entre los barrotes viejos, muchos ex alumnos habían montado guardia. Y en otras iglesias de Buenos Aires, voluntarios de todo tipo se comidieron para la custodia. Las campanas —se había dicho— repicarían anunciando el ataque, y todos los voluntarios convergían para la defensa. Yo que soy incapaz de usar un arma y en mi vida no he tenido otras en mis manos que las del servicio militar, escuchaba alelado aquellos ofrecimientos.

Aquel día no hubo campanas siquiera. Los bomberos y la policía estaban allí —en Santa Fe, junto a San Nicolás de Bari mientras ardía la marquesina preparada para el casamiento de mi prima— para impedir que curiosos y defensores se acercaran. Los depredadores actuaron con total impunidad. Y las mangueras llegaron tarde para apagar el fuego. Primero se usaron para contener al público.

Nunca me sentí más cobarde, refugiado en mi casa, desertor de los desertores. Alguna noche, desde entonces, me he despertado con pesadillas. ¡Las campanas! ¡Las campanas! ¡Están sonando las campanas, es el repique-tec de la llamada! ¡Incendian San Nicolás...!

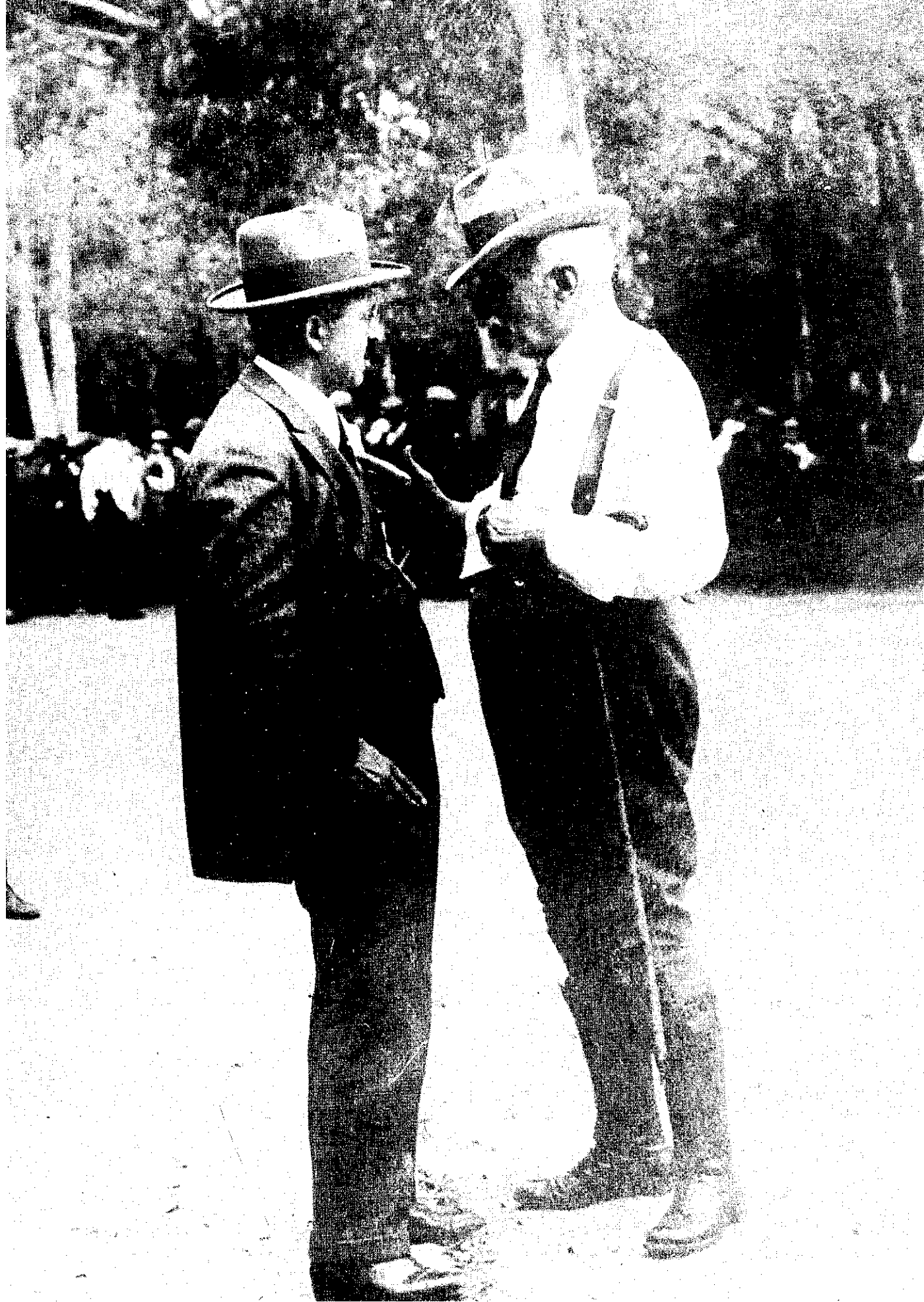


INFORMACION

**CON RIVADAVIA
USTED NO PONE UN PROGRAMA.
PONE UNA RADIO.**

En Rivadavia la información no está sola.
Está respaldada por una radio verdaderamente profesional.
Y acompañada por excelente música,
espectacular despliegue deportivo o los más
importantes comentarios sobre
las noticias más sorprendidas.
Por eso cuando usted pone Rivadavia,
se queda en Rivadavia. En realidad,
Rivadavia es un programa que dura todo el día.





Córdoba 1925 - 1928: un gobernador liberal y reformista

pór Pedro R. Dominoni

A los pocos días del triunfo electoral, se realiza un festejo popular en la estancia "Ana María", propiedad del Dr. Cárcano. Vistiendo botas, pantalón de montar y tiradores, conversa con el Dr. Pedro J. Frías —futuro Ministro de Obras Públicas— quien aparece en riguroso "traje de calle".

La columna parte desde el Plaza Hotel hacia la sede del Superior Tribunal de Justicia, en la calle 27 de abril. A su frente marcha el Gobernador electo, flanqueado por quienes, horas después, jurarán como ministros: el Dr. Pedro J. Frías —ex legislador— y los doctores José Heriberto Martínez e Hipólito Montagné, jóvenes dirigentes del Partido Demócrata. El Dr. Cárcano

avanza en silencio, mientras en las calles la multitud corea su nombre, fervorosamente. ¿Está contrariado?. Es probable. La imposibilidad de jurar ante la asamblea legislativa —como lo dispone la Constitución— le obliga a usar un recurso que violenta su escrúpulos jurídicos: prestar el juramento ante el máximo tribunal de justicia local.



Un gobernador liberal y reformista

Días antes el presidente del Senado ha cursado una nota al Poder Judicial dando cuenta que la asamblea no se reunirá para recibir el juramento y escuchar el mensaje del gobernador electo. Las sesiones preparatorias habían mostrado el hondo abismo que separaba a radicales y demócratas y aquéllos, al fracasar en el intento de impugnar algunos diplomas de sus adversarios, anunciaron que no contribuirían a hacer número. Ante el pedido del mandatario y la información del presidente del cuerpo legislativo, el Superior Tribunal dicta una resolución de inobjectables fundamentos: "Habiendo juzgado este Tribunal la elección con arreglo al artículo 104 de la Constitución Provincial, la facultad de recibir el juramento es una derivación de aquélla, y su ejercicio es imprescindible para que los electos tomen posesión de sus cargos".

17 de mayo de 1925. Para las 14.00 habíase fijado la iniciación de la ceremonia. El doctor Cárcano continúa su avance, casi ajeno al bullicio de sus simpatizantes, mientras le aguarda el doctor Enrique Martínez Paz, presidente del Superior Tribunal. En pocos minutos más estarán frente a frente las dos más altas cimas del liberalismo cordobés: aquél había enardecido a la jerarquía católica con la tesis universitaria sobre los derechos de hijos adulterinos, sacrílegos e incestuosos; éste, fue abanderado reformista en las históricas jornadas de junio de 1918 y candidato de la Federación Universitaria a rector de la ilustre Casa de Trejo.

14.30. Concluye el acto oficial. Cárcano, ya gobernador en ejercicio se dirige hacia la tribuna callejera levantada por la juventud demócrata, para pronunciar desde allí el mensaje que los legisladores se negaron a escuchar. Se hace lento

el recorrido, entre abrazos y apretujones. Dificultosamente sube al palco: "La ausencia de vuestros representantes legislativos —exclama— faltando a deberes legales y morales, me coloca en contacto directo con el pueblo, donde reside la soberanía originaria". El público estalla de entusiasmo y el orador recibe el cálido aliento de la multitud. Está de nuevo en la plaza, en la arena cívica, como en las inolvidables campañas de 1913, 1919 y la que acaba de concluir. Y continúa: "Como expresión de un partido soy el órgano de sus ideales y no su instrumento. La intransigencia política no es incompatible con el trabajo y la cultura que exige la función pública. Los intereses del país están por encima de los intereses del partido".

La fiesta cívica concluye. La comitiva se dirige hacia la sede gubernativa, el palacete del doctor Félix Garzón, arrendado para ese fin, ubicado en la primera cuadra de la avenida General Paz. Allí toma juramento a sus miembros, adopta las primeras providencias, y por la noche se dirige a la casa de un amigo, en el suburbio de Las Rosas, sobre la margen del Río Primero, donde finalmente residirá durante todo el periodo de gobierno. En la quietud de la noche revive los acontecimientos. Los cercanos y también otros, más remotos, pero que aún retiene en la memoria: su participación en los gobiernos provinciales de Juárez Celman y Gavier, su gestión al frente del Correo, su íntima amistad con el presidente aba-

tido por la revolución de 1890, la frustración de su candidatura a presidente, cuando sólo contaba treinta años de edad, los debates por el sufragio libre... Los amigos que ya no están, como Rafael Núñez, aquel brillante ministro de 1913, conductor de la victoria de 1919, tempranamente arrebatado por la muerte... y ahora la reciente lucha electoral, fatigosa y dura... La evocación precede al sueño que tarda en llegar y medita sobre los hechos recientes.

La campaña electoral

Próximo a concluir el mandato de Julio A. Roca (h.) un grupo de dirigentes cordobeses del partido Demócrata le visita en Buenos Aires, para ofrecerle la candidatura a gobernador: "Es usted la única garantía para asegurar el éxito", se le dice. Les escucha, les explica que no tiene aspiraciones pero que está dispuesto a servir. Y recalca que sólo mediante la unión de las fracciones que en esos momentos desgarran la divisa, aceptará el puesto de lucha que se le ofrece. El reclamo surte efecto: semanas después se verifica la unión partidaria y Cárcano determina partir hacia Córdoba para ponerse al frente de la campaña. No ignora las dificultades que sobrevendrán ni las inevitables asperezas de la lucha que se entablará con el aguerrido partido Radical. Pero asume la responsabilidad con entrega total y entusiasmo juvenil. El partido Demócrata ya tiene su abanderado.

Desde los primeros días del año —las elecciones se realizarán el 8 de marzo de 1925— los espíritus están ganados por las pasiones. La prensa local dedica amplios espacios a la información política: "La Voz del Interior" apoya enfáticamente al radicalismo y el 1º

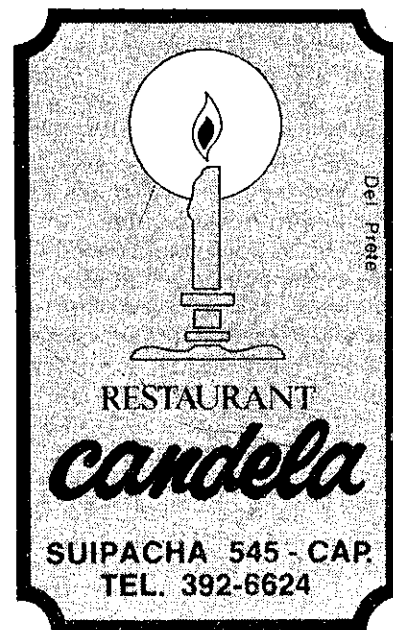
de enero anuncia con grandes titulares: "Con creciente entusiasmo se apresta la UCR a sostener en los próximos comicios la fórmula que componen los prestigiosos ciudadanos doctores Benito Soria y Alejandro Gallardo. Yrigoyen vendrá a presidir la campaña". El matutino fustiga la conducta de la policía a quien responsabiliza de la represión ejercida contra simpatizantes radicales y reiterativamente sostiene: "Cárcano no será dos veces gobernador de Córdoba". "Los Principios", vocero de la Iglesia, si bien no disimula sus preferencias por el partido Demócrata, revela cautela en la difusión de las noticias; es que la trayectoria liberal del candidato de este partido no resulta grata a la ortodoxia católica del diario. Pero al igual que el matutino radical, relata minuciosamente los detalles de las giras, los discursos de los candidatos y la afiebrada actividad de los dirigentes. Ambos diarios dan cuenta, cotidianamente, del paso de los hombres de la oposición por distintas localidades, situadas al fin de interminables caminos de llanura o de intrincados senderos serranos, vencidos por el fervor de la lucha, así como de la actividad del oficialismo, que inaugura comités en barrios de la capital y en los circuitos del interior.

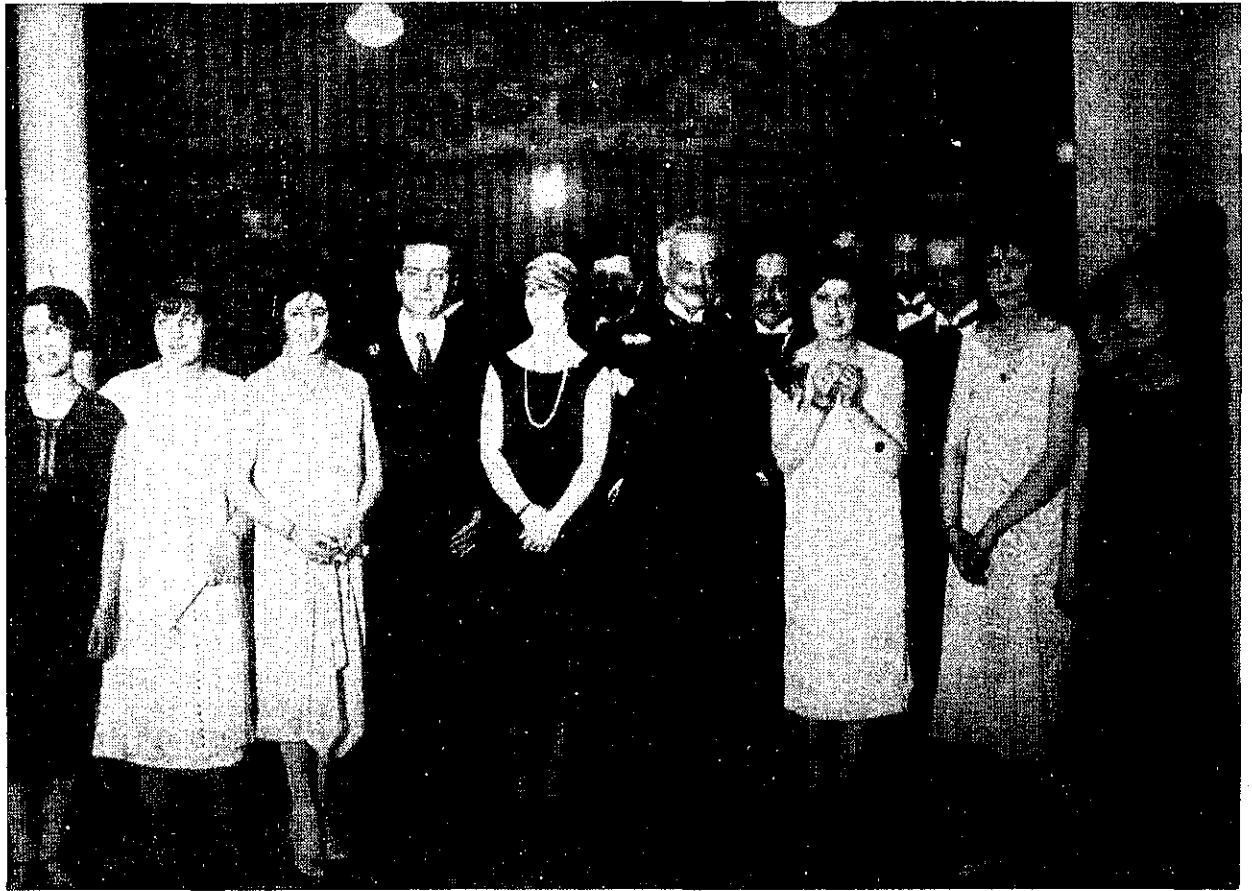
Yrigoyen, ya en Córdoba, vigila atentamente el desarrollo de la campaña. Su perspicacia le indica que esta batalla tiene significación nacional y que, de algún modo, gravitará en los comicios de 1928. Por ello no rehuye esfuerzos ni incomodidades y recorre pueblos y ciudades prestigiando los actos radicales. El caudillo mantiene intacto su prestigio y su fascinante personalidad atrae a propios y extraños. Está en

Deán Funes un mediodía, para pasar a Cruz del Eje por la tarde y llegar a Capilla del Monte, entrada la noche. Instala su cuartel general en Alta Gracia y desde allí parte a los cuatro rumbos. Según "La Voz del Interior", Río Cuarto le brindó una grandiosa recepción, y el cronista relata con no disimulado orgullo: "Más de seiscientos jinetes le abrieron la marcha, mientras en el trayecto niñas y damas arrojaban flores". Cárcano, en tanto, multiplica sus trabajos. La presencia y la labor de Yrigoyen le sugieren un gran tema de agitación: la defensa de los fueros federales. Levanta la bandera de la autonomía y acusa a los forasteros de pretender someter Córdoba a los intereses del puerto. "¡Los cordobeses no se venden!", exclama en plazas y esquinas. "Aun cuando sean más ricos, los porteños no son mejores", repite infatigablemente. Y en toda ocasión exhorta a sus comprovincianos a mantener en alto la dignidad, frente al "invasor porteño". Los radicales replican, acusando al gobierno de favorecer a los candidatos demócratas y denunciando a la policía que, según afirman, intimida a sus partidarios sobre todo en las zonas rurales. Ni la dignidad eclesiástica se salva, y el presbítero Rosendo Leal, legendario párroco de Minas y candidato a diputado demócrata, cae bajo el fuego verbal de los hombres de Alem e Yrigoyen. La apacible vida provinciana se agita en torno a consignas, acusaciones mutuas y encendidos discursos. Las giras, las asambleas, los mitines y los comités —en cuyos patios humean frecuentemente las brasas anticipadoras de la sabrosa carne asada— dan intenso colorido a los días de los cordobeses. Las elecciones absorben todos los esfuerzos y constituyen la gran novedad. Otras noticias quedan relega-

das a un módico segundo plano. Como las que dan cuenta de la gira de Boca Juniors por Europa, el anuncio de la aparición de la unidad número cien mil armada por Ford Motors en Buenos Aires o la próxima terminación de los estudios para construir la carretera Córdoba-Rosario-Buenos Aires.

Primeros días de marzo. La campaña llega a su fin. Los partidos apelan a todos sus recursos. Matías Sánchez Sorondo, el famoso diputado conservador, llega para pronunciar una conferencia en apoyo de la candidatura de Cárcano. Le acompaña el doctor Rodolfo Moreno, quien, en la década siguiente y en discutidos comicios, obtendrá la gobernación de la provincia de Buenos Aires. También un joven dirigente que, con el correr de los años ocupará fugazmente la vicepresidencia de la Nación: el doctor Vicente Solano Lima. Los actos se multiplican en plazas y barrios y la juventud de ambos partidos rivaliza entre sí en ardor y entusiasmo... y también en trompis y mache-tazos.





Un ajustado triunfo

Pero, ¿cuál es la **chance** de cada candidato más allá de los discursos, de las recriminaciones mutuas y de los gruesos epítetos? Cárcano y Soria no son los únicos. Participa también en la porfía el doctor José Ignacio Bas, joven dirigente **impersonalista**, como se califica por ese tiempo a los radicales antiyrigoyenistas. Los demócratas no desaprovechan esta circunstancia. Fomentan la división radical para que ambas fracciones lleguen separadas al comicio. En sus memorias, Cárcano lo relata sin eufemismos: "Aparece la idea de enviar al doctor Bas giros inominados de dinero para ayudar a costear su candidatura, como una incitación a mantenerla. Ella es la única, se sugiere, que cuenta con la opinión sana y responsable del pue-

Luego de prestar juramento
y tomar posesión
del cargo de gobernador,
el doctor Cárcano
asiste a una recepción
en el "Club Social"
acompañado de sus ministros,
los doctores Pedro J. Frías
e Hipólito Montagné.
Junto a ellos,
niñas y damas de
la sociedad cordobesa.

blo... Se le remiten, escalonados, con todo arte, de mil a cinco mil pesos desde distintas localidades. Estas expresiones de adhesión, de apariencia espontánea, causan una profunda impresión en el doctor Bas... y en lugar de declinar su candidatura formaliza la disidencia, organiza su partido y sale a campaña...". Ya se verá el resultado del ingenioso recurso.

8 de marzo de 1925. Alrededor de cien mil ciudadanos concurren a las urnas de Córdoba. En la víspera, "La Voz del Interior" reprocha al gobierno su falta de prescindencia, pero no oculta su optimismo afirmando: "Las urnas, al abrirse, proclamarán el triunfo radical". "Los Principios" sostiene que el comicio estará presidido por un gobierno "de respeto" y, cautelosamente, no arriesga un pronóstico sobre el resultado. El escrutinio es lento y fatigoso. Pero la expectativa, en cambio, aumenta hora tras hora, pues los resultados parciales arrojan, alternativamente, triunfos radicales y demócratas. El **impersonalismo** queda rezagado desde los primeros cómputos. Al fin, el 29 de marzo, concluye el recuento: Cárcano obtiene 232 votos más que Soria, pero la lista de diputados radicales aventaja a la demócrata

por 233 sufragios. Bas obtiene alrededor de 14.000 votos: magna cosecha, pero suficiente para provocar la derrota del candidato yrigoyenista. Ese día Cárcano anota en su diario: "Ha triunfado el hombre y ha perdido el partido".

Su original juramento

Tradicionalmente, los mandatarios provinciales toman posesión del cargo el 17 de mayo. En las semanas previas, el triunfador medita sobre la difícil situación que deberá afrontar, pues carecerá de mayoría legislativa. Y aún cuando saborea con no disimulado placer la victoria —creía, o hacía creer, que la contienda se había entablado entre él e Yrigoyen— advierte atribulado las dificultades que sobrevendrán. Años después confesará: "¡Qué raro destino el mío! Triunfante después de una lucha cruel, me encuentro expuesto a perder por omisión arbitraria de una formalidad externa". Alude — como se explicó— a la negativa radical de formar quórum en la asamblea legislativa que debía recibir el juramento. Es entonces cuando decide apelar al Superior Tribunal de Justicia para que este cuerpo se lo reciba. Según sostiene "el juramento es una promesa ante Dios y los hombres de cumplir lealmente el mandato recibido. Puede prestarse ante cualquier entidad responsable, con autoridad para hacer fe pública. Lo prestaré ante el Supremo Tribunal... o ante el soberano originario, el pueblo mismo, reunido en la plaza pública". Adoptada la resolución, dedica su tiempo a preparar el mensaje, elaborar el plan de gobierno y seleccionar sus colaboradores.

Acalladas las turbulencias de la lucha, Córdoba retoma su ritmo habitual. Los radicales, pese a la derrota, están satisfechos pues ha quedado demostrado el vigor de su partido; los **impersonalistas** no salen

Un gobernador liberal y reformista



Ramón J. Cárcano: piensa y escribe en porteño, a pesar de su origen cordobés. Incursionó en campos históricos inéditos con amenidad.

de su asombro ante el escaso número de votos obtenidos y el pueblo, en su conjunto, retorna a los afanes cotidianos. Ha comenzado el campeonato organizado por la Liga de Fútbol, y los domingos, en los fields de la ciudad, se miden las divisas tradicionales: Talleres, Belgrano, Escuela Presidente Roca, Audax Córdoba, Universitario. Los cines pasan vistas de Chaplin, Lon Chaney y Douglas Fairbanks y las competencias automovilísticas comienzan a despertar el fervor de las multitudes. En el circuito La Tablada, en Argüello, se

disputa el 27 de abril el premio "Ciudad de Córdoba". Se inscriben Tomás Roatta, Antonio Gaudino, Ernesto Blanco y Domingo Buccì, entre otras figuras hoy legendarias, y un joven deportista, Eduardo Luro, quien a poco de comenzar la competencia arrolla un árbol sufriendo un accidente fatal. En esos días se otorga el primer registro notarial a una mujer y el Juez Federal impone un año y tres meses de prisión a los estudiantes que el año anterior habían **tomado** la Universidad. Entre los condenados figura el estudiante de abogacía Santiago H. del Castillo, quien otro 17 de mayo —pero de 1940— jurará también como gobernador de la provincia. En la víspera del 17, el mandatario electo recibe en su domicilio a una extraña comitiva: empleados policiales le ofrecen su protección. Les despide con la respuesta que le dicta su decoro republicano: "Mi tranquilidad está asegurada por el respeto y consideración que le inspiro al pueblo, y no necesito que nadie me guarde".

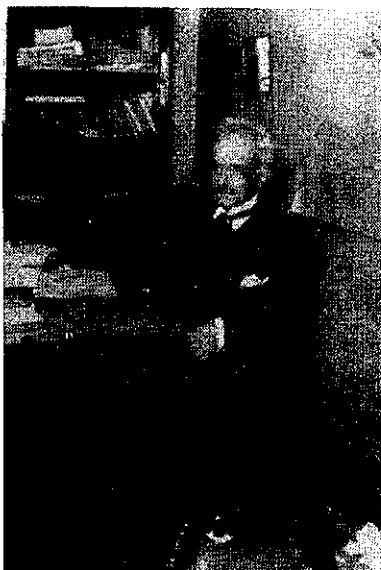
Una etapa fecunda

Cárcano había dado ya pruebas de su notable capacidad de estadista. Su primer gobierno —entre 1913 y 1916— fue uno de los más progresistas de Córdoba y la obra ejecutada aún hoy provoca admiración. En 1925 vuelve a gobernar en momentos que el país atraviesa una de sus etapas más fecundas, bajo la presidencia de Marcelo T. de Alvear. El mandatario radical cumple ese año la mitad de su período y administra con responsabilidad el patrimonio argentino. A su iniciativa se sancionan leyes de gran significación, como las de represión del contrabando, la que acuerda los derechos civiles a la mujer, la que consagra la protección del trabajo de menores y mujeres y el pago de salarios en moneda nacional. Aparecen las primeras ma-

nifestaciones de la moderna industria argentina, y viejas fábricas son reemplazadas por nuevas unidades productivas. En tanto, las metrópolis europeas, restablecidas luego de la contienda de 1914-1918, y Estados Unidos, extreman los recursos para colocar la enorme producción sobrante, subvencionan fletes y disminuyen el valor de sus respectivas monedas para competir victoriosamente en el mercado mundial. Nuestra industria, joven y débil, corre el riesgo de ser arrasada por la invasión de mercaderías y máquinas extranjeras. En esas circunstancias, Alvear sostiene que el desarrollo de las industrias es el mejor vehículo para el adelanto y progreso cultural, y que es necesario evitar que la competencia exterior las destruya, secando fuentes de trabajo y reduciendo el nivel de vida de los trabajadores. "Los capitales invertidos deben ser estimulados y la capacidad industrial fomentada", afirma en el mensaje de 1923.

Es cierto que estos propósitos no se tradujeron en una política inalterablemente proteccionista pero, pese a todo, la obra realizada fue meritoria. Bunge, entre otros autores, demuestra que en 1925 existían en el país alrededor de sesenta mil establecimientos industriales, que ocupaban seiscientos mil obreros y que el capital invertido ascendía a 2.500 millones que nuestra moneda estaba casi a la par de las más fuertes divisas. Las industrias metalúrgicas, textiles y de la alimentación crecieron a niveles antes desconocidos y ello, agregado al volumen de las exportaciones, produjo un extraordinario bienestar. Petersen, investigador norteamericano de nuestra historia, sostiene que desde 1913 a 1929, Argentina disfrutó de la mayor prosperidad de toda su vida, y que sus habitantes gozaban del mayor confort de América latina.

Un gobernador liberal y reformista



El doctor Ramón J. Cárcano en su mesa de trabajo, ya ejerciendo la gobernación, mientras vivió en la residencia del doctor Guillermo Teobaldi, en Las Rosas, suburbio de la ciudad capital.

Aventajábamos al resto de los países en número de escuelas, en extensión de rutas, ferrocarriles, y líneas telegráficas y hasta podíamos adquirir más artículos importados que los propios residentes de Estados Unidos. En esta década llegaron al país cientos de miles de inmigrantes y abastecimos el cincuenta por ciento de la exportación mundial de carne, el veinte por ciento de la de trigo, el sesenta y seis por ciento

de la de maíz y el setenta y dos de la de lino.

Crece las industrias y las exportaciones, pero también el prestigio argentino en los foros internacionales y una notable pléyade de artistas, pensadores y escritores realiza una labor estética y cultural que aún hoy nos llena de orgullo. Capdevila, Martínez Estrada, Fernández Moreno, Macedonio Fernández, Borges, Gálvez, Rojas, Bernárdez, Quiroga, Güiraldes, Arlt, Lugones, Gerchunoff, Astrada, Taborda, González Tuñón, Marechal, entre otros, rivalizan en la elaboración de obras imperecederas. En esa década aparecen "Don Segundo Sombra", "Los Lanzallamas" y "El Juguete Rabioso", "La Sombra del Convento", "Romancero y Poemas Solariegos", "Luna de Enfrente" y "Fervor de Buenos Aires". Parravicini deslumbra en los guñols de la calle Corrientes, Discépolo pone en escena "Mateo", y su hermano, Enrique y Homero Manzi escriben sus tangos, mientras la música de la ciudad se jerarquiza con el talentoso aporte de Julio De Caro, Juan Carlos Cobián y Pedro Láurenz; Pettorutti y Spilimbergo enriquecen la plástica argentina y Zonza Briano, Perlotti y Riganelli modelan sus famosas esculturas.

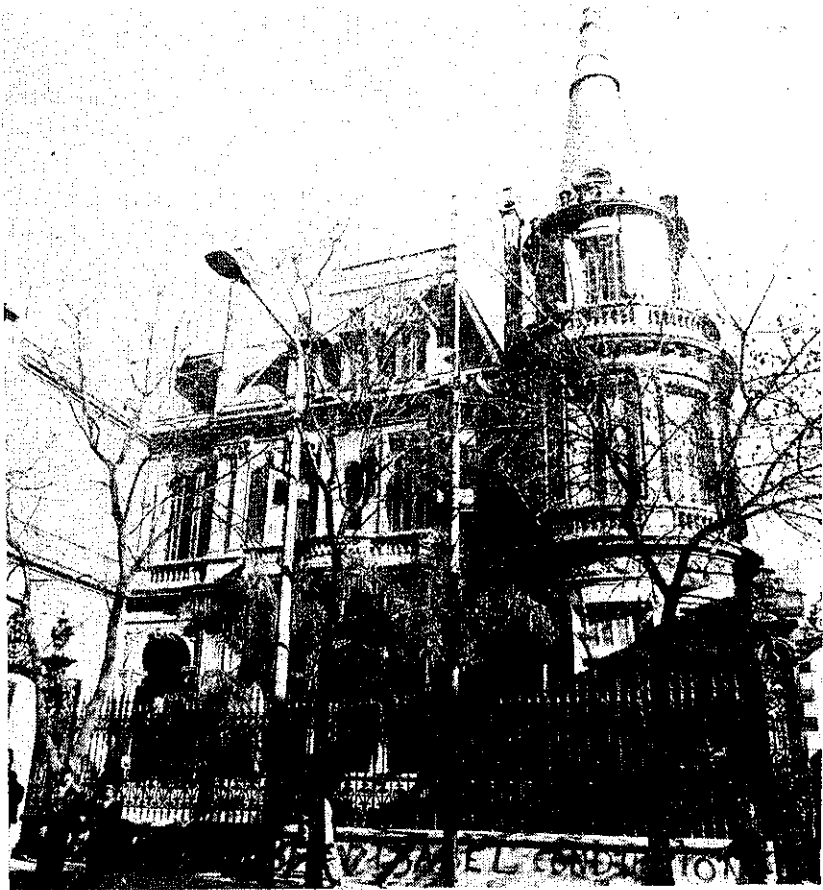
Es, ciertamente, una época culta, fina, elegante. Pero que no sólo no desdeña las expresiones populares, sino que las enriquece, elevándolas a las más altas cimas.

Aires renovadores en Córdoba

Córdoba no era ajena a esa notable vibración espiritual y, con las limitaciones propias de su contorno monástico y tradicional, comenzó a gestar movimientos de fecunda renovación. Cárcano, advirtiendo el registro de los nuevos tiempos, alienta las expresiones del espíritu mediante estímulos a las galerías donde exponen los pin-

tores locales. Remodela el Teatro Rivera Indarte y programa para la reinauguración una inolvidable temporada lírica con artistas del Colón; patrocina la actuación de Berta Singerman en veladas para los escolares; apoya activamente al rector León Morra, quien, desde la ilustre Casa de Trejo, organiza conferencias a cargo de profesores de Madrid, Viena, París, Salamanca y Roma, edita la "Historia de la Medicina" del doctor Félix Garzón y auspicia el Primer Congreso Nacional de Derecho Civil, en el que participan los más ilustres catedráticos de todas las universidades.

Paralelamente, proyecta una obra de singular importancia. En su anterior administración habíase construido el Camino de las Altas Cumbres, que quebró el aislamiento de la Capital con las poblaciones separadas por la impresionante mole pétreo del sistema de las Sierras Grandes. Ahora proyecta otra obra de notables características: la construcción de un canal navegable para unir Córdoba con el río Paraná. No era una fantasía. El estudio habíase practicado seria y minuciosamente. Primero, por el autor de la idea original, el ingeniero Luis A. Huergo; luego, por una comisión de expertos designada por el Gobernador. Cárcano sostiene que es posible ejecutar el proyecto pues tanto Córdoba como Santa Fe cuentan con recursos suficientes para ello. En noviembre de 1926 ambos gobernadores celebran una entrevista y resuelven designar una comisión para que elabore los planes, redacte la memoria descriptiva, formule los cálculos y calcule las erogaciones. El 20 de abril de 1928 se suscribe el correspondiente pacto interprovincial. Pero los acontecimientos de septiembre de 1930 y la indiferencia de las posteriores autoridades, se convirtieron en insuperables obstáculos para la materialización del proyecto.



El palacete de propiedad del doctor Félix Garzón, inaugurado en 1910 con la presencia del presidente Roque Sáenz Peña, fue arrendado por la provincia y sirvió de sede gubernativa a partir de la administración Cárcano y hasta el triunfo de Amadeo Sabattini, en 1936.

Cárcano explica con precisión el significado del canal: "Traerá el Paraná al centro mediterráneo y las provincias del norte se transformarán en provincias ribereñas". Buenos Aires no sería, entonces, el único puerto de ultramar. "Setenta años de política ferroviaria que hizo de Buenos Aires el centro de la vida de la Nación y que

ha ahogado con el dogal de sus fletes al comercio y a las industrias del interior —explicaba— pueden ser reemplazados por esta vía de acceso que llevará progreso al centro y norte del país". De haberse construido, no es aventurado afirmar que hubiera cambiado el rumbo de la historia contemporánea, pues el poder del puerto hubiérase equilibrado con el poder de Córdoba, convertida en la San Pablo argentina.

También durante su segundo gobierno inicia las obras del Palacio de Justicia, frente al bello e histórico Paseo Sobremonte: en agosto de 1927 se excavan los cimientos y se levanta gran parte de la estructura de hormigón. El Teatro Rivera Indarte —primera sala del interior, construida por el gobernador Juárez Celman— es, como se dijo, remodelado y enriquecido con detalles de



confort. En barrios de la ciudad se construyen gimnasios con baños públicos y en el Parque Sarmiento —el tradicional paseo de los cordobeses— se proyecta un estadio con capacidad para veinte mil espectadores. La ciudad capital es comunicada con las poblaciones cercanas a través de rutas pavimentadas y la red caminera provincial se enriquece con los circuitos de Córdoba-Cosquín, por el Pan de Azúcar, Ascochinga-Cruz Chica, San Agustín-Los Reartes, La Caleña-San Roque, entre otros. En este período se construyen alrededor de ciento cincuenta escuelas, diseminadas a lo largo y ancho del extenso territorio y quedan concluidos los estudios para los diques de embalses de Río Segundo, Río Tercero, Río Cuarto, Río de los Sauces, Cruz del Eje, Pichanas, Paso Viejo y Quilino, así como para la ampliación del viejo

Una de las tantas concentraciones de la época previa al comicio de marzo de 1925. En la primera fila, al centro, el candidato a gobernador, doctor Cárcano; a su derecha, el párroco de Minas, presbítero Rosendo Leal —apasionado “lomo negro”, como se denominaba entonces a los simpatizantes del partido Demócrata— y el doctor Pedro J. Frías, futuro ministro.

San Roque. Para ejecutar estas obras se había previsto la contratación de empréstitos sin gravar las rentas provinciales y sin aplicar impuestos de emergencia.

En la ciudad de Córdoba, cuya intendencia ejerce desde 1926 el ingeniero Emilio Olmos, se inicia un período de profundas transformaciones, pavimentándose calles, abriéndose nuevas avenidas —como la 24 de Septiembre, que prolonga la Colón hacia el Este— instalándose servicios sanitarios y alumbrado público y levantándose amplios y modernos mercados en los principales barrios y en el centro.

Colonización agraria

Conoce el gobernador los flancos débiles de la economía provincial: carencia de capitales y de créditos, deficiente electrificación rural, grandes extensiones sin cultivar o deficientemente trabajadas. Con el objeto de estimular la producción rural convierte al banco oficial en un banco mixto, crea impuestos para gravar los fondos ociosos e idea un original sistema para facilitar el fraccionamiento de la tierra mediante el otorgamiento de créditos de fomento. “En un país de trabajo y sin capital acumulado, atraer el capital es la primera necesidad. Los recursos del Estado, unidos a los recursos sociales constituyen la mayor potencia financiera y económica. El banco encerrado en el exclusivismo oficial perjudica su expansión; pero si el banquero es también el público capitalista es lógico que no se niegue en provecho propio el capital disponible”. El dominio de la tierra y el rol del trabajo rural constituyen los temas centrales de su gestión y se plasman en una **idea-fuerza** que adquiere la robustez de un programa firmemente sostenido: el fraccionamiento de las grandes extensiones y el otorgamiento de créditos de fomento. Cuando joven, durante la administración del gobernador Ambrosio Olmos (1885-1886), proyectó la ley de colonización bajo cuyo amparo surgieron importantes centros de

producción agrícola-ganadera, como Luxardo, Colonia Marina, Freyre, Devoto, y se engrandecieron los ya existentes, como San Francisco, Colonia Caroya y Laboulaye. "En los últimos diez años —denunciaba— la provincia ha disminuido la extensión del área cultivada y el monto de la producción agrícola. El fraccionamiento de la tierra será el mejor sistema para atraer población y aumentar el rendimiento del trabajo". La iniciativa, sintéticamente, se basa —según sus propias palabras— en hacer un pequeño propietario del hombre de trabajo sin capital, y de la tierra adquirida mediante créditos a largo plazo, un instrumento de capital y de crédito.

Salario mínimo y seguro social

En el campo de la previsión social se concretan dos iniciativas de gran importancia: el salario mínimo y el seguro social. El salario mínimo, explica en el mensaje que acompaña el proyecto de ley, constituye una justa aspiración social. "debe permitirse —añade— que el obrero se mantenga en las condiciones de vida necesarias para su bienestar y desarrollo intelectual y moral". Cuando las disposiciones protectoras del trabajo subordinado no pasaban de cuatro o cinco, Cárcano define una institución fundamental, adelantándose a conceptos expuestos recién décadas después, al afirmar que "el salario no es una mercancía, y que la justa retribución es un reconocimiento a la dignidad del hombre". Sostiene, también, que constituye el "reconocimiento por parte del Estado al valor intelectual y moral del obrero en la comunidad, y no la mera paga por el producto material de su trabajo".

En abril de 1928 remite a la Legislatura un meditado proyecto creando la Caja Provincial de Seguros Sociales, organismo encargado de acordar

Un gobernador liberal y reformista



El doctor Ramón J. Cárcano, que sucedió en 1925 a Julio A. Roca (h.) al frente de la gobernación de Córdoba.

beneficios a los ancianos y a los inválidos, mediante seguros de carácter obligatorio.

Cañidos por la corta extensión de esta crónica resulta imposible mencionar, siquiera, otros aspectos igualmente importantes de la obra realizada por Cárcano entre 1925 y 1928. A modo de síntesis pueden repetirse las palabras del doctor José Antonio Mercado vertidas al sancionarse la ley provincial 4717, que ordena la erección de un monumento en homenaje al doctor Cárcano: "Fue quien

mantuvo siempre en alto su divisa: la mejor política es la política de las ideas progresistas".

Cárcano interpreta su obra

Pero fue el propio Cárcano quien mejor comprendió y definió el carácter de su obra de gobierno: muchos años después, en enero de 1946, a sólo un mes de la confrontación electoral entre los partidos aliados en la "Unión Democrática" —que excluyeron la participación del partido Demócrata— y aquellos que proclamaron la candidatura del coronel Perón, Cárcano remite una carta al doctor José Aguirre Cámara, su amigo y correligionario, en la que puntualiza: "El partido Demócrata de Córdoba, que tuve el honor de fundar, ha tenido siempre su programa y personalidad propios, hoy desdeñados sin razón ni autoridad. Es notable el hecho, que aparece bien documentado, que el partido Demócrata de Córdoba (anterior al partido Demócrata Progresista) desde el primer día de su fundación, se inclina resueltamente hacia la izquierda. Inicia el estudio de los más importantes problemas de seguridad social, señalándolos claramente —lo que hasta entonces nadie había insinuado siquiera en el país— y realiza a su respecto una obra considerable. Establece la valuación de la tierra libre de mejoras que entonces sólo existía en Australia y Uruguay; sanciona la ley de jubilaciones, multiplica en la provincia la asistencia médica y los institutos antilúéticos, suprime varios impuestos al consumo; reorganiza la Oficina del Trabajo; interviene en el comercio de la fruta y el pan, para abaratarlos; se fundan escuelas de cocina, de tejidos, de mecánicos y de oficios rurales; se proyecta la socialización del Banco de la Provincia, etcétera... En mi segunda gobernación el sentido izquierdista avanza y se aplica

Un gobernador liberal y reformista

decididamente. Usted ya es actor, y conoce bien los secretos. Sin mayoría legislativa, insisto en el proyecto de socialización del Banco, mejoro la valuación por zonas y, lo que es extraordinario, se remite un proyecto muy bien estudiado de seguro social, para todas las clases del Estado...". Y sigue enumerando los proyectos y las obras realizadas en el campo social, para concluir preguntando al corresponsal y preguntándose a sí mismo: "¿Cómo es posible que un partido honorable, de manos limpias y de ideas avanzadas sea repudiado por los demás partidos para desarrollar una acción común? ¿Acaso en el partido Demócrata de Córdoba han habido procesos por comisiones clandestinas, perseguidos judiciales, encarcelados y suicidas?"¹.

Para esa época habíase alejado de la militancia activa, y trabajaba —infatigablemente— en la redacción de sus memorias y en el estudio de los problemas de la previsión social. Los achaques propios de la vejez —que habían comenzado a manifestarse en 1944— no le impedían escribir, opinar, recibir amigos. La rendición del Tercer Reich, el triunfo de los Aliados y la conclusión de la guerra le trajeron una gran alegría: siempre había pensado que esa tremenda contienda, entre otras cosas, había expresado la irreductible lucha entre el irracionalismo y el humanismo y que la derrota nazi constituía el prólogo de un futuro mejor.

En octubre de 1945, en la noche del día 17, preguntó a sus acompañantes el origen del rumor que se alzaba desde la calle; se le informó que miles de personas reclamaban la libertad de Perón, detenido días antes por sus propios camaradas de armas. Reflexionó hondamente sobre esos hechos, y cuando a los pocos meses la mayoría eligió a ese militar como presidente de la Nación, escribió: "El abismo en el cual

puede derrumbarse este movimiento es la exageración de su lucha contra el **capital**, sin diferenciarlo del **capitalismo monopolista**. No hay más que dos esperanzas: que al nuevo Presidente lo domine sólo la ambición de grandeza para el país y no los méritos partidarios, y que mantenga desde el primer día la disciplina de sus hombres...". Y concluye amarga y certeramente: "Nada, nada bueno nos espera...".

Descansa en Córdoba

Fue el 2 de junio de 1946 el último día de su vida. Ante la inminencia del desenlace se le propone la visita de un sacerdote, pero su formación espiritual le impide hacer concesiones de ese género. Expira a las 16.30 y los familiares dispusieron el traslado de sus restos a la Córdoba natal. "Yo siempre viví en Córdoba", gustaba repetir. Ahora descansaría en la tierra amada, junto a sus padres y a su esposa, en cuya lápida había inscripto: "Alguien hallará dulce la muerte porque ella ha muerto".

El 4 de junio llega el féretro a la estancia que fundó el siglo pasado a orillas del Río Tercero. Su partido le despide con una sobria declaración: "Cárcano era un hijo preclaro de Córdoba; el Partido lo contó entre sus fundadores y líderes eminentes, lo condujo a victorias memorables pero dio, sobre todo en su nombre a la provincia, gobiernos ejemplares". Uno de sus discípulos lo despide emocionada y elocuentemente: "Concebía a la República sin analfabetos y a la democracia sin demagogia. Puedo ser un gran jefe nacional;

lo fue, ciertamente, en Córdoba, y de una gran fuerza moderadora, liberal y reformista, apta para recoger las grandes enseñanzas de la Historia y servir de firme sostén al andamiaje institucional del país".

Historiador "romántico", según la caracterización que de él hizo Enrique Martínez Paz cuando ocupó su sitial en la Academia Nacional de la Historia, gobernante ejemplar, para sus correligionarios; hijo ilustre de Córdoba para sus adversarios; diplomático sagaz y creador del sistema previsional, para sus biógrafos. Fue todo eso, sin duda. Pero también fue —y sigue siendo— el arquetipo del federalismo democrático y del liberalismo reformista. Advirtió los anhelos redentores que brotaban en el alma del pueblo y no temió formular y apoyar proyectos para establecer formas superiores de convivencia cívica poniendo el acento en la solución de los problemas sociales.

El mismo día —y a la misma hora— que sus restos eran sepultados en la llanura cordobesa, en la cosmopolita Buenos Aires juraba Juan D. Perón como presidente de la República.

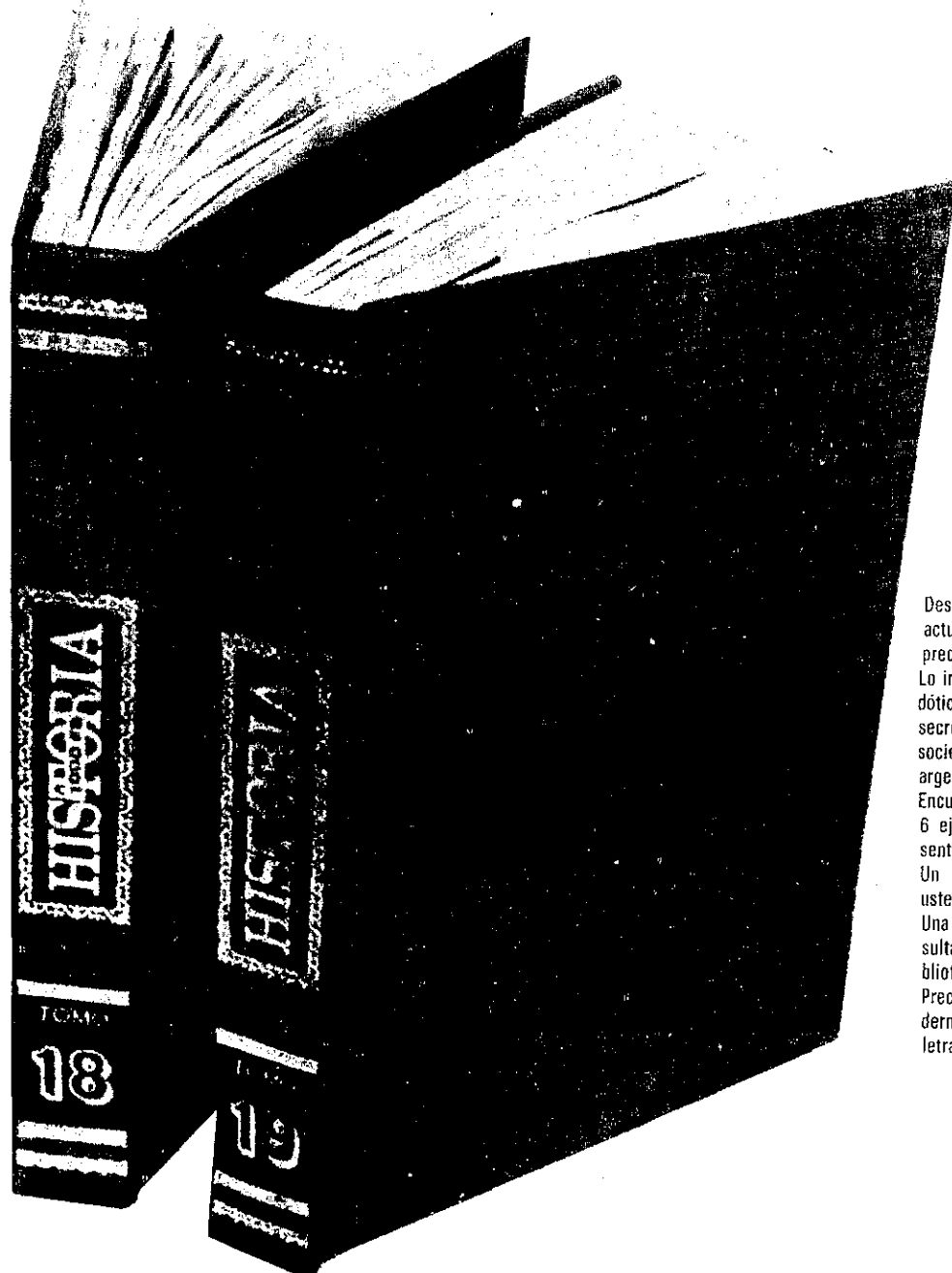
Hay quienes afirman —Jorge Luis Borges entre ellos— que la Historia es la mera sucesión azarosa de hechos. Es probable que así sea. Pero al término de este relato me pregunto si, en este caso, no encierra el azar, detrás del símbolo cronológico, un significado mucho más profundo. Y creo que es así. Creo que no es casual que simultáneamente se inhumen los restos de Cárcano y comience el ascenso de Perón. Con Cárcano se despedía un estilo político y se clausuraba un ciclo histórico; con Perón, se impone otro estilo y se inaugura un nuevo ciclo: el de la democracia **populista**, liderada por el conductor **provincial**. ■

(1) El original de esta carta, en poder de doña Susana Vinaschi, sobrina del doctor José Aguirre Cámara.

Los enfrentamientos, las crisis, las polémicas,

EL PASADO HISTORICO ARGENTINO DESDE UN PUNTO DE VISTA DISTINTO Y AUDAZ.

HISTORIA TODO ES



Desde la colonia, hasta la actualidad. Sin prejuicios ni preconceptos.

Lo insólito, lo veraz, lo anecdótico, las costumbres, los secretos, las luchas de una sociedad que cimentó nuestra argentinidad.

Encuadernado en tomos de 6 ejemplares, en vistosa presentación con letras doradas. Un regalo imaginativo que usted puede ofrecer.

Una inagotable fuente de consulta que enriquecerá su biblioteca.

Precio de cada tomo, encuadernado en pasta, color azul, letras doradas.

Editorial TODO ES HISTORIA, Viamonte 1479 11° C - Buenos Aires - Tel.: 40-7545

Alvaro Yunque

Algo más sobre el Grupo de Boedo y otros recuerdos del tiempo viejo

El 20 de junio próximo va a cumplir 88 años. Es escritor: poeta, narrador, cuentista, ensayista; escribió también para los niños, en todos los géneros. Tiene 53 libros publicados y 140 inéditos. Militante social y político, cultivó apasionadamente la literatura de protesta. **TODO ES HISTORIA** entrevistó a Alvaro Yunque en su departamento de la calle Coronel Díaz, para que nos hablara de su participación en el Grupo de Boedo. Conversamos largamente con él y su esposa. El living está empapelado de cuadros que le regalaron los mejores pintores argentinos. Sentado en su sillón, es un anciano venerable. Conserva su quijotesca figura, alta y esbelta, coronada por una gran frente despejada y dos arcos de cabellos canosos que le flanquean la cabeza. Habla serena y lúcidamente. Recuerda con precisión. Su esposa, de vez en cuando, complementa su memoria. Nos contó sobre el Grupo de Boedo, pero nos contó también un montón de otras cosas que no tienen desperdicio. He aquí algunos recuerdos de un testigo privilegiado de casi nueve décadas de vida argentina.

Mucho se ha escrito sobre el grupo literario de Boedo y su famoso enfrentamiento polémico con el grupo de Florida. Pero lo que se ha afirmado no fue siempre del todo exacto.

Fuí uno de los integrantes iniciales de lo que luego sería el grupo de Boedo, con Leónidas Barletta, Elías Castelnuovo y Roberto Mariano, reunidos alrededor del editor Antonio Zamora.

Tenía 33 años cuando un día apareció en mi casa un joven alto, vestido de negro, con melena, chambergero y una flor en el ojal: un típico "artista" o "bohemio" de aquella época. Era Zamora, un español, "socialista tibio", que había fundado la revista "Los Pensadores".

Me invitó a colaborar con él. Comenzaba por entonces la década del 20. Fui a visitarlo a la redacción, en la calle Rivadavia, cerca del Congreso. La redacción era un cuarto, con un escritorio y cuatro sillas.

Allí comenzamos a trabajar con los colegas y amigos antes mencionados. Escribíamos anónimamente, para "Los Pensadores", articulillos, comentarios, notas políticas, crítica literaria y de arte. Publicábamos algunas poesías. La editorial fue progresando y se mudó sucesivamente a la calle Entre Ríos, después a Independencia y de allí a Boedo. "Los Pensadores", que se vendía a 20 centavos, se transformó en la revista **Claridad** y Zamora fundó la editorial del mismo nombre.

Ya en Boedo, se incorporaron al grupo una serie de muchachos jóvenes que compartían nuestro ideal: Gustavo Ricci, un poeta que murió prematuramente; Abel Rodríguez, cuentista; Roberto Arlt; Aristóbulo Echeagaray; Ernesto Castro, el autor de "Los Isleros"; Juan Guijarro, mi hermano; Pedro Godoy; Margarita del Campo; Juan Prieto; Juan Marengo; César Tiempo; Luis Emilio Soto; Salas Subirat, gran traductor de Joyce; José Sebastián Tallón; Antonio Gil, Delgado Fito, entre

otros... No quisiera olvidarme de ninguno.

Al principio nos acompañaron también Nicolás Olivari y Lorenzo Starchini. Pero tuvieron que irse, porque habían aceptado trabajar en la elaboración de una biografía de Manuel Gálvez, a quien nosotros considerábamos un "reaccionario". Barletta y Castelnuovo, que en esa época eran los más "energúmenos", los atacaron duramente y terminaron echándolos. Olivari y Starchini se pasaron a Florida.

A lo largo de los años 20 se mantuvo nuestra polémica con "los de Florida". Como se sabe, el conflicto radicaba en que nosotros hacíamos literatura de protesta inicial y ellos reivindicaban el "arte por el arte", el "arte puro". Los dardos literarios iban y venían desde nuestra revista **Claridad** a la revista **Martín Fierro**, que editaban ellos, y viceversa.

Pero ni ellos ni nosotros habíamos inventado la pólvora. Arte por el arte era lo que hacían Mallarmé y Verlaine. Arte social es **La Eneida**, de Virgilio: la exaltación del imperialismo romano. Más cerca nuestro, Tolstol y Anatole France. Y en la literatura argentina, Echeverría en **El Matadero**, José Hernández en **Martín Fierro**, Cambaceres, Payró...

Entre "los de Florida" también hubo quienes hacían obras de profundo contenido social. Enrique y Raúl González Tuñón nunca fueron de Boedo, pertenecían a Florida, pero su literatura era social. Lo que pasaba es que se sentían más cerca de la bohemia desordenada de ellos y tenían además la protección literaria de Ricardo Güiraldes y Oliverio Girondo.

Mientras tanto, Antonio Zamora y su Editorial **Claridad** peleaban. Era un hombre vivísimo: gran editor, gran empresario, gran comerciante. De artista no tenía más que el traje y de socialista apenas más que el nombre. Publicaba de todo y cualquier cosa, expandió la editorial por toda América, vendía y ganaba a



Alvaro Yunque, mirando su retrato, que le hiciera recientemente el pintor Carlos Alonso.

raudales. Casi nunca pagaba derechos de autor. A mí me publicó mi primer libro —*Versos de la calle*— en 1924, y seis libros más sin pagarme un centavo. A partir del octavo libro me empezó a pagar: 120 ó 150 pesos. Después del motín militar de Uriburu de 1930, Zamora fue desterrado.

Elías Castelnuovo dice que el grupo de Boedo, en su gran mayoría, era de extracción proletaria. No es exacto. Yo desciendo de burgueses y millonarios. Casi todos los demás provenían de la pequeña burguesía. Recuerdo sólo tres excepciones: Pedro Godoy, que era panadero; Delgado Fito, poeta y mayoral de tranvía, y el propio Castelnuovo, que de tipógrafo se transformó en periodista. Entre nosotros había socialistas, anarquistas y liberales. Pero todos éramos intelectuales de clase media. La razón es simple: la Argentina de entonces no estaba preparada para que el obrero —salvo excepciones— pudiera ser intelectual.

Contemporáneamente a **Claridad** —el grupo de Boedo—, había otros dos grupos de arte social. Uno se llamaba "**Artistas del Pueblo**", formado mayoritariamente por artistas plásticos: Facio Heequer, Riganelli, Bellocq, los hermanos Palazzo, quizás Quinquela Martín, entre otros. El segundo era "**La Campana de Palo**", que publicaba la revista homónima: entre sus integrantes recuerdo al crítico "Atalaya", al pintor Carlos Giambiaggi, a los escultores Sibellino y Falcini.

Poco a poco el grupo de Boedo se fue dispersando como tal. Nos apartamos paulatinamente de **Claridad** y comenzamos a colaborar y publicar en otras editoriales. Durante muchos años mantuvimos sin embargo la amistad humana en las reuniones del café "**El Japonés**", de la calle Boedo.

Más curiosa y contradictoria fue la disolución del grupo de Florida. En vísperas de la segunda presidencia de Yrigoyen, varios de los partidarios

del "arte por el arte", formaron un Comité de Intelectuales en apoyo al candidato radical. Recuerdo entre sus integrantes a los hermanos González Tuñón, a Olivari, a Borges... Evar Méndez, el editor de la revista **Martín Fierro**, no estuvo de acuerdo, y dejó de publicarla. Paradojalmente, el grupo del "arte puro" fue víctima de una opción política.

La polémica entre Boedo y Florida era ideológica y literaria. Nuestra crítica hacía trizas sus libros y la suya los nuestros. Pero personalmente nos respetábamos y, en el fondo, también como escritores. Yo fui siempre, por ejemplo, un gran admirador de Francisco Luis Bernárdex como poeta. Y él escribió una página muy elogiosa sobre mi obra. Más tarde nos mezclábamos en una peña que teníamos en "**El Globo**", de Santiago del Estero e Hipólito Yrigoyen. Alguna vez se armó allí alguna trifulca que terminó a las trompadas, pero, en general, conversábamos o discutíamos amigablemente.

La casa de todos

Yo nací en La Plata, en 1889, en una vieja casaca con tres patios. Nos mudamos a Buenos Aires en 1896, un año memorable por tres razones: Rubén Darío publicó sus **Prosas profanas**, Juan B. Justo fundó el Partido Socialista y Lugones llegó de Córdoba a Buenos Aires.

Era el mayor de siete hermanos: seis varones y una mujer. Mi padre fue arquitecto: Aristides Gandolfi, descendiente de italianos de Bolonia y Milán. Mi abuelo paterno, partidario de Mazzini, había llegado a la Argentina desterrado por cuestiones políticas y con mucho dinero. Mi madre, Angelina Herrero Palacios, era nieta de un coronel rosista y bisnieta de un cabildante que en la Revolución de Mayo estuvo con el virrey, contra la independencia. Mi verdadero nombre es Aristides Gandolfi Herrero.

Vivíamos en la calle Estados Unidos 1824, esquina Entre Ríos. Hice la escuela secundaria en el Colegio Nacional Oeste, de Belgrano y Rincón, y después ingresé a la Facultad de Arquitectura. Cuando entraba a la universidad, murió mi padre, muy joven. Yo tenía 17 años. Continué la carrera hasta quinto año, sin ninguna vocación ni aptitud. Me pasaba las noches leyendo poesía, novela, filosofía y por la mañana iba a la facultad dormido. Por fin abandoné, faltándome poco para terminar. No sé cuál habría sido mi destino si no hubiera muerto mi padre.

Mi madre quedó al frente del hogar, con siete hijos. Mi padre había dejado una fortuna, pero no duró mucho.

Creo que mi casa debe haber sido una de las más originales de ese tiempo. Algo así como la película "Vive como quieras". César Tiempo, que la visitaba, se ocupó alguna vez de ella en una conferencia. Yo me iniciaba en las primeras armas de intelectual y escritor; mi hermano Augusto, también; Angel era actor; Alcides, se dedicaba al boxeo y llegó a ser campeón de peso liviano. Alejandro ("Pipón"), era un cínico empresario de proyectos fracasados. El más "normal" y "formal" era Adán, empleado bancario. Ada, nuestra única hermana mujer, murió de tifus a los 21 años. Seguramente hubiera sido también artista.

Cuando alcanzamos cierta actuación pública en nuestros menesteres, comenzaron a producirse grandes confusiones con el apellido y las identidades. Entonces apelamos a los seudónimos. Yo me llamé Alvaro Yunque, y ese iba a ser mi definitivo nombre literario. Augusto fue Juan Gujarro. Angel eligió el seudónimo de Angel Walk, se casó con Olga Casares Pearson y la pareja llegó a ser famosa como actores teatrales y de radioteatro.

En mi hogar la puerta de calle estaba siempre abierta para todos. Y la mesa siempre preparada para 20 ó 30. Yo invitaba

a mis colegas intelectuales y escritores, Juan Gujarro también. Angel Walk llevaba actores y actrices. Cuando empezaron a ir los boxeadores amigos de Alcides, unos rascos de pura cepa, las tertulias o las comidas ya eran casi tumultos. Si Adán aparecía con algún amigo pituco, le decíamos que era descendiente de condes y negábamos nuestro parentesco.

Las discusiones eran interminables: literatura, política, filosofía, religión, artes plásticas. Con Alcides y sus amigos nos agarrábamos por el boxeo. A mí me pareció siempre una inmoralidad, sobre todo porque bestializa al público. El, que era un estilista, decía que se trataba de un arte.

Además de los colegas y amigos, estaban los protegidos: tipos que andaban en la mala y hacíamos dormir o comer en casa. Cuando murió mamá, teníamos cinco. A uno lo había encontrado: estaba tirado y enfermo. Lo llevé al Hospital Ramos Mejía y le diagnosticaron desnutrición. Desde entonces lo apodamos "El desnutrido". Vivió una temporada en casa y comió mucho tiempo más. El día de mi casamiento llamaron por teléfono a mi esposa, del Consulado de España, para preguntarle si conocía a fulano de tal. Era "el desnutrido". Tenía un lío porque le habían secuestrado un hijo a una de sus dos mujeres: "El desnutrido" era bigamo. Otro protegido mío fue Dante Linera, después director del "Alma que Canta" y poeta lunfardo, a quien le enseñé a versificar. Dante paseaba en taxi por Buenos Aires y terminaba el recorrido en casa para que yo se lo pagara. Hasta que un día, en ausencia mía, uno de mis hermanos "formales" se negó a pagarle el taxi y no volvió más. A varios protegidos los heredé después de mi matrimonio. Un día que regresábamos con mi mujer de La Plata, a las 10 de la noche, nos estaba esperando en el umbral un tal Rodríguez, para comer con nosotros. En casa lo

habían apodado "El cenador", porque era infaltable a la hora de la cena.

Por suerte la conocí a Alba, mi mujer, la gran compañera y ordenadora de mi vida. Somos primos hermanos: ella se llama Albina Gandolfi. La traté enseñándole matemáticas para la escuela secundaria. Era inteligente y linda, y me enamoré. El padre fue dirigente radical, de la época del "90". Actuaba en "la doce de fierro". El noviazgo fue largo: fueron ocho largos años de amor platónico, como se estilaba entonces. Alba es profesora de dibujo. Trabajó duro muchos años y ahora está jubilada como docente. Cuando estudiaba y nuestro noviazgo se alargaba, un día le mostré unos versos míos a una compañera. ¿Cuándo se casan? le preguntó la amiga. "Pero si es un poeta", le contestó Alba. Así eran las cosas en aquella época. Me casé a los cuarenta años. Tenemos dos hijos: Adalberto —por mi hermana Ada—, que es médico, y Alba Raquel, que es asistente social. También tenemos nietos.

De religión, literatura y política

Mis abuelos y mi madre eran muy católicos. Mi padre era un burgués sin creencias que, al estilo de los liberales de aquel tiempo, "dejaba hacer". En casa había un altar con un Cristo en el centro, un San Roque y una Virgen con el Niño. Mientras vivieron mis abuelos. Mis hermanos y yo fuimos bautizados e hicimos la primera comunión.

A los doce años comencé a plantearme dudas religiosas y a perder la fe. Un domingo me negué a acompañar a mi madre a misa, como lo hacía habitualmente. "Ya no creo más", le dije. Mamá se lo contó a mi padre. Papá se acercó severo y me dijo: "Vístase y acompañe a su madre".

En la adolescencia leía a escondidas "Los hijos del Pueblo", de Eugenio Sué, y la "Vida de Cris-

to", de Renán. Después, la formación filosófica y literaria me confirmaron en el agnosticismo. Me hice socialista. Pero yo distingo entre el marxismo económico y el marxismo filosófico. No comparto la totalidad de este último, porque no soy materialista. No tengo creencias religiosas, pero sí espíritu religioso. Me considero un místico, de un misticismo de "otra clase". Creo en el futuro de la humanidad. Cristo fue un héroe que murió por sus ideas: hombre y no Dios. La Biblia es un gran libro literario que tengo en mi biblioteca.

El San Roque y la Virgen que había en casa se los regaló Alba al Colegio San José, y el Cristo se lo regalé yo al padre Edmundo Vanini, cuando era párroco de Florida. Vanini había sido amigo mío antes de entrar al seminario. Después me enteré que también escribía y tenía algunas cosas en lunfardo. A mí me beridijo especialmente el cardenal Pacelli, cuando estuvo en Buenos Aires para el Congreso Eucarístico, en 1934. Iba en un automóvil abierto junto al presidente Justo. Los hombres se sacaban el sombrero a su paso. Yo no me descubrí. Pacelli advirtió mi actitud y, sonriendo y mirándome, trazó sobre mi sombrero la señal de la cruz.

En mi formación literaria y filosófica influyeron Maupassant, Anatole France y Baudelaire, entre los franceses; Tolstói, Chejov y Gorki, entre los rusos. De los rioplatenses, admiro a Echeverría, Carriego, el gran Florencio Sánchez, Payró, Almafuerite, Fray Mocho... Pero mi admiración fundamental fue Rafael Barret, un escritor español poco conocido que vivía en el Paraguay y murió en Buenos Aires, en 1910. Desde el Paraguay escribía para el diario "El Día", de Montevideo. Sus notas llamaron tanto la atención, que Rodó y Frugoni se acercaron a la redacción del diario para saber quién era. Yo escribí un ensayo sobre él: "Barret, el apóstol de los yerbales". Mi hermano Juan Gujarro también se ocupó de esta

gran personaje; Barret era anarquista. Un escritor de estilo estupendo, injustamente olvidado.

A Carriego lo conocí en el café de "Los Inmortales", pero nunca hablé con él. Yo tendría por entonces 18 años. Ibamos con mi amigo Ernesto Morales y nos sentábamos en un rinconcito, para mirar y oír a quienes nos atrevíamos a hablar. Allí estaban también Payró, Ghirardo, Garchunoff, Sánchez Gardel, Martínez Cultiño. Carriego era delgado, de tipo criollo y ojos brillantes, gran admirador de su comprovinciano Pancho Ramírez. Tenía elocuencia y fluidez. Hablaba mucho de Alejandro Dumas. Hace poco tiempo me nombraron socio honorario de la "Casa de Carriego" y recordé estas cosas.

Otro hombre y escritor admirable fue Fray Mocho, enterriano como Carriego. En su literatura los dos pulsaron a Buenos Aires, pero eran distintos. Carriego sólo ve taitas de puñal en la cintura; Fray Mocho ve vivancos, personajes similares a los que también pinta su amigo Payró. La gente del suburbio de Fray Mocho es la que se acerca al centro, a la ciudad. No es el malevo de los poemas de Carriego o de los dramas gauchistas. Los compadres de Fray Mocho ya han reflexionado y se adaptan a las exigencias de su hora. Para quien reflexiona, el mundo es una comedia y es un drama para quien sólo siente, para quien se deja llevar por sus impulsos. Los compadres de Fray Mocho son arribistas, trepadores, se hacen "amigos del juez"... están siempre dispuestos a soslayar la pobreza y adherirse a los tongos electorales de aquella celestial, o celestina, hora del voto cantado.

Este paralelo entre los dos escritores populares de Buenos Aires, lo expliqué hace años, en una conferencia que di en el Círculo de la Prensa, sobre Fray Mocho como precursor del lunfardo.

La gran obra que nos dejó Fray Mocho, además

de sus libros fue "**Caras y Caretas**". Allí se convirtió en un escritor popular, y desde el año de la fundación, 1898, publicó semana tras semana sus bocetos, perfiles, brochazos, estampas —no sé cómo llamarlos— que en edición póstuma se reunirían después con el título de "**Cuentos**". El público se veía y oía en esas páginas. "**Caras y Caretas**" y especialmente las estampas de Fray Mocho, eran alimento semanal imprescindible para la gente de Buenos Aires. La revista reúne firmas de los mejores literatos y dibujantes de su hora. En ella está el alma de Fray Mocho. Es popular y a la vez culta, una alianza difícil de lograr. Su colección es un documento histórico sobre el país y una verdadera obra de arte popular.

Yo también incursioné en la poesía lunfarda, en mis "**Versos Rantes**", publicados en 1965. Allí compuse un "**Retruque a un poeta de Florida**". Decía así: ¿Pa vos es una blasfemia / que yo afile versos rantes? / Seguí vos con tu Academia, / Yo me junto con Cervantes / ¿Vos le negás tu conversada / a la chusma del suburbio; / vos sos un' agua filtrada / y ellos son arroyo turbio? / No esperaré que apadrines nuestro canyengue, es bastardo; / vos seguí con tus latines, / yo me quedo en mi lunfardo. / Veremos al fin de cuentas / quién de los dos era el turro, / si vos con tus ornamentas / o si yo con mi chapurro. / Ya alumbraremos la vida / si nos da un fósforo el genio, / vos poeta de Florida, / yo del arrabal porteño.

Buenos Aires, 1900

¿Cómo eran Buenos Aires y su literatura a fines del siglo, cuando yo tenía once o doce años? Alguna vez me ocupé en describirlo. Por lo pronto, ya mucho más que "La Gran Aldea" de Lucio López y que la Buenos Aires de Eugenio Cambaceres o Julián Martel. Va corriendo la segunda pre-

sidencia de Rocca. Ya han muerto Del Valle y Alem. Otros políticos están en escena: Hipólito Yrigoyen, Lisandro de la Torre, y el socialismo con Juan B. Justo, con Alfredo Palacios, a los que ya no se llama caudillos sino líderes.

Hay huelgas de obreros: italianos y españoles, anarquistas; franceses y germanos, socialistas. Los primeros de mayo ya las banderas rojas, nubes de tormenta, se mueven sobre una multitud disconforme y cosmopolita. Conato de guerra en Chile. Los "guardias nacionales" se adiestran. El país se arma. Todo, afortunadamente, se disuelve en discursos pacíficos. El pueblo se apasiona con la guerra por la independencia de Cuba y con la guerra de Abisinia.

Llega la electricidad, los faroles a querosene son sustituidos; los "trams" como se decía entonces por los jai'afes, en inglés, y acriollando la palabra, "tranguais", comienzan a correr "vertiginosos", según decían. Las bicicletas, el primer automóvil, los primeros fonógrafos, el primer cinematógrafo... En el teatro, los Podestá, olvidando un poco a Juan Moreyra y otros guapos, acogen las piezas de Coronado, Trejo, Velloso, Granada, Soria, el gran Florencio Sánchez... Pepino el 88, le deja el campo libre y le abre cancha al payaso yoni, Franck Brown... ¿Deportes?: las carreras y la pelota vasca. El fútbol, con "Alumni" de campeón, es asunto de minorías; el boxeo se comenta en algún diario, entre las noticias policíacas... Los artistas plásticos hacen la primera exposición en los salones del Banco Italiano. Tomándola en farra, a su alrededor se colocan carteles que dicen: "Cuidado con la pintura. Lo eterno: los ignorantes de siempre en tren de xoda para lo que desconocen... Música: el vals "**Sobre las Olas**" y algunas piezas de Dalmiro Costa y de Ramenti; la milonga y el tango en las afueras, extramuros, co-

mo se dice a los arrabales con una palabra del medioevo cuando la ciudad era un recinto amurallado, ... Literatura: en el "**Ateneo**" con el crítico Rafael Obligado y el hispanizante Calixto Oyuela. En el "**Auzs Keller**", en el "**Royal Keller**", en lo de "**Luzio**", bares donde corre la rubia cerveza de los maestros cantores, se agrupan los modernistas, afrancesados, con Rubén Darío de paladín y el "**Mercurio de América**" por revista. Otras publicaciones: "**El Qu'jote**", "**El Gladiador**", "**Iris**" y "**La Montaña**", donde dos jóvenes nihilistas, fogosos, furibundos, que se llaman José Ingenieros y Leopoldo Lugones, no dan un títtere con cabeza. Hay más nombres, Miguel Caré, considerado el pontífice, el "maestro ciruela" en la literatura de Buenos Aires, que al publicar "**Procesos ligeros**" es comentado por el chincho Paul Groussac, director de la Biblioteca Nacional. Yo me pregunté cuándo Cané ha hecho algo más que prosa ligera. También escriben Mansilla, Wilde, González Zeballos, Bartolito Mitre y dos empacados a quienes se supne locos: el poeta Almafuerte, un colifato detonador que vive en un rancho, por Tolosa, y el médico Francisco Sicardi, un colibriyo que se despacha con un "**Libro extraño**", novela de cinco tomos. ¿Quién la leyó entonces? Sin embargo está agotada.

Yo era entonces un pibe. Después vi andar el país, con sus cosas buenas y sus cosas malas, hasta hoy. Durante mucho tiempo fui un desterrado en mi propia Argentina. La gran prensa me ignoró casi siempre. Sólo últimamente, algunos se están acordando de mí y valorando mi obra. También fui un desterrado físico, durante tres meses, en Montevideo, en la época del peronismo. Creo que el destierro es una de las experiencias más dramáticas y dolorosas que puede sufrir un hombre. Tenía razón Echeverría cuando dijo que no hay nada peor que estar desterrado. ■

Concluido el poder de Juan Manuel de Rosas en la batalla de caseros, la atención histórica de nuestro país se centra alrededor de la figura del general Urquiza. Los principales acontecimientos de esa época se relacionan con el militar entrerriano y los personajes que forman parte de su círculo adquieren relieve e importancia. Por eso se torna sumamente interesante la correspondencia dirigida al jefe de la Confederación. Gran parte de esa correspondencia, donada por sus descendientes, se conserva depositada en el Archivo General de la Nación. Consta de más de trescientos legajos y ella abarca sesenta años de historia patria. Cartas, mensajes, partes de campaña, sumarios, recomendaciones y pedidos, cuyo único ordenamiento obedece a sus fechas, reflejan el vasto y complejo panorama de ese período denominado **Organización Nacional**. En los legajos, entre las firmas de los más importantes políticos y jefes militares, figuran las de olvidados comandantes de campaña y las de otros personajes poco recordados en la actualidad.

En este cúmulo de documentos, resultan particularmente interesantes las cartas de un enviado de Urquiza, Joaquín Fillol, que viaja al norte para organizar el correo y las postas. Fillol era un emprendedor catalán llegado a la



Argentina en tiempos de Rosas, que estableció con un paisano suyo (Juan Rusiñol) el primer servicio regular de transporte de pasajeros llamado "Mensajerías Nacionales". Excepto la mesopotamia, sus diligencias y galeras recorrieron el país a lo largo y a lo ancho, venciendo las dificultades y salvando los obs-

táculos de la naturaleza. En sus cartas Fillol describe sin eufemismos y con crudeza, el extremado atraso en que se hallan los pueblos del interior y se refiere al estado político, religioso, cultural y social de las provincias. El mayor mérito de esas misivas proviene de la evidente imparcialidad de su autor. No debe irritarnos



el cuadro desolador de nuestro país que traza este extranjero, pues cuando subraya los aspectos más negativos de aquellas lejanas regiones lo hace con entrañable afecto, movido por generosos ideales de progreso y con la intención de que se promueva su bienestar y adelanto.

El noroeste argentino en tiempos de la Confederación

por Juan M. Méndez Avellaneda



Fillol, cónsul español en Rosario, se dirige a fines de 1855 a la ciudad de Córdoba. Enviado por Urquiza con la misión de reflejar en un cuadro estadístico la situación de las provincias y con el propósito de organizar el correo y las postas, recorre Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Jujuy, Catamarca y La Rioja, regresando por San Luis y Río Cuarto. Desde las ciudades que visitó le escribe al general Urquiza relatándole sus impresiones y consignando datos estadísticos que, en algunos casos, desgraciadamente, no se conservan en los legajos junto a la correspondencia.

Martin de Moussy, en su conocida obra **Description de la Confederation Argentine**, refiere que hacia el año 1854 empezaron a establecerse en nuestro país servicios de diligencias que paulatinamente fueron sustituyendo al antiguo sistema de galeras. El gobierno federal fue quien contribuyó a ello del modo más eficaz "dando un subsidio anual —dice Moussy— que en sus comienzos se elevaba a 24.000 pesos, a la sociedad Rusiñol y Fillol, fundadora de la Empresa Nacional de Mensajerías. En 1855

**Una posta
en 1870, litografía
de León Pallière:
"han mejorado
su funcionamiento".**

'Monsieur' Fillol, nombrado inspector general de postas y correos, fue el encargado de estudiar los caminos y comunicaciones generales. Este funcionario, luego de pasar casi un año en esa exploración, hizo un informe eminentemente práctico y sus indicaciones han comenzado a seguirse, obteniéndose un mejoramiento en algunas rutas".

En aquel tiempo nuestro territorio era surcado por dos rutas: una que a través de la cordillera se dirigía a Chile por Cuyo y la otra que se dirigía al norte hasta llegar a Bolivia. Fillol, que siguió la segunda, ya en su primera carta relata que "los caminos eran tan defectuosos como deben serlo

debido a la naturaleza sin que la mano del hombre haya practicado nada en los mismos, sufren las alternativas que deben producirles las lluvias, avenidas de los ríos y tránsito de las carretas (...) los pasos de los ríos reclaman puentes pero el espíritu de asociación está desconocido; no obstante confío que si con mi socio (Rusiñol) podemos construir el del Carcarañá será un aliciente para que sigan haciéndose los demás". Refiriéndose a las postas construidas en el tramo que se extendía hasta Córdoba, en la época del virrey Sobremonte, y regularmente servidas de caballos, expresa Fillol que "han mejorado su funcionamiento y aumentado el número de viajeros, quienes confían en que ahora no serán incomodados por los indios".

Otro viajero escribió un animado relato, en el cual compara el andar de la diligencia con la marcha de un tren expreso. Al describir el vehículo refiere que "su apariencia tenía mucho de pintoresco salvajismo. Va tirada —añade— por seis caballos que galopan siempre, cada uno montado por un postillón, que está vestido al uso fantástico del gaucho.

Todo es Historia 117

**El noroeste
Argentino**



No hay ninguna complicación en el arnés de estos animales, pues están sujetos al vehículo por largas sogas de cuero (cuartas) aseguradas al cinturón de suela que va alrededor de la barriga del animal y forma la cincha" ¹.

Las cinco plagas

Fillo! llega a la ciudad de Córdoba tres días después de Navidad y desde allí envía su primera carta a Urquiza. Afirma, con evidente pesar, que Córdoba no ha progresado en los dos años transcurridos desde su último viaje, y "no es de extrañar —agrega— pues tiene cinco plagas que le atajan el curso y el rumbo que debía tomar después de publicada y mandada observar una ley tan sabia y liberal como lo es la Constitución Argentina". Detalla luego cuáles son las plagas: "La abundancia o sobrante de curas y sacristanes arreglado el número de habitantes, un enjambre de doctores, escribanos y picapleitos, un número indefinido de mujeres libertinas que hacen de este pueblo otra Marsella y, lo que es más sensible, una pandilla de jugadores de oficio que impunemente saquean y esta-

La estilizada figura de la diligencia fue reconstruida por muchos dibujantes y pintores: aquí la versión de Essex Vidal.

fan a cuanto infeliz cae en sus manos, son el dique que se opone al desarrollo de la industria, comercio, agricultura y hace de la libertad el libertinaje más completo. Es un dolor oír los clamores de los hombres honrados que al igual mío conocen el estado del país que como Vuestra Excelencia no ignora es digno y susceptible de mejor suerte". Añade Fillo!: "He hablado a Vuestra Excelencia tal como yo juzgo y con el deseo que como jefe y guardián de la Confederación tenga noticia de los males que aquejan y afligen a esta sociedad, dejando todavía a un lado la falta de principios políticos que no pueden ser ningunos desde que los partidos son tan numerosos que no se puede tomar atadero a la opinión que prevalece".

Refiere luego que ha visitado al gobernador de la provincia, Roque Ferreyra, y a su ministro Fenelón Zuviría. Afirma que "el gobierno no es muy popular lo que no es de extrañar pues de lo dicho se infiere que en un pueblo donde los vicios son tantos no hay más que un gobierno posible y éste se halla en oposición directa de la carta fundamental".

Santiago, panteón de vivos

En pleno verano —el 29 de enero de 1856— Fillo! llega a Santiago del Estero y se dirige por escrito al Presidente de la Confederación en estos términos: "Consecuente con mi propósito de manifestar a Vuestra Excelencia cuanto conozca en mis viajes tengo el pesar, pues

(1) Thomas J. Hutchinson, *Buenos Aires y otras Provincias Argentinas*, p. 119. Los otros viajeros a que se hace referencia en este trabajo son: John Hiers, *Viaje al Plata*; Juan H. Scrivenar, *Memorias*; Woodbine Parish, *Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata*; Martín de Moussy, *Description de la Confederation Argentina*. Las cartas de Joaquín Fillo! que se citan se encuentran archivadas en los siguientes legajos: Tº 84, fº 198; Tº 91, fº 185; Tº 94, fº 223; Tº 96, fº 243; Tº 99, fº 93; Tº 100, fº 18; Tº 100, fº 116; Tº 104, fº 93; Tº 133, fº 5; Tº 135, fº 45; Tº 136, fº 84 y Tº 160, fº 107. La carta datada en Córdoba equivoca la fecha. Los decretos y demás disposiciones legales han sido tomados del *Registro Nacional* años 1852-1853 y 1857-1862. El artículo de Francisco Castellano del diario *La Capital* del 6 de junio de 1954: *Centenario de las Mensajerías Argentinas Nacionales*.

así debe ser para el que quiere la República Argentina, de escribirle desde la Capital de una de las provincias que está muy distante y con los elementos que cuenta hoy, imposibilitada de merecer el lugar que ocupa". Luego le comunica que está dedicado a elaborar el cuadro estadístico de las postas y al arreglo de Correos y agrega que le resulta imposible hacer lo necesario, pues "el estado del país y la indolencia de sus habitantes hace muy difícil lo más simple". Consigna los datos que ha logrado obtener "a ciertas horas del día pues la mayor parte del mismo lo pasa en la (aquí el texto es ilegible pero fácil de imaginar) y queda la ciudad en un silencio profundo".

"En Santiago —precisa el viajero— no se ha edificado en seis años una sola casa. Las que se destruyen quedan en ese estado; así es muy general no pasarse una cuadra sin ver ruinas. El valor de los edificios es muy poco, a media cuadra de la plaza se ha vendido una casa en 600 pesos plata (...) artesanos hay muy pocos y muy subalternos. No hay abogados ni médicos, salvo los transeúntes (...) hay una botica dirigida por un farmacéutico alemán".

"Templos —prosigue— hay cuatro sin contar la Matriz que por su estado de ruina es inservible. Esta se halla situada en la plaza principal y el atrio es el cementerio general. San Francisco, su comunidad cuatro padres y dos legos. Santo Domingo, dos padres y un curita. Merced, que sirve hoy de Matriz, un cura y cuatro clérigos: creo es la única cosa en orden en Santiago. Casa de recogidos de Belén, el cura de la Matriz la atiende. Escuela costeadada por el Estado no hay ninguna. Hay una particular para ambos sexos dirigida por una señora".

Refiriéndose a la población expresa: "La mujer santiagueña es inmejorable; esto es en

el trabajo material y en su trato amable y franco; en general de buen físico. El hombre es indolente por carácter y la clase más abundante, y no habiendo cosecha de la algarroba deserta de la provincia para buscar sus primeras necesidades en otra parte; prefiere hacer el sacrificio (de) trabajar en provincia extraña antes de cambiar sus hábitos en la propia (...), albañiles pocos y malos, carpinteros algunos buenos, herreros uno superior, zapateros regulares y su trabajo muy acomodado, unas botas de charol cuestan cinco a seis pesos. Sastres regulares. No hay barbero (...) cuatro o cinco extranjeros hay únicamente en Santiago. La ciudad cuenta con apenas 4.000 habitantes y la provincia se calcula conserva igual número al censo de 1826, 60.000 almas".

Como se puede apreciar, el progresista catalán se esmeró en dar el mayor número de datos posibles, pero no en mejorar la descripción del país. Y subraya: "Si algo lee Vuestra Excelencia acerca de esta desgraciada provincia que no se halla conforme con la presente, haga el favor de no creerlo pues el que tal escribe no lo ha de hacer con la imparcialidad que yo, ni tal vez con el interés, pues podría jurarlo, me aflijo y conduelo al ver el estado actual de estos pueblos por quienes tanto se afana el Supremo Gobierno".

Entonces gobernaba Santiago del Estero don Manuel Taboada, quien poco ocultaba su simpatía por el gobierno secesionista de Buenos Aires, separado en ese tiempo del resto de la Confederación. Fíllol, que estaba bien al tanto de la política del país, señala el hecho y agrega: "el gobernador iba-

rra gobernó treinta años y no ha dejado de su administración más recuerdo que un panteón donde reposan sus cenizas. El actual gobierno nada hace y según confesión del actual gobernador nada puede hacer por falta de recursos y hombres. Los primeros no existen es cierto, pero también lo es que nada ha hecho para buscarlos y quien sabe si los tuviera **qué no haría de ellos**. Lo segundo es positivo, no abundan pues en este panteón de vivos nadie que pueda y tenga capacidad para desempeñar un cargo por insignificante que sea". Agrega que "el señor Taboada ha estado muy atento conmigo pero mis convicciones nacionalistas no le gustan mucho".

Después de describir el lamentable sistema electoral ("sonó una campanita que según se ha dicho después era la señal para ir a votar") pasa a considerar las industrias santiagueñas, tema que interesaba sobremanera a Urquiza. "Un establecimiento de caña de doce cuerdas cuadradas, con acequia propia" el año anterior había permanecido inactivo por falta de capitales pero reanudará su trabajo en 1856. Acerca de su producción acota que "el aguardiente tiene 30° y se ha vendido a 28 pesos el barril de 26 francos. Se ha formado una sociedad para sacar una acequia del río con el mismo objeto. Hay otro establecimiento de caña de doce cuerdas que tiene dos años de existencia y trabaja en gran escala: en este año empezará la fabricación de azúcar".

"Las maderas son abundantes, principalmente el moya para muebles. Algarrobo blanco y negro para puertas. Quebracho blanco para camas de carretas, quebracho colorado para (aquí el escrito se torna ilegible) ítem para ejes. Cal en la sierra a distancia de 20 leguas, generalmente se vende de 8 pesos a 8 reales. Su color oscuro se cree su causa a ser mal beneficiada. Cochi-

El noroeste Argentino

nilla muy abundante (...) Las mejores tierras se hallan en el Chaco en poder de los salvajes (...) las quintas de la ciudad son muchas y producen riquísimas frutas. Las mejores sandías pelonas, naranjas, duraznos, uvas, higos, membrillos, granadas".

Fillol juzga que sus datos tomados a "vuelo de pájaro", permiten determinar el grado de atraso de la provincia y le ruega a Urquiza que fije "su atención en estos argentinos que si contaren con algún recurso y un buen gobierno serían muy útiles a la patria". Le pide que envíe a Santiago "tres o cuatro hombres capaces de poder hacer algo" y añade: "como cosa preciosa el pueblo agradecerá mucho la creación de una escuela".

La descripción de la ciudad de Santiago del Estero que en un principio parece algo exagerada, ha sido confirmada por otros viajeros de la época. Así Thomas Hutchinson refiere que "al entrar a la ciudad, ésta presentaba el aspecto de una población recién saqueada, estando muchas de sus casas completamente en ruinas". Woodbine Parish y Hugh Bone-lli usan términos análogos describiéndola "como un lugar arrasado y mal construido" o "montón de casas olvidadas y ruinosas".

Fillol se refiere socarronamente "al abandono en el ramo de Policía" y celebra con ironía la inexistencia de presos, al observar que la cárcel está en ruinas. Describiendo la pachorra del país, añade que "es tal el aburrimiento de los santiagueños que me ha dicho un sujeto: ¡Ojalá se federalizace la provincia!". Finaliza alabando el don musical de los habitantes de la provincia y la calidad de las arpas fabricadas en el país, sobre todo en Atamisqui y Loreto.

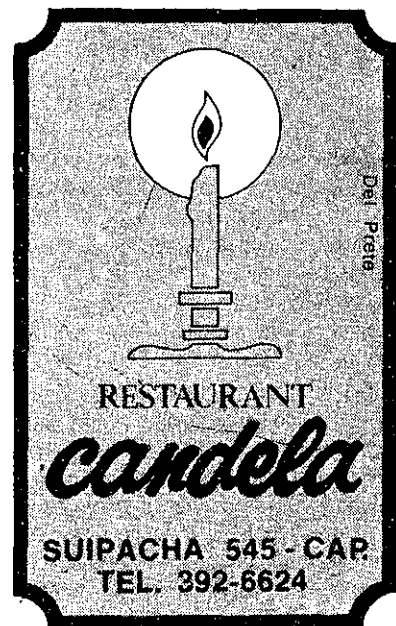
Tucumán, el jardín

Triunfante el partido Liberal sobre los denominados "ma-zorqueros" en la batalla de Los Laureles, el cura Campo pasa a gobernar la provincia de Tucumán. Este personaje desconocido hasta entonces lleva de ministro al famoso "Pepe" Posse, amigo de Sarmiento y enemigo "del resto", famoso por su temperamento y mal genio que, pase a despertar la animadversión de sus paisanos, se postula como candidato para suceder al cura Campo. Joaquín Fillol llega a la ciudad de Tucumán en febrero de 1856 y le escribe a Urquiza adjuntándole los datos de esa provincia "muy digna del nombre que vulgarmente se le da de Jardín de la República Argentina.

Ella en su estado actual vale mucho, pero desarrollados los elementos con que cuenta es indudable ha de figurar en primera línea en la Confederación". Agrega el corresponsal de Urquiza que "la elección del gobernador ha movido un poco los ánimos y no es lo peor, pues la indolencia ha sido tanta hasta hoy en estos países, que han mirado los pueblos con la mayor indiferencia los intereses más vitales antes que dejar este vicio, que, repito, estaba y está todavía bastante arraigado". Señala a continuación el corresponsal "que los candidatos por el gobierno son Posse y (Anselmo) Rojo. El primero muy lejos de ser querido lo aborrecen en general a pesar de reconocérsele capacidad y se le tiene por demagogo. El segundo en un caso de conflicto sería preferido al primero, pero no gusta tampoco porque la mayor parte no lo conoce y otros lo tienen igualmente por demagogo". A los que seguían los dictados de los políticos porteños se les calificaba de demagogos, es decir, opositores al gobierno de Urquiza, que se encontraba en esos momentos en conflicto con Buenos Aires.

Luego de alabar al doctor Agustín J. de la Vega y lamentar que haya declinado su candidatura señalando que el gobierno provincial "no ha apoyado esa candidatura por temor que con ello reviva el partido de Gutiérrez" sienta las siguientes líneas que interesan para hacer un juicio de valor de este mandatario que gobernó Tucumán desde 1841 a 1852. Dice que Celedonio Gutiérrez no "deja de tener un gran partido en la provincia, cosa muy natural pues la ha adelantado y ha sido muy tolerante en aquellas circunstancias tan difíciles de gobernar", agregando que los amigos del general respetan su caída "que aconsejada por él mismo se tiene por un hecho consumado".

Entra por último a considerar la posibilidad de que sea reelegido el cura Campo, solución que Fillol no ve buena y que se la transmitió personalmente al propio gobernador cuando estuvo a visitarlo. "Me dio lugar para decirle que lo alucinan sus amigos y algunos aduladores que lo rodeaban, que no pensase en reelección pues estos pueblos que pueden hacer un hoyo de su libertad, lo han tomado tan a gusto que se les hace preciso cambiar



todos los días de personas". Termina Fillol la carta con estas palabras: "La joya tucumana, Señor, es preciso conservarla pues es indudablemente un tesoro de mucha estima y de un porvenir brillante".

Lamentablemente no he podido encontrar en el archivo del general Urquiza la carta referente a los datos sobre la provincia de Salta. Está, en cambio, la que envía Fillol cuando "baja" a Tucumán para dirigirse a Catamarca. Y llega en el momento en que se produce un movimiento popular originado por las pocas simpatías que el candidato del gobierno —Anselmo Rojo— inspiraba al pueblo de esa provincia. Otro corresponsal de Urquiza —el coronel Vicente Neyrot— que además participa en el alboroto, exclama furioso que el candidato "ni siquiera es tucumano".

Joaquín Fillol acusa al ex-gobernador Campo y a su círculo de "haber propuesto candidatos que el pueblo no podía aceptar" y señala que "a pesar que el partido Posse ha sucumbido, dista mucho Tucumán de tener asegurada su tranquilidad, cosa que se explica perfectamente pues no hay confianza plena en el gobernante y mucho menos con el círculo que lo rodea". Y agrega "Si Señor: este pueblo tiene mucha semejanza con el de Buenos Aires hasta en su temperamento atmosférico".

Otro viajero que unos años antes recorrió el norte y se interesó mucho por Tucumán y sus habitantes, describe así la llegada a esa ciudad: "Viajamos hoy por más de 50 millas por un hermoso lugar semejante a un parque con ricos y abundantes pastos que llegaban en su altura hasta los pies de los postillones en su andar precipitado. Vislumbramos a la distancia la primera cadena de montañas unidas a la Cordillera de los Andes (...). Al acercarnos a Tucumán pasamos un espeso bosque a través de ca-



**Roque Ferreyra,
gobernador
de Córdoba: "no
es muy popular".**



**Manuel Taboada,
gobernador de
Santiago: "Nada
puede hacer
por falta de
recursos y hombres".**

si dos leguas y aunque llevábamos cinco caballos uncidos a la galera nos era muy difícil atravesar la espesura y las ramas umbrosas extendidas sobre el camino. Llegamos a la ciudad a las 9 y ocupamos nuestros cuartos en la posada, cuya dueña era una buena moza de porte autoritario y majestuoso que nos cedió una de las salas de su casa, en la que nos instalamos con todo confort y a nuestra mejor conveniencia".

El doctor Scrivener, que es el viajero a quien nos referimos y que ha dejado escritas unas inhallables **Memorias**, luego de narrar el juego del Carnaval con una joven que deviene su amiga, describe así la provincia: "La ciudad de San Miguel de Tucumán capital de la provincia del mismo nombre, es la más hermosa, con excepción de Buenos Aires y Córdoba, de todas las ciudades de la Confederación Argentina. Se levanta en una llanura muy fértil y viene a comprobar una vez más lo que se ha dicho repetidas veces de los españoles: han elegido siempre las mejores ubicaciones para sus ciudades y villas. Los valles de Tucumán producen arroz, maíz, tabaco, trigo, cebada, caña de azúcar, abundante fruta y legumbres. Aquí se ve ganado vacuno, caballar, mular, lanar y cabrío vagando en cuantiosas manadas y rebaños entre pastos superabundantes. Las montañas que distan seis leguas de la ciudad están cubiertas de bosques de la más hermosa configuración. Naranjos y limoneros abundan sobre las laderas y las cimas cubiertas de ricos pastos reciben al ganado durante los meses de verano". Pero volvamos a Fillol.

Catamarca, la nueva California

Desde Tucumán Joaquín Fillol se dirige a Catamarca, desde donde le escribe a Urquiza el 20 de mayo de 1856. "La ciu-



dad de Catamarca en civilización es de las más atrasadas de la Confederación. El carácter de sus hijos, mezquino e insociable, hace que el extranjero no encuentre aliciente ni distracción alguna. La mujer, falta de goce, sale de su casa para el templo, no tanto para cumplir sus deberes de cristiana como para alterar en algo la monotonía en que vive. Muy pocas veces un hijo del país presenta a un forastero a su familia y relaciones. En el mes de mayo se retiran en general a las 8 de la noche y no amanecen hasta las 8 de la mañana; es muy frecuente dormir siesta desde las 12 a las 3 de la tarde. La semana tiene en Catamarca sólo 5 días pues del sábado han hecho donación perpetua a la Virgen, dedicándole una misa en la que concurren la mayor parte de los habitantes; es por eso que puede contarse como día perdido".

El aspecto edilicio mereció la aprobación del viajero, por lo menos al compararla con la de Santiago. "La ciudad presenta un aspecto de adelanto pues la mayor parte de sus casas son nuevas, se edifican algunas actualmente y se me ha asegurado serían muchas más

Diligencia cruzando un bañado cuando aún las sendas no habían formado huellas.

si no se observase la falta de maestros diligentes. En la clase decente de la sociedad se nota la falta de educación, consecuencia del aislamiento en que vive. La plebe, ignorante, superticiosa e hipócrita en ideas religiosas. La mayor parte de las mujeres, incluso madres de familia, entran en ejercicios todos los años; es inútil prevenir que durante los mismos comen mucho más que en sus casas y concluidos éstos se presentan el día de la Virgen al templo llorando hasta escandalizar y como nada se les ha enseñado en los mismos para ilustrarlas, ni de los deberes que tienen y deben guardar con la sociedad, continúan con sus vicios e instintos de animalidad". Duele leer pala-

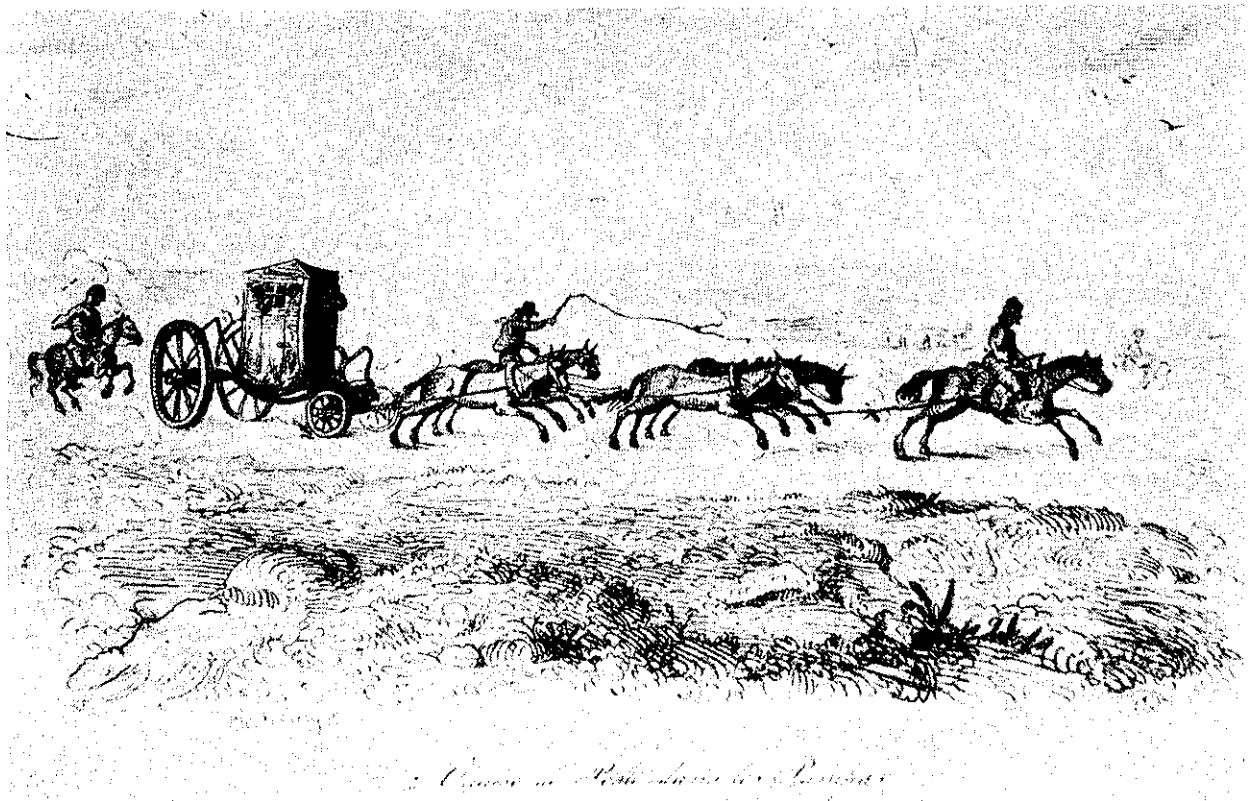
bras tan duras acerca de la mentalidad y de las costumbres de esa época.

"Para sacar a esta provincia del abandono e inercia en que vive, necesita más que ninguna de una inmigración que la recuerde, haciéndole cambiar, mostrándole prácticamente el trabajo, estos malos hábitos (sic) creándole asimismo necesidades que la hagan aspirante, lográndose así el desarrollo material que tanto precisa para dar a conocer y utilizarse de las riquezas que posee tanto en sus hermosísimos valles como en sus vistosos cerros". La belleza del paisaje ha cautivado el espíritu del Director de Mensajerías.

"No quiero probar —asegura Fillol— con cuanto acabo de expresar que le falta porvenir a esta provincia, no; sus valles serán con el tiempo prados artificiales y sus cerros una nueva California. Todo lo ha preparado la naturaleza, sólo faltan brazos y capitales para cambiar el aspecto triste y abatido de una provincia que debe figurar en primera línea en la Confederación Argentina". En esos tiempos, hombres de todos los continentes via-

Todo es Historia 117

El noroeste Argentino



jaban hacia las costas del Pacífico de Estados Unidos, impulsados por esa fiebre del oro que había provocado el descubrimiento de un ignorado minero. Fillol imagina a Catamarca como la nueva California y se refiere a "las inmensas riquezas minerales de estos cerros" desconociéndose completamente el espíritu de asociación entre los catamarqueños "y mezquino el hombre por carácter, no comunica a nadie sus operaciones".

Durante la permanencia del viajero en Catamarca, asumió el gobierno de la provincia Octaviano Navarro, primer gobernador constitucional. Fillol asiste a la recepción narrando que el nuevo mandatario "goza de popularidad y conocido por federal, habiendo casado con una señorita unitaria (Cano) se cree realizable la fusión que no había tenido lugar hasta hoy. El Sr. Navarro es joven dócil y patriota, mas en el estado en que se halla esta provincia me pareció necesitar de

Otra visión de una galera, en el libro que Alcides D'Orbigny dedicó a su viaje por América.

su lado un hombre de luces y de corazón sano que lo dirija, pues es indudable que así formaría creencias políticas a este pueblo virgen, que si bien se muestra adicto al gobierno nacional es sólo por instinto, pues su importancia no está al alcance de la actualidad de estas masas". El ministro de Navarro fue don Samuel Molina, luego gobernador de la provincia. Entre todas las provincias que recorre, Catamarca es la que Fillol más alaba

por su gobierno, que practica la política de fusión de partidos preconizada desde Paraná por el general Urquiza que con ella procuraba superar la tradicional división entre unitarios y federales. Finaliza la carta diciendo que por separado le enviará los datos estadísticos de la provincia, informe que desgraciadamente no he podido ubicar en el Archivo Urquiza.

La Rioja

En los primeros días de junio de 1856 arriba el viajero a esta ciudad y con rudos trazos describe a La Rioja, que a su entender no es pobre pues la considera, a pesar de su estado, "otro diamante en la diadema argentina". "La Rioja en compendio —añade Fillol— es un pueblo arruinado, falto de juventud pues en la clase decente no pasarán de 4 los jóvenes, dividido [políticamente] cual ninguno pues la fusión no ha tenido lugar todavía, atrasado en todos los ramos y falto

Todo es Historia 117

El noroeste Argentino



José "Pepe"
Posse, uno de los
candidatos
tucumanos: "lo
aborrecen en
general".



Celedonio
Gutiérrez: "no deja
de tener un gran
partido en
la provincia".

de capitales. Todo esto es un motivo para que se lo llame pobre a juicio de sus mismos hijos. La ciudad tiene hermosas y anchas calles con un piso firme y seco [...] los habitantes en general buenos y la mujer amable, laboriosa y de buen físico; las quintas descuidadas pero susceptibles a todo pues en su actual estado se (la carta aquí es ilegible) al extranjero al contemplar la lozanía de las plantas y la fertilidad de su suelo. Frutas abundantísimas y de clase muy superior. Los campos son feraces y los años que son copiosas las lluvias son sus cosechas fabulosas. Sus montañas y cerros entrecalados de cobre y plata en mucha abundancia; ¡a este país se lo llama pobre! Inmigración Señor y capitales para que los riojanos ausentes por espacio de años de su arruinado suelo, tengan que preguntar dónde se halla al encontrarlo restaurado y a la par de los pueblos de importancia cual la tiene pues su temperatura, si bien algo fuerte en verano, es en invierno tan templada que no se puede decir más que una continuación del primero. Hospitalidad a la par de los demás pueblos argentinos hará a La Rioja siempre agradable al extranjero".

Francisco Solano Gómez era el gobernador de la provincia. "Sin ser ilustrado —juzga Fillol— parece de buena razón a la par de su ministro, si bien este último no puede contraerse como se precisa en el puesto que ocupa, ni tiene las ideas modernas y actividad precisas para restaurar un pueblo que ha combatido cual ninguno por la guerra, saqueado por todos los partidos..." Insiste más adelante Fillol que el ministro no es de actualidad y algo de razón tendría pues entre la correspondencia conservada en el Archivo Urquiza, hay una carta dirigida a Fillol por el administrador del Correo de La Rioja, José María Jaramillo —mejor dicho de su mujer—

PLAN DE PROMOCION

DIEZ AÑOS DE TODO ES HISTORIA

Todo es Historia, en un plan de expansión con vistas a la cercana celebración de sus primeros diez años de existencia, quiere ampliar el número de sus lectores a través de una campaña de promoción, que se viene desarrollando desde el pasado mes de diciembre.

Incorpórese como **promotor** al Departamento de Promoción de **Todo es Historia** y asegúrese un trabajo cómodo y rentable, a cumplir en la misma localidad donde Ud. vive, por pequeña que sea.

La actividad propuesta no tendrá otro límite remunerativo que la capacidad de cada promotor.

Dirijase a:

TODO ES HISTORIA

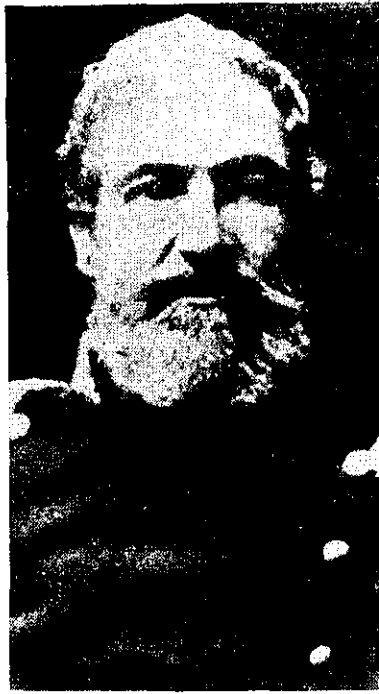
Dto. de Promoción
Paraguay 2028 - 2º 14
1121 - Buenos Aires

quejándose de los excesos del ministro y solicitando protección.²

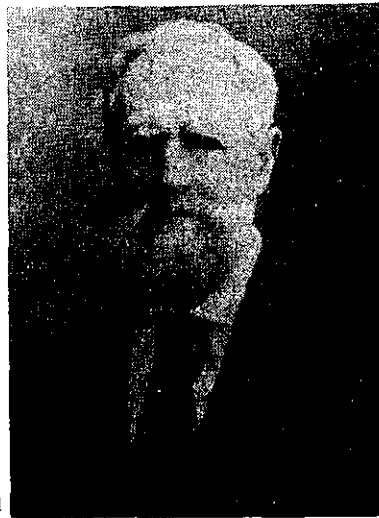
San Luis

Para el centenario de las Mensajerías Argentinas Nacionales, Francisco Castellano publicó un artículo en el suplemento literario de **La Capital** de Rosario el cual trae un relato sobre la primera vez que llegan las mensajerías a San Luis. "La primera vez que llegó a San Luis una de estas diligencias, iba en ella D. Joaquín Fillol, que recorría las provincias tomando datos y organizando el personal de la administración: acudieron los principales vecinos a felicitarlo y a examinar la diligencia, que siendo nueva y cómoda, mereció elogios de todos. El gobernador hizo lo propio y preguntó a Fillol si el hermoso vehículo era el de su uso especial, pero cuando recibió la contestación de que era una mensajería como todas las otras, destinada al uso público, aquel, asombrado, manifestó su extrañeza de que tan hermosos carruajes se aplicasen al tráfico general, agregando que aquello era demasiado bueno y que no creía pudiera mantenerse una empresa que comenzaba con tanto lujo".

Desde Río Cuarto el cónsul español envía su última carta al general Urquiza. En ella, que data del 4 de septiembre de 1856, se refiere muy brevemente a la provincia de San Luis. Opina que no es pobre, "pero la inseguridad de su frontera y la falta de capitales —pues los que existen no se hallan en circulación— lo hace aparecer así. Esta provincia tal vez más que ninguna merece la atención del Supremo Gobierno, pues entregada sólo a sus hijos no saldría nunca del abandono en que se halla. El gobernador Darac[t] hace lo que puede, pero tropieza con el inconveniente más que todo, de la falta de hombres, pues el aspecto de la Capital es triste y ninguno



Octaviano Navarro, gobernador de Catamarca: "goza de popularidad".



Timoteo Gordillo fue el competidor de Fillol en el transporte de pasajeros de la época.

para, mucho menos cuando tiene inmediato Mendoza que en todos conceptos llama la atención y ofrece por de pronto mejores ventajas". Fillol predice que San Luis "con inmigración y capitales será una perla más de nuestra joya argentina" y concluye afirmando: "No hay pueblo Señor que no desee conocer personalmente a V.E. pues los vecinos todos tienen una fe en que esta visita curaría enfermedades que van haciéndose crónicas sin que en su origen tengan gravedad alguna. Pueden con el tiempo dar mal resultado".

En todas sus cartas —excepto la enviada desde Tucumán— Fillol señala la riqueza potencial de las provincias del noroeste y la falta de hombres capaces exhortando su envío. Machaca una y otra vez en la necesidad de capitales e industrias. En la correspondencia de Urquiza abundan las iniciativas para constituir empresas o realizar negocios en sociedad con el Jefe de la Confederación. Este —sin que ello implique un cargo —era esencialmente un hombre de negocios y muy interesado en llevar el progreso al interior del país. Se asoció con el tucumano Baltazar Aguirre (el "vecino más industrial, más emprendedor y de mejores conocimientos en el importantísimo ramo de Caña de Azúcar" al decir de Ciríaco Díaz Vélez) para instalar un ingenio, importando la maquinaria más moderna de la época desde Río de Janeiro.

Las "Mensajerías"

El 8 de junio de 1854 el gobierno de la Confederación aprueba el contrato "propuesto por los señores Rusiñol y Fillol para el establecimiento de las Mensajerías Nacionales en la carrera de postas". Además los designa Directores de Mensajerías Nacionales, postas y caminos por el término de cinco años con un sueldo de 1.500 pesos anuales anticipando fon-



dos para la provisión de carruajes necesarios para el servicio, obligándose aquellos a reintegrarlos en cuotas anuales.

En el país había muy pocos carruajes ya que desde la época de la colonia se encontraba limitada su introducción conforme a una real cédula del 24 de noviembre de 1577 que prohibió el uso de coches en América. Esta medida estaba destinada —según Castellano— a contener el lujo desmedido de los funcionarios.

El 24 de septiembre de 1855 por unanimidad de votos el senado del gobierno de la Confederación aprueba el decreto de creación de las "Mensajerías Nacionales" dictado el año anterior —excepto el territorio federalizado (Entre Ríos) y Corrientes— y faculta el Poder Ejecutivo para que "agregue a la Dirección de Mensajerías Nacionales, postas y caminos, la inspección general de correos". Aunque no muy regularmente al comienzo³, el servicio de Mensajerías de Rusiñol y Fillol funcionaba des-

de el año anterior. Por su situación geográfica se designó como cabecera a Rosario. Ya en 1855 las mensajerías unían regularmente esa ciudad con Córdoba, Tucumán y Mendoza una y hasta dos veces en el caso de Córdoba, al mes. "Las diligencias entre Rosario y Santa Fe que debían trabajar cuatro veces por mes han tenido que sufrir frecuentes interrupciones por la falta de pasajeros y la poca seguridad

en el tránsito de ríos caudalosos". De acuerdo al mensaje al Congreso del general Urquiza, de donde hemos tomado estos datos, se proyectaba en 1855 duplicar los viajes a Córdoba y también los de esta ciudad a Tucumán, prolongando su recorrido a Salta lo que se logró al año siguiente. Si bien Urquiza omite mencionar Buenos Aires, según datos de Castellano las diligencias llegaban a esa ciudad dos veces al mes en 1855.

Todo es Historia 117

El noroeste Argentino

(2) Tº 104, fº 165. José M. Jaramillo —cuyas desventuras han sido narradas en el nº 109 de la Revista *Todo es Historia*— era corresponsal de Urquiza. A raíz del asesinato del gobernador de San Juan, Nazario Benavidez, le envía la correspondencia con un "extraordinario", proveniente de esa provincia (Tº 159, fº 173).

(3) Otro asiduo corresponsal de Urquiza, Ciriaco Díaz Vélez, le escribe a Benjamín Victorica desde Paraná el 2 de mayo de 1855 anunciándole que no han arribado en número suficiente los legisladores para abrir las Cámaras. Entre los motivos "hay que notar también las dificultades casi insuperables que se les presentan; ya por la falta de medios de transporte ya por falta de vías de comunicación. Me explicaré claramente: Diputados llegados al Rosario han estado 14 días sin tener como ponerse en camino. No hay vapores. La diligencia está parada y sólo viene a Santa Fe cuando hay quienes ocupen todos los asientos. Los buques de vela son escasos y estos mismos diputados que esperaron 14 días han tardado después 10 días en llegar aquí, llenos de mal trato por falta de víveres y pagando un exceso por su equipaje" (Tº 87, fº 239).

Los viajes no eran fáciles pues el estado de los caminos era deplorable. No existían puentes —recién en 1856 Forster y Cía. construyen uno, levadizo sobre el Salado— y el cruce de los ríos y arroyos entorpecía la marcha de la diligencia. Volviendo de Tucumán a Córdoba bajo una infernal lluvia Hutchinson extraña las rutas sin obstáculos de Inglaterra y exclama: "¡Oh Thomas Pinch cuántas veces he deseado hoy estar en tu antiguo camino de Londres, con las ruedas de tu coche chillando al rodar sobre el suelo firmemente helado, en vez de nuestros diez caballos galopando por entre los ríos que se extienden sobre nuestro camino, los jinetes castigándolos con rebenques y dando alaridos como demonios; y nuestra diligencia barquinándose a uno y otro lado como un bote en el mar, saltando de un pozo a una loma y culebreando como una locomotora encantada!". Otro viajero inglés, John Miers, se ha caracterizado por su descripción un tanto despiadada, de "las infectas postas", calificativo que hacen suyo los restantes europeos que recorren las pampas, acostumbrados a transitar por caminos cuidados y en regiones mucho más habitadas. El enorme territorio y la poca población y comunicación descalifican en gran medida estas críticas.

Ciriaco Díaz Vélez, frecuente corresponsal de Urquiza, le escribe desde Córdoba el 25 de abril de 1856. "Anoche llegué en la diligencia de Tucumán casi totalmente rota por las volcaduras del camino que está malísimo. Los asientos de la que hoy sale de aquí para Rosario, los hemos encontrado todos tomados, de modo que no podemos viajar con los diputados de Salta y Navarro". Y luego de expresar que el general Santa Cruz que viajaba con él le daría su juicio sobre "los asuntos de Tucumán", afirma que "saldrá con-

migo en la diligencia del 2 del entrante". Los viajes de Córdoba a Rosario, de acuerdo a la fecha del texto, ya se hacían semanalmente y el estado de los caminos era lamentable. Pese a ello los carruajes salían con todos sus asientos ocupados.

¿Qué clase de carruajes se usaban en sus comienzos? El decreto de creación de las Mensajerías Nacionales, al tratar su alquiler (ya que el vehículo era de propiedad de los empresarios) lo fijaba en "dos reales por legua que anduvieren, reputándose a este efecto como un solo carruaje la galera y carretilla según el itinerario oficial". La galera era sin duda, el medio de transporte habitual. Los viajeros ingleses que en considerable número han recorrido nuestro suelo, comparan la galera con un ómnibus londinense de asientos transversales y alaban su solidez y su práctica estructura. "Para atravesar las pampas —cuenta W. Parish— se encuentra en Buenos Aires una especie admirable de carruaje llamado galera que en la apariencia se asemeja mucho a un ómnibus de Londres, suspendido sobre correas o elásticos de cuero y de construcción liviana aunque muy fuerte; pudiendo hacer en este vehículo sin dificultad el viaje hasta Mendoza en 14 o 15 días".

Algunos cronistas que han tratado este tema, expresan que el número de pasajeros variaba en 7, 14 y hasta 17 personas. Sin duda debido a los abusos de los empresarios el gobierno dispuso la numeración de los asientos —cupé, rotonda y pescante— fijando-

se un espacio de 18 pulgadas. Así lo ordena el decreto del 14 de diciembre de 1859 aprobando el contrato con Timoteo Gordillo, competidor y más tarde continuador de Fillol; mas al sancionarse la ley respectiva se aumentó el espacio de los asientos a 21 pulgadas. Algún senador corpulento habrá reflexionado sobre el ancho de sus 'espaldas'...

¿Qué pasó con los primeros empresarios que organizaron en el país el primer servicio regular de mensajerías? En el año 1858 se suscitan dificultades entre los Directores de Mensajerías y el gobierno de la Confederación. La empresa de Timoteo Gordillo, que sólo estaba autorizada a transportar mercaderías, comienza a hacer viajes de Rosario a Córdoba llevando pasajeros. El 24 de enero de 1858 Joaquín Fillol le escribe a Urquiza por trámites de un giro y seguidamente expresa que "el 20 del corriente hemos entregado una solicitud al Sr. Ministro del Interior, acompañando un documento del auxiliar 1º de la Dirección de Mensajerías Argentinas Nacionales, en el cual se demuestra el mal estado de las postas al extremo de haber pagado 10 (¿reales?) por legua de caballos en la carrera de Córdoba a Tucumán. A todo esto —agrega Fillol— la empresa Gordillo empieza ya viajes de mensajerías, 4 mensuales, desde esta ciudad (Rosario) a la de Córdoba haciéndonos guerra a nosotros probablemente con las caballadas y fondos que V.E. les facilitó "dejando atrás su objeto cual había dicho eran los carros de carga". Veinte días después su socio Juan Rusiñol insiste, señalando que "nuestro negocio mensajerías sufre competencia y que si bien tenemos la satisfacción de que en los viajes que ha practicado Gordillo y Cía. apenas ha tenido pasajeros, no obstante no deja de ocasionarnos un perjuicio" y seguidamente le rei-

Todo es Historia 117

El noroeste Argentino

tera la oferta de "cederles el contrato y venderles carruajes y edificios para que sean de una vez los solos en postas, carros, mensajerías, caminos, etc.". No resulta suficientemente claro en qué fecha la empresa de Mensajerías Nacionales, o Argentinas, dejó de estar en manos de Rusiñol y Fillol mas una carta de Benjamín Victorica a Urquiza fechada el 26 de mayo de 1858 da alguna idea sobre los entretelones de este asunto. Se la envía con Jaime Vidal y Morales (que luego será encargado del ramo de "Diligencias Argentinas" en la sociedad que Urquiza constituye con los hermanos Virasoro) urgiéndolo para que deje un momento sus importantes ocupaciones y considere "este asunto pendiente de Mensajerías Argentinas". Y agrega que "preste un momento su atención al Sr. Vidal quien le manifestará sus disposiciones y miras en este asunto, conformes en todo a las de Ud. respecto a no hostilizar a otra empresa más antigua, pero sin renunciar por eso a mejorar cuanto sea posible el servicio público, los intereses del País y de nuestra Empresa, todo lo cual sin duda, no dudo merecerá su aprobación y agrado".

De acuerdo al contenido de su correspondencia, la situación económica de Rusiñol y Fillol se torna insostenible. El 20 de julio de 1858 el gobierno autoriza a éstos, por ser los "fundadores de la empresa Mensajerías Argentinas", a pagar en forma escalonada su deuda y por decreto del 14 de diciembre de 1859 se aprueba el contrato suscripto entre el gobierno confederado y Timoteo Gordillo y Cía., dueños de la Empresa de Carros. Su primer artículo dispone que, desde el 1º de octubre de 1859 hasta el 30 de septiembre de 1864 las "Mensajerías Argentinas Nacionales" correrán de cuenta y riesgo de los señores Gordillo, otorgándoles el goce

del fuero nacional y una subvención mensual.

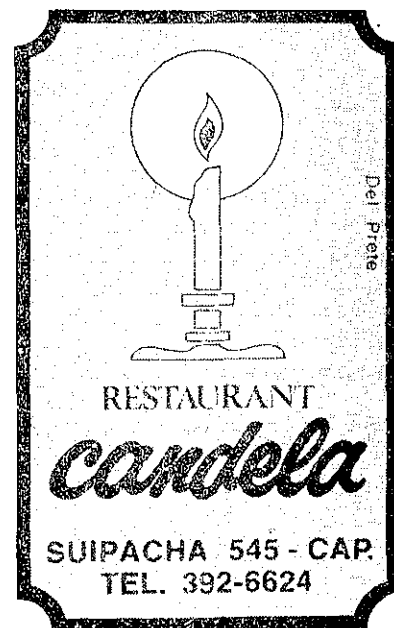
Una última carta de la correspondencia del general Urquiza datada en Rosario el 23 de febrero de 1859 ilustra un tanto la suerte corrida por los dos pioneros del servicio regular de mensajerías en nuestro país. Juan Rusiñol le escribe al Presidente de la Confederación participándole que "desde el 14 del corriente disolvimos con mi amigo Fillol la sociedad que teníamos de mensajerías y si bien hemos ganado algo en los primeros años cuando la empresa ha estado bajo la protección de V.E. hoy nos hallamos que habiendo tenido que sostener la competencia de otra empresa el último año, nos obligó tomar fuertes cantidades en plaza y con intereses del 30%", agregando que le ofrece en venta tres carruajes y una casa que es lo que le queda, para poder afrontar sus deudas. Añade que "en cuanto a los carruajes, como vi anunciadas nuevas mensajerías en esa provincia Entre Ríos si fuere negocio de algún amigo de V.E. hallaría en casa carruajes cómodos y baratos pues hoy con la empresa del Sr. Gordillo no hay quien pueda trabajar pues ha desmoralizado tanto este negocio que en ninguna parte se viaja más barato y es del todo imposible que pueda hacer dicha empresa ni para los gastos, yo a lo menos, no quisiera otra fortuna que tener lo que pierden". Poco antes se había constituido una sociedad anónima para explotar: El Molino del Saladillo, los Carros y Camino Postal y las Diligencias Argentinas entre Urquiza y los hermanos Virasoro, figurando Timoteo Gordillo como socio industrial.

Poco tiempo duró la empresa de Gordillo. En octubre de 1861 el gobierno le suspende el pago de las mensualidades por ser "notorio que las Mensajerías Argentinas han suspendido su carrera a las pro-

vincias del Interior". Al caer, luego de la batalla de Pavón, el gobierno de Derqui, la empresa sigue la misma suerte y en 1862, con retroactividad al 1º de enero, el general Mitre en su calidad de delegado del nuevo gobierno nacional, suscribe un contrato con Luis Sauze, "sucesor de las Mensajerías Argentinas y empresario de las Mensajerías Iniciadoras" estipulando las tarifas y dictando un reglamento, todo ello bajo el nombre de "Mensajerías Iniciadoras y Correos Nacionales". Pero esto ya es otra historia.

El 15 de mayo de 1884 fallece en Rosario Joaquín Fillol. Al conocerse la versión de que un grupo de vecinos solicitaría a la municipalidad que una calle llevara su nombre, un periodista que ocultó su nombre en el anonimato, publica un suelto tachando la iniciativa "como el colmo del cinismo. Fillol fue vecino sin título para inmortalizar su nombre"⁴.

(4) El Ingeniero Gustavo Fillol gentilmente me ha facilitado estos y otros datos referidos a su antepasado. Según Jewel, Rusiñol y Fillol en junio de 1852 transportaban pasajeros desde la ciudad de Buenos Aires a numerosos puntos de la provincia. Como el lector habrá observado no he hecho referencia a los servicios de mensajerías que unían Buenos Aires con el interior. Ello es porque oficialmente muy poco se dice al respecto, sin duda debido a la situación política del país durante ese período.





EL CAFÉ DE MARCO

por Jorge Alberto Bossio

Este trabajo fue premiado en el concurso histórico organizado por la Exposición "Hotelga 76", organizada por la Federación Argentina de Hoteles, Restaurantes, Confeiterías y Cafés y la Asociación similar de la Capital Federal. El jurado estuvo formado por el señor Raul Fernández, presidente del Círculo de la Prensa; el señor Alfredo Bufano hijo, presidente del Círculo de Periodistas de la Casa de Gobierno; el señor Emilio Cabrera, presidente del Círculo de Periodistas de Economía; el comodoro Alberto Pistolera, titular de la Dirección de Turismo de la Municipalidad de Buenos Aires; el Ing. Antonio Gómez, presidente de la mencionada Federación hotelera; el Dr. Manuel Boente Carrera, presidente de la Asociación metropolitana similar; el Dr. Julio A. Di Raddo, director de la exposición "Hotelga 76"; y el señor Antonio Ojea, presidente del Comité Coordinador de dicha exposición. Su autor nos ilustra sobre algunos aspectos curiosos y menos conocidos del legendario café que abrió sus puertas en Buenos Aires a principios del siglo XIX.

El teatro de "La Ranchería", en las vecindades de la Plaza Mayor de Buenos Aires, a principios del siglo XIX.

Fue ocupado por los ingleses, quienes establecieron allí su cuartel general cuando invadieron la ciudad. Desde los altos del café de Marcó, los porteños vigilaban los movimientos del enemigo.

Numerosas páginas de nuestra historia ocupó el café de Marcó, desde fines del período de la administración española hasta el último tercio del siglo XIX. Varias y sucesivas generaciones serpentearon entre sus mesas, holgaron en sus sillas, meditaron en su ámbito hasta convertirlo en el cenáculo histórico del que no podemos despojarnos en el momento de celebrar los fastos de la Patria.

Anunciada su aparición en el Telégrafo Mercantil del 3 de junio de 1801, para el día siguiente se ofrecía la inauguración de un moderno salón de "Villar, confitería y botillería" al que concurrirían los mejores hombres de Buenos Aires. Aquel 4 de junio los porteños elegantes se acercaron a la esquina de la Santísima Trinidad y de San Carlos (hoy Bolívar y Alsina) interesados en conocer la nueva tertulia. El ambiente espacioso permitía divisar hacia el fondo dos billares, acontecimiento inusitado en el antaño Buenos Aires, cuando los pocos cafés existentes sólo contaban con uno. Las mesas y los bancos, rústicos pero fuertes, recibían a los distinguidos caballeros del virreinato. Pero otro anuncio causó perplejidad: la casa contaba con un sótano destinado a mantener fresca la bebida y se anunciaba, al mismo tiempo, que a partir del 1º de julio el café pondría a disposición

de los parroquianos un coche de cuatro asientos para trasladarlos a sus casas en la estación de las lluvias. Buenos Aires mutaba sus usos y costumbres, comenzaba a ser una ciudad progresista.

Polémica para un nombre

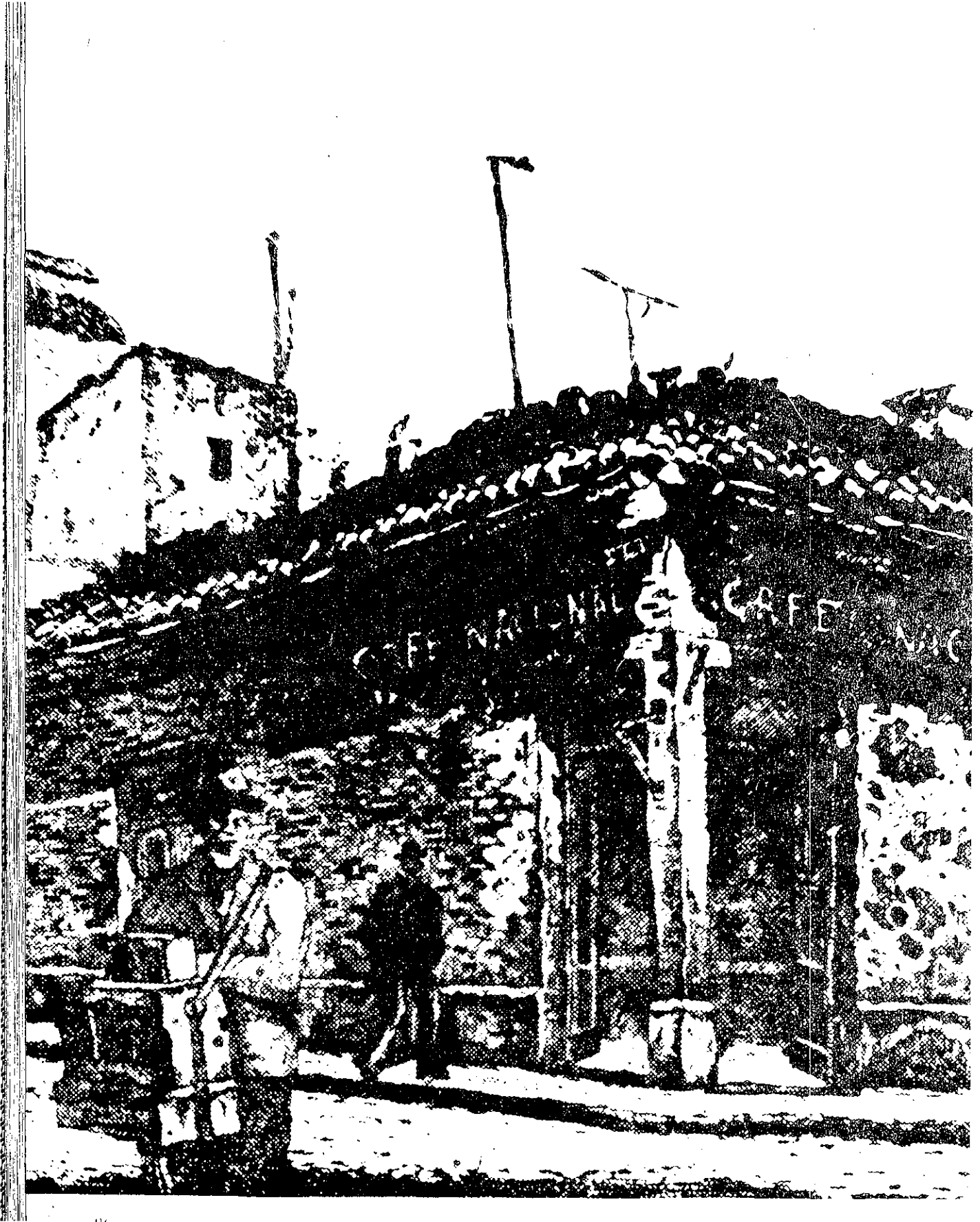
Poco se conoce de la vida del propietario del café, pero mayores dudas causa a los historiadores el apellido de su dueño. Para Miguel Cané en **Prosa Ligera**, era el café de Mallicos, en tanto José Antonio Wilde, en **Buenos Aires desde setenta años atrás**, afirmó que era Marcos; el mismo Ignacio Núñez, que relató los acontecimientos más importantes del período revolucionario, coincide con la versión de Wilde, mientras Horacio G. Batolla, en **La Sociedad de Antaño**, se acercaba a la de Cané al citarlo como Malco. Un inglés que nos visitó entre 1820 y 1825 lo llamó café de San Marcos y Antonio Luis Beruti, testigo de los acontecimientos posteriores a Mayo de 1810, lo recordó en sus **Memorias Curiosas** como el café de Marco. A su vez, Carlos José de Guezzi, diplomático al servicio de la corona portuguesa en el Brasil, lo llama de Marcos en una de sus cartas, en tanto en otra le dice Marcós. Historiadores contemporáneos, —José Torre Revello, Leon-

cio Gianello, Ricardo Piccirilli y Francisco Luis Romay—, coinciden en denominarlo "café de Marco".

Convergencias y divergencias ofrecen un panorama oscuro en este asunto que sólo puede ser develado a la luz de nuevos documentos históricos. En diferentes protocolos de los escribanos de número de la época, en los que se registran testamentos, contratos de compañía y fundación de capellanías, la firma de su propietario aparece con acentuación aguda y sin "s" final. Con ello inferimos, pues estos documentos públicos son irrestrictos, que la grafía correcta del apellido del propietario del café era: "Marcó". Por lo demás, cuando don José de Chorroarín realiza una colecta en mayo de 1818, en la lista publicada por La Gaceta de Buenos Aires del 6 de aquel mes y año, registra "Pedro José Marcó", como uno de los contribuyentes a la biblioteca del Colegio San Carlos. De este modo y con tales documentos queda develado totalmente el nombre del café que no era otro que "café de Marcó".

Origen y personalidad de Pedro José Marcó

El propietario del café del Colegio —como se le llamó por su cercanía con el Colegio de San Car-



El café de Marcó

El "Café Nacional", como era en el siglo pasado.

La tradición "cafetina" de Buenos Aires tuvo en el de Marcó una de sus primeras manifestaciones.



los—, era hombre que gozaba de prestigio entre quienes lo trataron; su personalidad se enriquecía por los frecuentes actos de generosidad que lo singularizaron. No significa ello que fuera un desaprensivo; muy por el contrario, era hombre cuidadoso en sus menesteres comerciales, humano con quienes lo rodeaban y agradecido con aquellos que le ayudaron en las épocas de trabajo y sacrificio.

Era natural de la villa de Isaza, entroncada en el valle del Roncal en pleno reino de Navarra. Descendiente de aquellos guipuzcoanos, hombres de fe, hidalguía, coraje y generosidad, esos valores sustentaron la personalidad de Pedro José Marcó, hijo legítimo según reza el testamento primero, de don Pedro Marcó Jarra y de doña Juana María Gorrindo, fallecidos para el tiempo que se otorgó este documento. Marcó permaneció soltero y no tuvo por lo tanto, herederos universales, ni ascendientes ni descendientes. Como cristiano y fiel católico apostólico fue bautizado en la Basílica de Nuestra Señora de Idoya, en su pueblo natal, la villa de Isaza.

La historia argentina en el café de Marcó

Cuando los ingleses intentaron la desdichada aventura de dominarnos, en 1806, establecieron su cuar-

tel general en el predio conocido entonces como La Ranchería, ubicado detrás de la manzana de las luces. Vigilar al enemigo no era tarea sencilla, ya porque las calles eran angostas como por la vigilancia que ellos habían impuesto. Los españoles y los criollos desarrollaron toda su astucia para alcanzar su objetivo; decidieron utilizar los edificios de alto, desde los cuales pudieran atisbar los movimientos del enemigo. Uno de aquellos edificios fue, precisamente, el del café de Marcó, cuyos altos estaban en posición estratégica para cumplir aquella misión. En su techo se ubicaron los vigías encargados de espiar a los ingleses.

Había comenzado el desfile de la historia por el edificio del viejo café. Como una suerte de atracción vital, de ahí en más, se sucedieron los hechos políticos en su ámbito esquinero.

El 1º de enero de 1809 culminaba en Buenos Aires un proceso político, no totalmente esclarecido aún: la asonada dirigida por don Martín de Alzaga. El movimiento contó con la participación de figuras espectables de la capital del virreinato, incluso de la sociedad porteña; Santa Coloma, Olaguer, Reynales, Villanueva y Neyra, entre otros. Al parecer las reuniones y corrillos de los partidarios de Alzaga se

El café de Marcó



Martín de Alzaga.
En 1809 encabezó la conspiración de los "sarracenos", contra el virrey Santiago de Liniers.

efectuaron en el café de Marcó. En la mañana de la insurrección de los "sarracenos", como los criollos llamaban a los sediciosos, cuerpos de los regimientos de catalanes, vizcaínos y gallegos cometieron desmanes en la Plaza Mayor, golpeando a gente del pueblo, a soldados y a oficiales del regimiento de Patricios a quienes llevaron a la cárcel. Como reacción inmediata, un batallón de Patricios se dirigió a la Plaza para cubrir el orden alterado, ingresando, posteriormente, al Fuerte. Hacia el mediodía, después de apostarse algunos batallones de artilleros frente al Cabildo donde se habían ubicado los insurrectos y dominar el sector, la situación quedó totalmente dominada por los partidarios del virrey Liniers. Mucha fue la gente a la que se detuvo, además de los cabildantes. "Mi amigo —dirá Carlos José de Guezzi en carta a un porteño— los que tengan el rabo de paja deben temblar. El café de Marcó fue clausurado y el dueño debe salir de ésta". El negocio del café era considerado como una "mezquita" en la que hacían "juntas los sarracenos", pues se había constituido en el lugar de reunión preferido por los partidarios de Alzaga.

¿Cuáles fueron los motivos políticos que impulsaron a Liniers a decidir la clausura del café? Su propietario no tuvo participa-

ción alguna, directa o indirecta, en los acontecimientos de aquella jornada. Al parecer, según testimonio de época, Liniers logró interferir la correspondencia del español Elío dirigida, precisamente, a Pedro José Marcó. Esta no es suficiente razón para medida tan drástica. El contenido de las misivas no comprometía a Marcó. Si lo comprometían, las reuniones y corrillos que hacían los españoles y la gente del Cabildo. Aquellos corrillos — hoy llamados rumores o trascendidos—, estaban a la orden del día y eran los elementos que creaban el clima propicio para la revuelta en contra de Liniers. El Virrey decidió la clausura amparado en un viejo bando dictado durante la época de las invasiones inglesas por el que se ordenaba el cierre de cafés y pulperías a determinadas horas para que los parroquianos pudieran concurrir a los entrenamientos militares. Expulsados los ingleses el bando continuó teniendo vigencia porque de ese modo se controlaba el "corrillo" político. Liniers amplió los alcances del bando en razón de "...que no siendo pocos los individuos que disipan inútilmente pasando muchas horas y hasta días enteros en las casas cafés en los que forman corrillos y en las que se vierten ideas y propagan noticias sin detenerse a saber si eran

ciertas o falsas". Esto permitió al Virrey aplicar una pena de mayor fuerza. La medida parecía oportuna para atender a la defensa de Buenos Aires contra los enemigos solapados al servicio de los ingleses, pero era inadecuada como disposición política de orden interno. Aquí es donde el francés Liniers demostró no conocer el espíritu español cuyo afecto por dejarse estar en un café, comentando los acontecimientos, era como una costumbre atávica.

La política era por entonces, como lo es hoy y lo será siempre, la alícuota con que los hombres realizan su parte activa en la sociedad. Como era lógico esperar, las medidas adoptadas no fueron suficientes y los corrillos no desaparecieron de la ciudad. Pese a todo Liniers dispuso el cierre del café de Marcó el 2 de enero de 1809 y lo hizo conocer a su propietario con el Sargento Mayor del Fuerte, imponiéndolo, al mismo tiempo, de la obligación de salir de la ciudad por el término de tres días. Creyó el gobierno virreinal, equivocadamente, por cierto, que de este modo se eliminaba el cenáculo político. Erró gravemente: lo único que consiguió fue dar sinsabores al dueño e ingentes pérdidas al negocio.

Debió asumir el gobierno virreinal don Baltazar Hidalgo de

EN EL PROXIMO NUMERO

Edición Especial de

HISTORIA

TODO ES

En el

Centenario de la muerte de Don Juan Manuel de Rosas



Tres enfoques relevantes que condensan una prolongada polémica:

Rosas y Buenos Aires

Rosas y el litoral

Rosas y el interior



El café de Marcó

El "Café de París", en la capital porteña, que también fue escenario de grandes tertulias políticas hacia 1890.

Cisneros para que fuera revocada la medida punitiva. Y lo fue el 21 de agosto cuando firmó la disposición refrendada por Joseph de Basavilbaso en el que se determina como "...compurgada la culpa que pudiese tener el suplicante Pedro José Marcó". Fue esta la primera clausura de un café por razones políticas, pero, ¿qué motivó tanto encono de parte de Liniers? ¿Razones personales o simplemente estrategia de estado? Las primeras no las conoce la historia; las segundas parecen más evidentes, más comprensibles, pero lo cierto es que el café de Marcó debió sufrir las alternativas de la política argentina.

Los jóvenes iracundos

Como consecuencia de la separación del secretario de la Primera Junta, don Mariano Moreno, se gestó un movimiento conducido por los coroneles French, Beruti y Dupuy, con el ánimo no oculto de reponerlo en las funciones de las que había sido destituido. A principios del mes de marzo de 1811 se anunció de palabra al pueblo que formaría una Sociedad Patriótica, designándose como lugar de concentración el café del Colegio, frente a San Ignacio. La noticia circuló con rapidez tal, que al conocerla el presidente de la Jun-

ta, Cornelio de Saavedra, ya era corrillo en los lugares populares de la ciudad. Los concurrentes a la reunión debían distinguirse por el uso de una escarapela o cintas de colores celeste y blanca; los organizadores contaban con la protección del regimiento Estrella, que luego fue denominado América, comandado por Domingo French y el de granaderos de Fernando VII cuyo comando ejercía el coronel Juan Florencio Terrada.

Saavedra, quizás aconsejado por sus amigos, ordenó detener a los responsables de aquella reunión y a todos cuantos fueron encontrados portando armas o que exhibieran la escarapela celeste y blanca. La Junta, a su vez, contaba con el apoyo de las gentes de las barracas y de las quintas y con los componentes del regimiento de Patricios acantonado detrás del colegio Carolino. Estos sectores se oponían a la actividad ardorosa y revolucionaria de los jóvenes morenistas. Saavedra convocó urgentemente a los miembros de la Junta Grande y decidió mantener al resto de la tropa porteña en armas. En el templado día de aquel 21 de marzo de 1811, la fortaleza, donde residía el gobierno, se encontraba poblada por 80 jóvenes que habían tenido participación directa en la convocatoria a la reunión. Fueron interrogados por los jueces

y luego liberados por no encontrarse méritos para penarlos. Se impuso, sí, como condición para obtener la inmediata libertad, la promesa de no realizar ninguna algazara al trasponer las puertas del Fuerte. Pese a ello, salvadas aquellas, los jóvenes se dirigieron en manifestación por la Plaza Mayor al grito de ¡Al café! Al llegar al café de Marcó se apoderaron de la Sala, abrieron las ventanas que miraban a la calle, y se hicieron servir aguardiente francés mientras entonaban la canción "La América toda se conmueve al fin", marcha patriótica compuesta por Esteban de Luca. Casi espontáneamente se forma la junta de ciudadanos en los salones del café, en el que cada día se nombraba un nuevo presidente con sus respectivos secretarios y en los que se debatían asuntos de gobierno relacionados con la marcha del país. Al frente del salón principal había un palco al que podía ascender cualquier ciudadano que leía o pronunciaba su discurso proponiendo soluciones a los problemas que afligían a la república. Después de aquel 21 de marzo el corrillo callejero extendió la importancia de las reuniones en lo de Marcó, hasta que un día los organizadores se encontraron con la presencia de trescientas personas; contábase entre ellos eclesiásticos, abogados,



El café de Marcó

Café "Colón", otro exponente tradicional de las tertulias de Buenos Aires.

comerciantes y hasta militares. Tantos jóvenes poblaron aquel salón, otrora tertulia tranquila, que hasta se colmaba el atrio de San Ignacio. El gobierno, entre tanto, se mostraba expectante, no tanto por la serenidad de sus miembros cuanto por irresolución ante los hechos; algunos militares, como el Capitán de Arribeños Juan Bautista Bustos, habían solicitado permiso para disolver la reunión a balazos. Durante las cinco o seis primeras noches todo fue euforia, pero luego comprendieron los jóvenes organizadores que cada día peligraba la suerte de la Sociedad Patriótica, por lo que resolvieron no realizar más las reuniones en la esquina del café del Colegio. Así finalizó un nuevo hecho histórico del que fue silencioso testigo el negocio de Marcó.

Quando los acontecimientos producidos por el segundo levantamiento de Martín de Alzaga, esta vez contra las autoridades emanadas de la revolución en una reunión convocada en el café, Monteagudo pronunció una arenga vibrante al arrojar sobre el gobierno la culpabilidad de lo ocurrido en el pueblo de Carmen de Patagones; allí habían sido confinados los compañeros de Alzaga participantes de la insurrección. Pero Elío desde Montevideo envió un bergantín y

logró, finalmente, su liberación; cuentan algunos de los sobrevivientes que en la cubierta de la nave española entonaban la siguiente copla:

Aunque se rompan los sesos
aliá en el café de Marcos,
no evitarán que sus barcos
zozobren o sean presos.

Los españoles sabían bien que los jó-

venes que se reunían en el viejo café constituían el espíritu de la libertad de la naciente república y que el salón era propicio para las reuniones políticas. Por eso los recordaron como protagonistas de la lucha de la que ellos resultaron perdidosos.

La década de 1820

Durante el crítico año de 1820, la esqui-

CUANDO USTED BUSQUE UN LIBRO IMPORTANTE ES MUY POSIBLE QUE LO HAYAMOS EDITADO NOSOTROS

Historia de Roca, de soldado federal a Presidente de la República, por Alfredo Tergaza \$ 1.600,00

La primera reivindicación histórica de Roca.

Proceso al liberalismo argentino, por Atilio García Mellid. \$ 900,00

Historia de la economía política que prefiguró al país.

Propuesta para el modelo argentino, por Ing. Juan A. Chamero \$ 1.200,00

El año 2000 es ahora. Qué se necesita. Cómo lograrlo y para qué.

OBRAS DE ARTURO JAURETCHE

De memoria, pantalones cortos \$ 750,00
Ejército y política \$ 600,00
Filo, contrafilo y punta \$ 450,00
FORJA y la década infame \$ 550,00
Mano a mano entre nosotros \$ 450,00
Manual de zoncetas argentinas \$ 750,00
El medio pelo en la sociedad argentina \$ 800,00
El paso de los libros \$ 350,00
El plan Prebisch, retorno al colonialismo .. \$ 450,00

OBRAS DE JOSE M. ROSA

El cóndor ciego. La extraña muerte de Lavalle \$ 250,00
Defensa y pérdida de nuestra independencia económica \$ 450,00
Del municipio Indiano a la provincia argentina \$ 450,00

Solicite catálogo. Su pedido lo despachamos libre de gastos de envío.

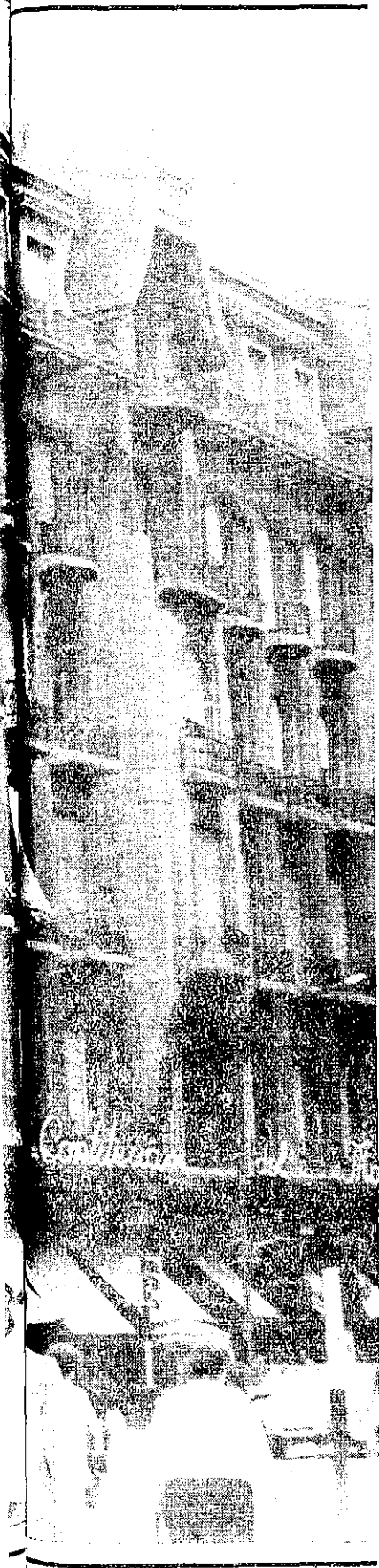
A. PEÑA LILLO editor S.A.

Hipólito Yrigoyen 1394 - 1086 Buenos Aires.



El café de Marcó

La confitería "Del Molino", en Callao y Rivadavia, uno de los pocos cafés tradicionales que todavía subsisten en Buenos Aires.



na de Bolívar y Alsina volvió a ser testigo de hechos que jalaron los difíciles días de la fundación nacional. La puja por el poder de la provincia de Buenos Aires y el fracaso del general Soler, provocó que el coronel Pagola se rebelara contra la autoridad. Pagola penetró en la ciudad y alzándose con el mando, dominó el fuerte, el Cabildo y ocupó la casa café del Colegio en un esfuerzo estratégico por controlar la Ranchería y la plaza Mayor. El temor cundió por la ciudad; muchas familias huieron pues se esperaba una lucha encarnizada; pese a todo la situación fue dominada fácilmente por Dorrego con sus fuerzas, lo que no obstó para que durante dos días y como medida precautoria el mismo Marcó cerrara su negocio.

También fue testigo de la lucha entablada cuando la insubordinación de Tagle, a raíz de la reforma eclesiástica ordenada desde el gobierno de Martín Rodríguez y su ministro de Gobierno Bernardino Rivadavia. En esa esquina y en esa misma casa se luchó encarnizadamente para reponer el orden en el centro de la ciudad.

Mas no siempre debieron ser acontecimientos políticos los que resalten la vida azarosa de Marcó. Una década y media

después, allá por la navidad de 1836, la ciudad de Buenos Aires todavía vivía aires de tranquilidad; era propietario del café, para esa época, un hombre jovial y animoso, don Francisco Munilla. Para celebrar la fiesta religiosa decidió organizar una serenata. A las doce de la noche del 24 de diciembre salió del local del café de Marcó un piano de los llamados "perna de calzón", que fue montado sobre una carreta descubierta y acompañado por numerosos instrumentos, entre los que se contaban clarinetes, pifanos, violines y guitarras interpretados por casi doscientos jóvenes porteños, iniciando el recorrido iluminados por faroles; aquella serenata recorrió las calles de la ciudad finalizando tiernamente en el balcón de Manuelita Rosas.

El rastro del café que siempre fue el "Café de Marcó", ya se había perdido alrededor de 1826; no se ha podido documentar si su dueño viajó a España donde falleció o si su destino lo cumplió en Buenos Aires. Pero más allá de este acontecer, su nombre dio prestigio al café que se convirtió en la caja de resonancia que no dejará de tañir cuando se hable del nacimiento de la Patria. ■

lectores amigos:

EICHMANN

Señor Director:

En la portada del número 116 de la revista Todo es Historia, se ha deslizado un error.

Los nacionalsocialistas alemanes eligieron como emblema de su partido, e incorporaron luego a la bandera del III. Reich, la cruz "gammada", cuyo nombre proviene del hecho de que sus brazos tienen el extremo acodado en 90°, como la letra "gamma" mayúscula del alfabeto griego. Esto, en heráldica, recibe el nombre de "cruz semipotenciada" o "semipotenciada", ya que la denominada "potenciada" o "potenciada" tiene sus brazos rematados en T esto es, hacia ambos lados.

La "gammada", si la colocamos con un brazo vertical y el otro horizontal, tiene el ángulo de su brazo superior orientado hacia la izquierda —esto es, la derecha del observador— o lo que en heráldica se llama "sinistrada". Si la imaginamos con eje en su centro, gira como una rueda giratoria en el sentido de las agujas del reloj o en el recorrido del sol visto desde el hemisferio norte.

Este emblema, así orientado es un símbolo religioso, milenario de la India, y recibe el nombre de "Svastika". Cuando mira a la derecha —izquierda del observador—, gira en sentido inverso de las agujas del reloj o en el sentido del sol, visto desde el hemisferio sur, la llamaban "Sauvastika".

En la portada del Nº 116 hay una "Sauvastika" en lugar de una "Svastika",

esto es —expresándose en difícil sencillez—: la cruz está al revés.

Felicitándolo por la revista y por su "evolución", lo saluda atentamente

Manuela Magallanes
Capital Federal

CONCURSO

Señor Director:

Tomando en cuenta el gran éxito que tuvo el "Concurso Todo es Historia" efectuado en el año 1976, y la importancia que el conocimiento de nuestra historia significa para la juventud, considero que sería interesante que esa revista organizara un concurso de investigación histórica a nivel secundario, a desarrollarse durante el próximo año lectivo.

Creo que un hecho de estas características sería un aporte de gran importancia para la cultura nacional.

Saludo al señor director muy atentamente.

María Eva Ponce
Capital Federal

INMIGRANTES

Señor Director:

Me dirijo a Ud. a fin de hacerle llegar mis felicitaciones por el número especial dedicado a "Inmigrantes y colonos".

Como joven argentina, nieta de inmigrantes italianos, me produjo enorme satisfacción la lectura de esas páginas que también nos muestran la realidad de nuestros abuelos, al llegar a estas tierras.

Asimismo, como asidua lectora de esa revista, tengo la opinión de que los números especiales dedicados a un tema específico son altamente beneficiosos para la comprensión del mismo.

Eso ocurrió con el número dedicado a Córdo-

ba, el de la década del 30 y el de inmigración, que son los que más recuerdo.

Le saluda muy atentamente

Florencia Mariscotti
Lanús

CALLES DE LA TRINIDAD

Señor Director:

Al mejor cazador se le escapa la liebre cuanto más si el cazador no es el mejor. En este caso ocurrió en mi artículo sobre las calles de la Trinidad aparecido en el Nº 114, en donde al referirme al camino Fondo de la Legua lo identifiqué en Vicente López con la avenida Bartolomé Mitre. Debe haber sido una traición del subconsciente ya que hace años estoy investigando el verdadero recorrido de Fondo de la Legua; en Vicente López es Avenida de los Constituyentes hasta San Martín, de allí hay que reconstruirla con una diagonal a Carlos Calvo e Hipólito Yrigoyen siguiendo ésta y donde la misma se transforma en diagonal, unir su fin con Bartolomé Mitre y Mariano Moreno, empalmando así con Fondo de la Legua de San Isidro.

Bartolomé Mitre nunca fue Fondo de la Legua, pese a lo que afirman reputados historiadores, sino el camino a las Lomas de San Isidro como continuación de avenida del Tejar el cual a la altura de Bartolomé Mitre e Hipólito Yrigoyen se bifurcaba. Una rama empalmaba con el Fondo de la Legua por la actual Bartolomé Mitre, la otra salía de esa misma esquina y empalmando con la actual coronel Francisco Uzal para convertirse en San Isidro en Fleming y avenida Rolón, o sea el camino a las Lomas de San Isidro. El ramal que unía con Fondo de la Legua se llamaba camino de las Tropas, y el de las Lomas se llamó también camino de la Atahona.

Queda salvado el pecado de haber puesto a Bartolomé Mitre como Fondo de la Legua.

Julio A. Luqui Lagleyze
Vicente López

TUCUMAN

Señor Director:

En el nº 112 de la revista "Todo es Historia", bajo vuestra digna dirección, en el artículo titulado "Tucumán y el vencedor de Tucumán" escrito por el señor Víctor Eduardo Molina (pág. 59/74), se hace referencia al hecho de que el General D. Manuel Belgrano nombrara "General del Ejército" a la Virgen de la Merced (pág. 60) y a quien le impusiera la banda de general después de la batalla.

He leído la observación que efectúa sobre el particular Fr. José Brunet, O. de M., publicada en la sección "Lectores Amigos" del nº 116 (pág. 96).

Basándome en hechos concretos, como ser el decreto nº 9471 del 22 de septiembre de 1943 y al haber actuado en esos momentos, con mi grado de Segundo Comandante de Gendarmería, como uno de los Secretarios Privados del General de División don Pedro Pablo Ramírez, considerando por esta razón estar lo suficientemente informado, hago la siguiente aclaración.

El General Belgrano, sólo "depositó el bastón insignia del mando militar en manos de la Santísima Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora de las Mercedes, y reconociéndola como Generala de su Ejército", así como también el General don José de San Martín "consagró a nuestra Madre y Señora del Carmen, Patrona y Generala de su Ejército, su bastón en cristiano reconocimiento y como distintivo del mando supremo que tiene sobre dicho ejército", como así lo afirmara el 12 de agosto de 1818.

Animado por el deseo de exaltar estos tan grandes recuerdos, el Poder Ejecutivo resolvió reconocer a Nuestra Señora de las Mercedes y a Nuestra Señora del Carmen como Generales titulares del Ejército argentino, imponiéndole la insignia respectiva; es decir, la banda reglamentaria que corresponde a esta alta jerarquía militar.

Es así como el 22 de septiembre de 1943, el Presidente de la Nación Argentina, General de División D. Pedro Pablo Ramírez, en Acuerdo General de Ministros, da el Decreto n° 9471/73 (B.O. 30/IX/43), por el cual quedan reconocidas con el grado de Generales del Ejército Argentino, la Santísima Virgen María bajo la advocación de Nuestra Señora de las Mercedes y la Santísima Virgen María bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen.

Al respecto, se dejó

establecido que el Presidente de la Nación con los honores correspondientes debía imponer "a la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, que se venera en el templo de la Victoria de la ciudad de Tucumán, y en la Basílica de Nuestra Señora de Buenos Aires, de la Capital Federal, la banda reglamentaria"; actos que cumplió el General Ramírez el 24 de septiembre y el 8 de diciembre de 1943, respectivamente.

Igual medida se dispuso con la imagen de Nuestra Señora del Carmen de Cuyo, que se venera en el templo de San Francisco, de la ciudad de Mendoza, y con todas las imágenes de la Virgen de las Mercedes y de la Virgen del Carmen en las capitales de provincias.

Asimismo, se dejó establecido que todos los años para cada aniversario de la batalla de Tu-

cumán y del juramento de la Patrona y Generala del Ejército de los Andes, una formación especial debe rendir los honores correspondientes a las Capitanas de estos dos históricos ejércitos.

Saludo a usted con mi más alta consideración:

Domingo M. O. Amoedo
Tucumán 1427
Capital Federal

RODOLFO MORENO

Señor Director:

He leído con agrado y atención la nueva sección fija que han incorporado a su revista: Los testigos. Los felicito por la idea. Me parece estupendo que gente que ha vivido de cerca nuestra historia nos pueda hablar de ella, en vivo y en directo.

Me gustaría que publicaran alguna información complementaria de lo que cuenta Vicente Solano Lima sobre las candidaturas de 1943. El de Rodolfo Moreno no fue el único intento político para evitar el pronunciamiento militar. También los nacionalistas y los radicales trataron de buscar una salida política razonable.

Julio Irazusta, que participó en el intento de buscar una alianza entre nacionalistas y radicales, ha contado los entretelones en la revista **Panorama**, del 1° de junio de 1971: "Poco antes del 4 de junio fui especialmente comisionado para entrevistar a Tamborini, Guido y Ravignani, con el objeto de proponerles una 'concordancia' de signo positivo. La misma se efectuaría sobre la base de la candidatura presidencial de un ilustre general nacionalista por el partido Libertador; los radicales dispondrían de la vicepresidencia y de la

Ediciones LA BASTILLA presenta

LOS QUE ESCRIBIERON NUESTRA HISTORIA

por Miguel A. Scenna

Contenido: Los historiadores en el tiempo de los españoles. Los precursores. La primera generación. Los clásicos. La segunda generación. Entre dos siglos. La tercera generación. La nueva escuela historiográfica. Ortodoxos y heterodoxos. La cuarta generación. Los revisionistas. La quinta, la sexta y la séptima generación. Las mujeres en la historiografía. 430 páginas.

PROHIBIDO PROHIBIR

por Deodoro Roca
Estudio preliminar, selección y notas de Horacio Sanguinetti

Contenido: Deodoro Roca, escritor comprometido. Ensayos políticos: las obras y los días; las comunas y polémicas con Lugones y Bunge. Ensayos estéticos: literatura comprometida, cine y otras artes. 154 páginas.

EXPLOSION POBLACIONAL, ECONOMIA Y POLITICA.

MALTHUS, MARX Y "SURAMERICA"
por Martín Sagrera

Contenido: El hecho de la explosión poblacional. Revolución e imperialismo como etapas de desarrollo. Crecimiento poblacional y desarrollo económico. Explosión poblacional y revolución. Qué es el control natal. Medidas para la acción. Explosión poblacional en los Estados Unidos y en el mundo. "Sangre de cóndor". 344 páginas.

CONVERSACIONES CON RAUL GONZALEZ TUÑON

por Horacio Salas

Contenido: El escritor Horacio Salas indagó al poeta Raúl González Tuñón durante seis meses. Se trata de recordar, de historiar sus trabajos y sus días: el hombre y la obra. Estas "conversaciones" absolutamente protagonizadas por el poeta han sido planteadas por Salas que anota, en cada caso, la correlación de los poemas con la vida de González Tuñón. 184 páginas.

DISCEPOLIN Y YO

por Tania
Memorias transcritas por Jorge M. Coussel

Contenido: Las memorias de los protagonistas de la ciudad de Buenos Aires, de sus noches y sus sueños. En el recuerdo de la mujer de Enrique Santos Discépolo desfilan décadas de bohemia, personajes que hicieron historia y una cálida nostalgia por un mundo que se fue. 156 páginas.

Distribuidor:

**EDITORIAL
ASTREA**

de Alfredo y Ricardo
Depalma S.R.L.

Lavalle 1208 - Tel. 35-1880 - Bs. As.

lectores amigos:

inmensa mayoría de los demás cargos representativos. Mi hermano Rodolfo visitó a José Luis Cantilo, en cuya casa lo sorprendió un gran retrato de Su Majestad Británica, colocado en un lugar de honor. Pero los radicales, en vez de responder, le llevaron idéntica proposición al general Ramírez, que reemplazaría a nuestro candidato".

Los dos intentos mencionados fracasaron. El presidente Castillo obligó a Ramírez, su ministro de guerra, a una desmentida pública. Los planes del GOU se aceleraron y el movimiento del 4 de junio se tornó irreversible.

Creo que estos hechos enriquecen la pormenorizada narración del doctor Lima sobre lo que pasaba en las filas conservadoras.

Horacio Santillán
Temperley

PANCHO RAMIREZ

Señor Director:

No salgo de mi asombro ante las palabras un tanto agrestes con que la Srta. Nazarena Godoy se siente obligada a contestar mis claras y sencillas palabras sobre su queja de que no había aparecido en *Todo es Historia* ninguna nota sobre el Supremo Entrerriano y sí —en cambio, y eso la mo-

lestaba— sobre las guerras mundial y civil española.

A mí no me parece mentira que la Srta. Godoy "lea y estudie muchísimo". Feliz de ella que tiene tiempo para hacerlo. Seguramente es por eso que no alcanza a comprender el sacrificio —que ella toma en solfa— de robarle horas al descanso para hacer el trabajo material que representa una nota para *Todo es Historia*, sin entrar a hablar del tiempo que lleva acopiar información y corroborar los datos a fin de no incurrir en inexactitudes que le quitan seriedad, no a la revista que la tiene sobrada, sino al ocasional colaborador.

Yo no he dicho ni puesto en duda —como me endosa la amable lectora— que Pancho Ramírez (el acervo natal, dice textualmente) sea menos importante que "las guerras de allende el Atlántico". "No son valores comparables, sino cosas diferentes" escribí. Y, a los efectos de ganar su discusión no es método aconsejable darle a las palabras de alguien un sentido que no tienen ni por intención ni por acepción.

Yo no me puse en "magister dixit" para darle consejos soberbios a mi comprovinciana. Me limité a contarle a ella —y a todos los lectores— un episodio absolutamente real de como nació mi modesta nota. Efectivamente fui "suertudo" al encontrarme con Félix Luna en la Biblioteca Popuar de Paraná adonde concurrí a saludarlo en compañía de mi amigo el Dr. Roberto Rodríguez Vagaría. Luna estaba en mi ciudad con motivo de unas Jornadas de Historia del Litoral y yo formo parte de la Comisión Directiva de la Biblioteca. Como ve no se trata de un cuento de hadas sino de la pura verdad.

Nada tiene que ver el sueldo de un maestro con la difusión de la obra ramiriana. Yo insisto, con su permiso, señor Director, en mi invitación que fue sincera y no "cargante", que me surgió espontáneamente al darme cuenta del real interés que doña Nazarena Godoy —me estoy vengando del "don" con que me adorna— siente por la vida y obra de nuestro prócer entrerriano. Yo le declaro que "sea ella la que haga la nota sobre el gran entrerriano".

Reitero, pues la invitación. La otra solución, si ella no quiere hacer la nota y en el interín nadie aparece con algo sobre el tema, sería que —otra vez— le robara mis horas al descanso —eso que la tanta gracia le ha causado— y me embarque por las apasionantes

intimididades de la vida de don Pancho, tratando de hacer algo que merezca los honores de las páginas de *Todo es Historia*.

Así, también, daríamos nueva oportunidad a doña Nazarena para que —en el hipotético caso de que ocurriera lo que consigné en último término— pudiera criticar a su gusto el trabajo, modesto o encumbrado, que hacen los demás.

Yo tampoco he querido ser hiriente ni molestar a nadie, pero como han recibido mis palabras con erizamientos espinosos, me creo en la obligación de aclarar las cosas. Agradezco su deferencia y no hablaré más sobre este asunto. Salúdolo muy afectuosamente.

Enrique Pereira
Paraná - E. Ríos

Aclaración

El nombre de una de las autoras de "Caballos, gualicho y corrales" (Nº 116) es Emma Fios y no Gros, como se publicara.

LIBROS RECIBIDOS

- Los fundadores, los propulsores, los realizadores de San Pablo, por Miguel Alfredo Nougués. Edición del autor, Tucumán, 1976, 255 páginas.
- Conversaciones con José Luis Romero. / Sobre una Argentina con historia, política y democracia, por Félix Luna. Timerman Editores, Buenos Aires, 1976, 174 páginas.
- ...Usted cometió un grave error..., por Adam Gaglianone, Ed. Nordus, Buenos Aires, 1976, 101 páginas.
- Antología del cuento extraño. Selección, traducción y noticias biográficas por Rodolfo J. Walsh, 4 tomos. Hachette, Buenos Aires, 1976.
- El gran viaje del Dics-Sol. Los vikingos en México y en el Perú (967-1532), por Jacques de Mahieu. Hachette, Buenos Aires, 1976, 237 páginas.
- El pensamiento en la Edad Media y el Renacimiento, por E. Paolo Lamanna Biblioteca Hachette de Filosofía, Hachette, Buenos Aires, 1976, 399 páginas.

TODO ES HISTORIA - Nº 117 - Febrero de 1977 - Editor responsable: Todo es Historia S.R.L.
Director: Félix Luna. Redacción y Administración: Viamonte 1479 - 11º C. Tel.: 40-7545.
Registro de la Propiedad Intelectual e/t. Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribuidor en Capital Federal: Antonio Rubbo, Garay 4226, Capital. Distribuidor en interior y exterior: SADYE S.A.C.I., Belgrano 355, Capital. Composición, armado: Editorial Palermo S.R.L., Ezeccano 3158, Capital. Impreso en Artes Gráficas Papiros S.A.C.I., Ezeccano 3158, Capital.

Correo Central B Argentina	CONCESION Nº 8249
	TARIFA REDUCIDA

SU VERANO EN CANAL 2

Tevedos

LUNES:

21.00 Hs. "HAWAI 5-0"
22.00 Hs. "CINE DE VERANO"

MARTES:

21.00 Hs. "STARKY AND HUTCH"
22.00 Hs. "LA CIUDAD DESNUDA"
23.00 Hs. "CINE DE VERANO"

MIERCOLES:

21.00 Hs. "DEPARTAMENTO S"
22.00 Hs. "LOS INTOCABLES"
23.00 Hs. "CINE DE VERANO"

JUEVES:

21.00 Hs. "EL HOMBRE NUCLEAR"
22.00 Hs. "EL PRISIONERO"
23.00 Hs. "SE HACE CAMINO
AL ANDAR"

VIERNES:

21.00 Hs. "LOS GRANDES DE LA TV"
22.00 Hs. "LA MUSICA"

23.00 Hs. "CINE BREVE"
24.00 Hs. "LOS VENGADORES"

SABADO:

17.30 Hs. "TELESCUELA AGRARIA"
18.00 Hs. "SEMILLA Y CORRAL"
19.00 Hs. "LA FAMILIA ROBINSON"
20.00 Hs. "RUIDOS"
21.00 Hs. "CINE CINZANO
SIN CORTES"
24.00 Hs. "CAMPANA DE LARGADA"

DOMINGO:

17.30 Hs. "ESTA ES NUESTRA
PROVINCIA"
18.30 Hs. "ARGENTINA CANTA ASI"
19.30 Hs. "LADRON SIN DESTINO"
22.30 Hs. "EL HALCON"
23.30 Hs. "CAMPANA DE LARGADA"

DE LUNES A VIERNES:

20.30 Hs. "NOTIDOS"

En transmisión simultánea con los Canales 3 de Dolores
5 de Las Flores - 8 de 25 de Mayo - 71 de Lezama - 73 de Roque Pérez.

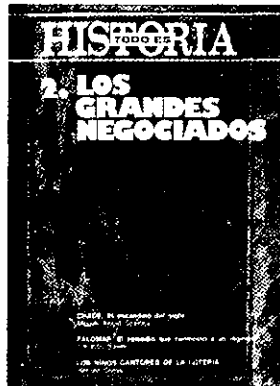
TELEVISION DESDE LA PLATA PARA UNA GRAN AUDIENCIA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Libros colección

HISTORIA TODO ES



1. LOS RADICALES (I):
El Yrigoyenismo. Ese enigmático conductor. Hipólito Yrigoyen, doctor.



2. LOS GRANDES NEGOCIADOS:
CHADE, el escándalo del siglo.
PALOMAR, el episodio que conmovió a un régimen.
LOS NIÑOS CANTORES DE LA LOTERIA.



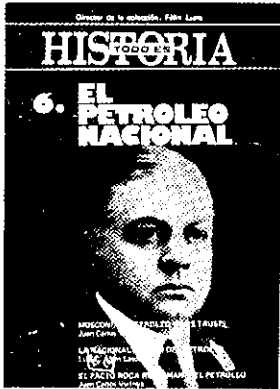
3. TANGO (I):
Pedro Maffia. Osvaldo Fresedo. Francisco De Caro. Elvino Vardaro. Cayetano Puglisi.



4. LOS CAUDILLOS DE ESTE SIGLO:
Los Lencinas; los gauchos de Mendoza.
Juan Ramón Vidal: el "Rubichá" de Corrientes. Los Cantoni: Clan Populista Sanjuanino.



5. EL PERONISMO (I):
Desde 1945 hasta 1955.



6. EL PETRÓLEO NACIONAL:
Mosconi, el petróleo y los Trusts.
La nacionalización del Petróleo.
El pacto Roca-Runciman y el petróleo.



7. EL SOCIALISMO (I)
Alfredo L. Palacios.
La primer victoria electoral.

Todo es Historia
Viamonte 1479 11º C
Buenos Aires

Sírvanse enviarme, gastos de envío, incluido, los libros Nos. de la colección **TODO ES HISTORIA**, para cuyo pago adjunto ch. N° c/ Bco. o giro bancario N° por \$ (valor correspondiente a un ejemplar: \$ 350.-).

NOMBRE

DIRECCION

TELEFONO

.....